

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS

VENTAS



20802

92
187



93

417

LA BRIBONA

ES PROPIEDAD

Imprenta de la
BIBLIOTECA PATRIA
Rey Heredia, 13.—Córdoba.

92
BIBLIOTECA PATRIA de obras premiadas. - Tomo 145

LA BRIBONA

NOVELA ORIGINAL

DE

SERAFÍN PUERTAS

Estas obras están laureadas
por la cooperación de los buenos católicos, cuyos nombres y Premios van consignados en el - último pliego de cada tomo -

B.P.	BURGOS
N.R.	
N.T.	77613
C.B.	
20596	
(1)	

Oficinas: **CALLE FUENCARRAL, número 138**
MADRID (10)

*¡Oh, la influencia social de la novela!
Es la novela el género literario más
apto para la propaganda de las ideas. El
novelista preparó no pocas veces las gran-
des revoluciones de los pueblos. En nues-
tros días la novela rusa—desgraciada-
mente extendida por España—había pre-
parado la revolución comunista de aquel
imperio, hoy en completa descomposi-
ción.*

*La novela española puede ser aquí fir-
me baluarte del derecho cristiano, si los
actuales poseedores de la riqueza, en
cualquier grado, le prestan su decidido
concurso por instinto de conservación.*

*El Patronato Social de Buenas Lectu-
ras, con sus Bibliotecas PATRIA y de
Cultura Popular, levanta en alto esta
bandera, y llama a cuantos tienen algo
que perder, a cobijarse a su sombra sal-
vadora. ¡Quiera Dios que ninguno de
los llamados falte a la cita, para su bien
y el de la raza hispano-americana!*

JUAN DE DIOS T. AVISA: (1)

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44,
45 y 46.

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no im-
plica recomendación de otros libros de los mismos autores
que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y or-
todoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están so-
metidas a la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

PRIMERA PARTE

I



SOBRE el viejo y la joven curvaba su dosel umbrío el arbolado de los paseos del jardín. La candorosa Elvira, con toda la alegría de la mañana dentro del corazón, daba al aire sus voces de arpegios argentinos, que concitaban a envidiosa emulación al coro de pájaros gorgeadores; y el viejo don Juan Francisco, apoyado desmayadamente en el brazo de su jovencilla sobrina, marchaba lentamente, con ahogos asmáticos, arrastrando los piés por el suelo, encorvada la figura miserable de viejo ruinoso, aferrada la caducidad de la vejez decrepita al sostén juvenil del cuerpo de la doncella grácil.

En el jardín florido y umbroso, la dulce mañana de septiembre diluía su encanto su-

til, de imprecisas sensaciones de felicidad. La blanca luz otoñal del sol matutino ponía nacarados matices de ópalo en la enramada de los tilos; brillaba con difuminadas azulidades de berilo en los salcinos; se embebía en la perenne verdosidad turquesa de los tejos; se encendía con tonos cúpricos en los macizos de evónimos; ensayaba difusos rebellos de bronce en las bandas de boj; y se esfumaba en plateadas vislumbres en el ramaje laxo de los sauces languidescentes. Y el mirífico sol celebraba su apoteosis de policromías en un bancal de flores: exiguo cuadrículado de tierra que valía al cambio por todo un cielo; diminuto terrazo sobre el que plugo a la naturaleza verter el pródigo cuerno de sus tesáuricas bellezas, en maravillosa profusión de encarnadas camelias, de geraneos ígneos, de pálidos crisantemos, de purpúreas clavellinas, de niveas hortensias, de cerúleos asfodelos...

Y sobre la joven y el viejo, sobre la decrepitud caduca y sobre la gentil juventud curvaba su ramaje umbroso la arboleda; sobre la vida que alboreaba y sobre la que declinaba; sobre la que era una rosada aurora, y sobre la que era ya un ocaso tenebroso. A ambos convergían suaves efluvios vitales de la benigna mañana de septiembre, filtrados a través de la enramada; envolvíanles dulces caricias de la incipiente otoñada que les traían los alados besos del aura salida de las frondas con murmurios de arrullo; sobre ambos caían oleadas de secreto optimismo; les asediaba y parecía querer ane-

garles la paz que emanaba de la encalmada naturaleza, y que descendía a raudales de los serenos cielos.

Pero el rayo de sol matinal, que en el alma de la joven hacía brotar maravillosa floración de alegrías, en cambio se quebraba con lúgubre reflejo de tristezas en los turbios ojos del viejo; el corazón de la joven avaloraba la alegría del rayo de sol, como un prisma de brillante rosa, y en contraste la alegría de la luz se ensombrecía y desvanecía en lobreguez en el alma del anciano.

Y así, mientras ella desgranaba en el luminoso ambiente las notas de plata de su voz reidora, más dulce de oír que el rumor de la fuente que en medio del jardín borbotaba su cadencioso surtidor sobre el pilón bronceíneo, arrancándole sonoridad de oro percutido, el viejo, mustio y taciturno, iba así pensando:—Para el viejo enfermo no trae, no, con sus rayos mandamiento de alegría el sol. Los fatigados ojos del viejo, al caer sobre estas bellezas de la naturaleza, miran sin alegrarse, con la amarga mirada de una despedida. Y en vano la alegría del vivir llama a la puerta herrumbrosa de un corazón que sólo se ha de abrir ya al fúnebre aldabonazo de la muerte. Bien se comprende que con estas alegres mañanas rime la alegría de la juventud, que es una mañana de la vida; y bien se explica que se engalanen estas almas con auroras espirituales, y que en los ámplios horizontes de vida abran su boreal abanico de rosicler las felices ilusiones. Mas para los viejos enfer-

mos la vida, sin largos horizontes por delante, a toda hora se enluta con crespones vespertinos, con sombras de ocaso, negro velo medroso que pende del dintel de la ultratumba.

—Tío, ¿ves qué hermoso día?—musicaba la voz de Elvira—en mañanas como ésta, sin saber precisamente por qué, se siente dentro del alma una explosión de alegría, ganas de cantar, de hablar muy alto, de prorrumper en voces, de reír, de correr... Tú también estás contento, ¿verdad, tito?

El viejo forzaba una sonrisa:

—Viéndote alegre, Elvira, me contento; ya sólo me alegra en la vida tu alegría.

—¡Cuánto me quieres, tito!

Contemplaba con ternísimo amor paternal don Juan Francisco a su sobrina: de la blanca frente virginal parecía irradiar una vaga luz alba, lumen halino de celestial aureola de castidad; destellaba ingenuidades la mirada de sus ojos infantiles abiertos con habitual expresión admirativa.

Sus pensamientos, sus placeres, su modo de hablar y de andar, su afición a juegos sencillos, a corretear, a exteriorizar a gritos su alegría, todo en Elvira revelaba ese encantador añiñamiento, que es un signo infalible de absoluta inocencia, infancia de las almas.

¡Bendito añiñamiento, que eres don de ángeles; santa ingenuidad, que eres prenda de bienaventuranza desde el día que Cristo, que tanto te amó, te puso como condición para franquear las puertas del Cielo, adon-

de no se entra «si no se es como pequeños»!

La angelical Elvira parecía no saber que en el mundo hay maldad y dolo y engaño y satanismo. He aquí por qué su mirada tan amablemente infantil caía en torno sin recelos abierta y amorosamente. ¿Qué sabía ella del mundo? Quedó huérfana siendo muy niña, desde entonces hasta los diez y siete años había permanecido interna en un colegio de monjas. Hacía dos años había salido del convento para vivir en la única compañía del tío, viejo y achacoso. ¿Qué sabía ella del mundo?

Se asustaba don Juan Francisco cuando pensaba cuán sola iba a quedar en el mundo la angelical doncella el día, no lejano, en que él muriese. Este pesar amarguísimo exacerbaba los negros remordimientos con que torturaba ahora su conciencia el recuerdo del pasado de su vida desordenada. Porque el pasado del viejo estaba ensombrecido con negruras de pecado.

El solterón don Juan Francisco se había desenfrenado en la loca carrera de las liviandades, y enfangándose en los pútridos charcos de una crápula senil y degradante. Fué piedra de escándalo en el pueblo, y con satánica impudicia hasta llegó a alardear de su tristísima insania, ciñendo con lamentable envanecimiento a su cabeza ya cana cenagosos laureles de pecados, y sonriendo con estúpida vanidad al oírse llamar «el veterano Juan Tenorio» por amigos banales, parásitos de los orgiásticos dispendios del ricachón licencioso.

Bien extraña a su recuerdo, allá en el lejano convento de Ursulinas, estaba entanto la huérfana Elvirita, su ahijada. Ni siquiera la conocía su tío; era hija de una hermana de don Juan Francisco, la cual siempre había vivido lejos del país, y sin trato ninguno con el hermano.

Libre del estorbo de tutelas, inatento a las responsabilidades de su gravísima condición de tutor, sordo a las voces de la conciencia que le reprochaba el abandono de la jovencilla, el desamor y olvido hacia aquella criatura hija de una hermana única, y que solamente a él tenía en el mundo por apoyo y por padre, dejó el crapuloso don Juan correr los años, y ni ver a la sobrina se le había ocurrido, tan siquiera para conocerla. Completamente en olvido la tenía; nunca la mentó, ni aun entre sus amigos más íntimos; quizá le convenía al descastado que no supiera el pueblo de tal sobrina y ahijada para que no se le criticase por desafecto y mal padre.

Y vino un año en que la naturaleza, sin duda para suplir con la fuerza de sus leyes físicas la falta de raciocinio del irracional pecador, impuso por medio de las enfermedades un alto en el desatinado curso de pecados de aquella vida desenfrenada. Una senectud adelantada, una precoz decrepitud postraron por tierra los bríos vitales del tutor, tristes bríos sólo encaminados hacia el mal. Se arruinó aquella naturaleza estragada; sucumbió el organismo socavado año tras año, como una edificación combatida

sin cesar por los elementos y que, al cabo vencida, de súbito se desmorona. Un cúmulo de achaques seniles se abatió sobre aquel hombre, que envejeció en pocos días: el asma senil se constriñó a su caja torácica como una boa, en amplexo asfixiante; las arterias se le endurecieron, amagando estallar a cada oleada del curso sanguíneo; y la arterioesclerosis y mil clases de reumas agarrotaron sus miembros; se exacerbó dentro de sus huesos el terrible dolor medular, que es la protesta fisiológica, como el remordimiento es la protesta espiritual; el corazón, fatigado de latir su tumultuosa vida, retardó su ritmo en lánguida bradicardia de acabamiento; y finalmente todo su ser consunto cayó en una atonía senil, simbólico preámbulo de la adinamia total y definitiva.

Entonces esos vagos temores, que son heráldico aviso de la muerte cuando tiene a bien anunciar con anticipación su llegada, ensombrecieron y apagaron la loca alegría del pecador. Huyeron de su lado los parasitarios amigos, socios repugnantes de sus crápulas; hallóse solo, viejo, enfermo y triste, bajo el desprecio de las gentes, ante el fantasma medroso de su conciencia airada, bajo la terrible mirada de la justicia de Dios.

Y entonces también, por un apladamiento de la *Gran Misericordia*, coincidió la venida a su lado de la angelical sobrina, cuyos cursos de educación en el convento se habían terminado. La candorosa joven Elvira se acercó a su segundo padre como un angel

Arriaga
Clareta

providencial de redención. La luminosa virtud de la joven irradiaba esplendores de salvación; y la tenebrosa alma del viejo fué reconquistada al bien. He aquí que al final de su triste vida se le había aparecido al anciano la visión increíble de lo puro, de lo virtuoso, de lo divino, de lo candoroso e impoluto, he aquí la purísima doncella que con sola su presencia le hizo ver que en este mundo, que él creía ser solamente un in-mundo lodazal, existía también por raro milagro, lo maravillosamente inmaculado, lo increíblemente celestial.

Y brevemente, en brazos de la célica Elvira, el alma del tutor fué traída en arrepentimiento a los pies de Dios. Apoyado en su sobrina, como en valioso sostén de valimiento ante la mirada de Dios, a quien tanto desarma la interposición valedora de la inocencia, ¡con qué regeneradora contrición lloró el viejo sus pasados años! ¡Con qué grande fe salvadora posaba el pecador sus manos, tan manchadas de pecados, sobre la cabeza de Elvira, como si para un contacto de purificación las colocara sobre un ara sagrada de perdones! ¡Y qué perdonado se sentía, haciéndola a ella rezar a medias con él sus oraciones imprecatorias de misericordia! El consuelo del presentido perdón fué suavísimo bálsamo para las viejas llagas del alma del contrito. A Elvira, pues, debía el anciano el consuelo de su vejez, la salvación de su alma. Juzgaba que no habría amor bastante, con el amor de todos los padres, para amar a su Elvira. Y al mismo tiempo

se apenaba al considerar cuán cara había costado su salvación.

Sí, ¡cuán cara!—Tan gran rescate—pensaba—necesita mi pasado de pecados, que la *Gran Justicia* ha exigido a cambio la felicidad de Elvira, inocente víctima propiciatoria. Porque la ignominia de la vida del tutor, caía ahora sobre ella como una maldita herencia de oprobio. Las gentes de Villсандia, que ignoraban la existencia de aquella sobrina, y los sagrados lazos que a don Juan Francisco la unían, levantaron una polvareda de escándalo cuando en su compañía la supieron. Ciertos parientes lejanos, que esperaban confiadamente heredar al solterón enfermo, convencidos de que «la advenediza» les desheredaba, aplicaron la tea de su venganza a soflamar el pábulo de la criminal murmuración. Las gentes de Villсандia, para quien constituye placer desgarrar honras ajenas, y con la baba de sus lenguas viperinas emponzoñar el honor del prójimo, señalaron a la angélica Elvira con un infernal mote de deshonor: la infame... la barragana de un viejo... «la bribona»...

Bien echó de ver esto don Juan Francisco, a los primeros días de la llegada de la sobrina. Hacía de esto dos años: entonces él no estaba tan acabado de fuerzas, y algunos días salía de paseo fuera de casa del brazo de su ahijada. La colegiala, tan inocentemente aññada como si fuera una parvulilla, daba en plena calle sus gritos de alegría bulliciosa, lo mismo que cuando se hallaba en recreación en su colegio, en la

huerta de las monjas. En sus transportes de gozo o cariño abrazaba a su viejecito tío en plena plaza... ¡Oh! y las gentes farisaicas de Villasandía, que no sabían—o no querían saber—de ingenuidades, ni de infantilismos de inocencia, se la señalaban de lejos, contrayendo las enechadoras caras en agrimar de satánica picarcía infamante:—Eh... la impúdica... «la bribona»...

Don Juan Francisco se horrorizó de aquel infernal anatema de infamación que caía sobre la pura frente de su Elvira. ¿Por qué, Dios mío—pensaba—es víctima de la ignominia de mi vida esta inocente criatura? ¿Por qué ha sido necesario para regenerar mi alma tan caro precio de rescate?

Por eso temblaba cuando pensaba que en el día que él muriese quedaría la celestial doncella en un mundo tan inadecuado para servir de morada al candor, en un mundo tan malo, sola y jovencita bajo la infamación de las gentes.

—Pero ¿no estás alegre, tito?—insistía Elvira.—¿No te alegra esta mañana tan hermosa? Nada te alegra nunca, siempre estás triste, y esto me apena.

—No, no te apenes, Elvirita. Los viejos nos alegramos poco... y es natural. Oye, ¿ves estas hojas secas esparcidas por el suelo? son de álamos y sicomoros, árboles que son los primeros deshojados por el otoño. Pues bien, Dios a veces concede misericordiosamente presentimientos al hombre para que se prepare a acudir a su Tribunal... yo tengo el presentimiento de que no

volveré a ver vestirse estos árboles de hoja nueva.

—Ya, ya saliste, tito, con tus ideas lúgubres.

—No, no son ideas del todo lúgubres. Llega ya la vida a tales términos en que, dando Dios fuerzas para pensar serenamente, hasta es un consuelo afrontar de antemano el momento final, y tomarse sus medidas para una partida feliz, y prepararse con serenidad, y dejar arregladas las cosas de aquí abajo; sobre todo, hijita mía, cuando aquí abajo quedan seres débiles, seres indefensos, seres muy necesitados de arrimo y consejo, como lo estás tú de mí.

Se habían sentado en un banco, bajo la pompa muriente de un sicomoro. El anciano prosiguió con voz desfallecida, trabajada por el asma:

—Por eso insisto en hablarte así, aunque te entristezca; porque te es muy conveniente, muy necesario el oírme, y porque ya pocas veces podré hablarte... Ya pronto parto; quedas sola en un mundo muy malo que no conoces... sospecho que no sirves para vivir en él; muchas veces he pensado que no debías haber salido nunca del convento... allí, sí, en los conventos es el centro natural de quienes, como tú, son ángeles extraviados en este infierno de demonios. Hoy estás, Elvira, muy contenta; mañana estarás muy triste a causa de mí; aún después de muerto, yo proyectaré sobre tu vida una maldita sombra de oprobio... tal vez hoy no me entiendas bien... Para ese día, en que com-

prendas el fondo de estas palabras, yo te pido ahora perdón...

—Pero tío, ¿cuántas veces me habrás dicho esas mismas palabras?... ¡Si me las sé ya de memoria!... Hoy dispénsame de la cotidiana lección... no me digas más palabras fúnebres, estoy muy contenta. Mira, hoy me acuerdo mucho de mañanas como esta en el convento. Teníamos un jardín más grande que este; ¡lo que yo he corrido por allí! nadie me ganaba a correr; era famosa por la bulla que metía, y además porque yo gané siempre el campeonato en la caza de mariposas... Mira, tito, mira esa...

En aquel momento revoloteó con trémulo vuelo ante ellos una gran mariposa blanca, que pareció con su presencia retar a la joven a hacer bueno su aserto de campeonato.

—Tito, ¿la quieres ver cazada al momento? verás, verás...

Botó del banco y corrió tras el insecto.

—¡Se sabe de memoria mis palabras!— meditó el anciano—quizá también ha comprendido el sentido del oprobio que sobre ella cae, maldita repercusión de mi vida; tal vez en un acto de heroico perdón no quiere que yo la hable de ello, o bien, en instintiva repulsa, su pudor se resiste a pensar en tales asquerosidades.

De lejos venían las risas de ella, alborozada con las peripecias de la persecución del alado bicho.

—Angel de candor—murmuró el tutor—joven inocente, ingenuamente feliz con sus pueriles juegos de cazar mariposas...

Vino jadeante la cazadora; triunfalmente cogido por las alas traía el insecto entre sus rosados dedos.

—¿Ves la mariposa, tito? ¿qué te decía yo?—Y viéndole cabizbajo, soltó al insecto prisionero, levantó la cabeza del pensativo anciano; y acariciando con sus manos nevadas del argenteo polvillo de la mariposa la marchita faz del triste:

—Alégrate—decía—alégrate, tito, por no apenarme a mí...

Sobre el grupo iban callendo lentamente marchitas las hojas del sicomoro.

II

Los primeros fríos de la otoñada extenuaron al viejo don Juan Francisco, que no pudo ya más levantarse del lecho. Su atonía senil llegó a tales extremos de acabamiento, que el enfermo pasaba los días en cama en la misma postura, sin fuerzas ni para menear una mano. Su faz tenía color céreo, y sobre la cadavérica lividez corrían heladas exudaciones mortales. Cada vez que se le movía daba un quejido débil, a los grandes dolores de su médula espinal. El hablar le fatigaba; el más leve ruido le atormentaba; y hasta le era molesto que hablaran.

Aquella vida se iba extinguiendo poco a poco, pero ininterrumpidamente. El médico encarecía la asiduidad de la asistencia, por-

que de un momento a otro, sin poderse precisar si pronto o tarde, en un día próximo o que se podía retardar merced a aquel estado inane, hoy o mañana el enfermo podía fallecer imperceptiblemente, salvar la pequeña diferencia de su vida a la muerte, cambiar su habitual postración comatosa en definitivo aniquilamiento.

En la alcoba reinaba un silencio de muerte y de tristeza. Iba y venía Elvira por la estancia, andando de puntillas, sin ruido, como una celestial aparición que caminara deslizándose; llegábase a la cabecera del exánime; las manos de la doncella albeaban sobre aquel rostro cadavérico, limpiándole el sudor de la helada frente; ahuecaba con ternura solícita las almohadas, y componía el humedecido embozo de la ropa. El enfermo, siempre sumido en la profundidad de un letal sopor, entreabría los pesados párpados, y posando la turbia mirada sobre aquel angel de caridad, parecía quererla expresar mudamente el agradecimiento.

El médico, con la desesperanza y el disgusto de luchar contra lo irremediable, dejaba transcurrir algunos días sin visitar a aquel desahuciado, y cada vez espaciaba más sus brevísimas visitas inútiles, reducidas tan sólo a observar cómo se iba amenguando aquella vida, sin poder ser atajado el curso indiscontinuo de esta vertical caída en la muerte. Aparte algún rato que otro que pasaba el señor Cura en aquella alcoba, nadie entraba en la casa. Una soledad de abandono se aplanaba en las habitaciones,

sin ruidos de vida. En el seno de un silencio sepucral contaba el reloj el número de las horas largas, que iban pasando en procesión monótona y pausada.

Durante las mañanas, en que descansaba Elvira, una anciana sirvienta iba de la cocina a la alcoba dos o tres veces, arrastrando sus babuchas por el piso con rumor de cansancio y caducidad.

Las tardes y las noches velaba la sobrina al tío, esclava del horario prescrito por el médico para medicinar al enfermo los inútiles reconstituyentes, los tónicos ineficaces.

Un día igual que otro, al borde de la tumba, iba el enfermo tirando días y más días, sumido en profundos sopores, como si ya no hubiera de despertar de aquel sueño, en todo semejante al sueño de la muerte.

La soledad de las noches de vela ensombreció la natural alegría juvenil de Elvira, jovencita que principiaba su vida al lado de un moribundo.

Con la tristeza de la casa concordaba la tristeza de la estación otoñal. Eran tardes lluviosas y sombrías. Sentada junto al balcón, siempre cerrado a causa del frío funesto para el enfermo, miraba Elvira a través de los visillos los cielos lóbregamente anubarrados; los velos de agua destrizábanse en las vidrieras con sordo ruido de monótono llanto fatigado. En la desierta calle se formaban charcos que reflejaban en su turbio espejo las movibles nubes. Las fachadas de las casas se teñían de un crespón de

humedad; y a veces a la hora del ocaso un rayo de sol muy pálido venía a diluir sobre aquellas negras fachadas su luz agónica. Luego presidía las fúnebres noches novembrinas una amarilla luna, asomando a trechos entre nubarrones pasantes su faz contraída en un agrimaz de tristeza llorona; una funeral oleada de luz pajiza caía sobre el pueblo. En el gran silencio de la noche aldeana, solamente allá hacia el río, cuyo sinuoso curso marcaba la espesura de salcedas, daba un molino su rumor plañidero, monótono, durante horas y horas; y de vez en cuando el perro del molino ululaba a la luna con lúgubre lamento.

En la complicidad de aquellos fúnebres nocturnos, junto al lecho de un desahuciado, la vida despertó a la realidad con brusquedad cruel y bruta a aquella jovencita añorada; la atroz soledad desgarró con horrible zarpa de tristezas mortuorias los albos celajes de ilusiones e inconsciencia que velaban aquella mente pueril. En tan hostiles momentos se verificó en Elvira el grave suceso de esbozarse el primer pensamiento de seriedad.

En las mentes juveniles el primer pensamiento grave es un fenómeno tan maravilloso como el del amanecer, diario milagro de resurrección del día: la idea se esboza tímidamente, apunta dificultosamente entre sombras, con difusas vaguedades de incipientias costosas; trábase lucha obstinada y larga entre la luz y la oscuridad; y así como en ese fenómeno natural, que llama-

mos vulgarmente amanecer, se ve un perenne recuerdo alegórico del caos de la creación, así también, al alborear en la noche de una mente el pensamiento, hay un caos fenomenal.

De esta forma, los primeros pensamientos de mujer en Elvira apuntaban confusamente entre la esfumación de los últimos pensamientos de niña; y su caótico pensar albo-reante se borraba con vaguedades de delirio, con hiperbólicas proporciones de amen-cia, con fútiles incoloridades de puerilidad. En la primera imperfecta sensación de aquella mujer prevalecía la niña, y fué sensación de miedo. Se la apareció de repente la visión del mundo como un lugar de espantos y desgracias; un indefinido miedo a la vida ensombreció para siempre sus pensamientos, como si una compacta multitud de alas negras de una fatídica bandada de malditos pá-jaros agoreros hubiesen eclipsado el sol de su alegría natural.

Pero este miedo era absurdo, quimérico, morboso, pánico, irracional, instintivo como si el propio instinto avisase de peligros y desgracias no salidos pero presentidos. La siliente soledad en la alcoba durante aquellas noches otoñales, imprimía a su miedo magnitud disparatada.

En los anubarrados anocheceres de este mes de noviembre, lúgubre mes de difuntos, sonaba el toque de oraciones, como voces de inmenso pavor entre las primeras sombras de la noche. Luego, si acaso levantábase el fuerte viento Sur, peculiar de este

equinoccio, las rachas del vendaval venían a estrellarse rabiosas contra el balcón de Elvira; y ésta, sobrecogida de espanto, creía escuchar bramidos de mónstruos venidos por el aire a dar el asalto a su balcón; en las crujidas de las sacudidas maderas percibía forcejeos para abrirle, y raspar de uñas en los cristales, y triscar de dientes royendo los cierres. El concierto de mugidos de los vientos lo oía ella como un coro de voces blasfemadoras, o de llantos desesperados, de un mar de condenados llenando todo el hueco de los cielos; y el ventarrón estrellaba oleadas de desgraciadas ánimas en pena contra su mismo balcón, y allí quedaban llorando con gemidos roncós o agudos, en polifonía de angustia, en todos los tonos de la queja eterna e inútil.

Otras noches el vago miedo de Elvira se concretaba algo más, pero conservando su fondo absurdo: tenía miedo a la muerte *personificada*, que sin duda asistía en aquella habitación esperando la hora señalada por Dios para rematar al enfermo. ¿La muerte, pues, aunque invisible, se constituía en su compañera de vigilia cada noche; allí al lado la tenía? Pensando Elvira en esto temblaba de pavor, y, suponiendo al medroso sér a la cabecera del lecho del tío, ella se retiraba al rincón más distante, y allí se estaba acurrucada, cerrando los ojos, temerosa de que al abrirlos fuera a ver el fantasmagórico esqueleto de la guadaña, fosforescentes en la calavera las cuencas orbitarias vacías de ojos, y entreabiertas para reír espantosamente las

mandíbulas formidables de dientes sin encías. Pero, cerrados los ojos, aumentaba el miedo, porque otros sentidos la metían medrosas ilusiones: creía oír en el silencio los pasos cautelosos de la Descarnada, cuyos dedos de los plés arañaban el pavimento al andar; y cuyos huesos se entrechocaban dando un macabro compás a su marcha. Y hasta llegaba la cuitada a sentir en su brazo la terrible presión de la mano seca de la Huesuda atenazándola, y traspasándola con su contacto a través de la ropa de frío mortal.

En ratos que quedaba adormilada a las altas horas de la noche junto a la cabecera del enfermo, se despertaba de súbito con tremendo sobresalto, y con ojos de espanto miraba, sin reconocerla, la habitación semialumbrada por atenuada luz; veía como una desbandada de vestiglos, sombras huynesas refugiándose en los rincones; oía síseos acá y allá de alguien que se avisaba; algún insecto que revoloteaba en torno del globo de la luz adquiriría gigantescas proporciones amedrentadoras; la respiración ahogada del viejo, sumido en su continua somnolencia letal, sonaba en el absoluto silencio como un tonante ronquido estertóreo de angustia inacabable, ronflido monótono, indiscontinuo, como un prolongado quejido exufiado de la más abismática profundidad de un dolor inapacable, irremediable... ¡Oh!... y entonces se arrastraba en el silencio del nocturno el ahullido del perro vesánico a la luna, latido de infinita tristeza, ululamiento présago de muerte.

El miedo de la jovencita solitaria, al irse concretando, alcanzó una modalidad más seria, pero más acerva. La asustada mirada de la joven fué penetrando en la realidad; fueron desvaneciéndose celajes quiméricos, acentuándose contornos difusos, definiéndose la visión borrosa, y entonces, a la sinlestra luz de un raciocinar sereno, se desarrolló a los ojos de Elvira la perspectiva horrible de su porvenir. ¡Qué sola iba a encontrarse en el mundo; qué indefensa, qué inexperta, qué débil!

Esta idea fué sugerida a su pensamiento la tarde en que administraron los últimos Sacramentos a don Juan Francisco. El sándio menosprecio aldeano es llevado brutalmente hasta esos tristes extremos de aislar en feroz abandono a sus víctimas aún al borde de la muerte. Y por esta razón, llegó a la casa el sacerdote con los Misterios en la sola compañía del sacristán y de unas cuantas viejas de Villasandía. Los salmos dolientes, recitados plañideramente por el ministro; las graves ceremonias fúnebres con que la Religión pasaporta para el tétrico «*más allá*» a sus moribundos; la tarde nubosa; la soledad de la casa en tan imponente ocasión... todas estas impresiones acobardaron a Elvira.

Aquella noche lloró mucho; sin separarse del lecho de su tío, meditó y comprendió el dolor que encierra una separación eterna, una definitiva marcha. Se iba a morir su paternal protector, único sostén para su desvalimiento, único consejero de su inex-

perencia, único amor en un mundo que la odiaba y despreciaba. Y cogiendo una mano del tío la retenía entre las suyas, como aferrándose simbólicamente a esta mano, único apoyo; y esta mano era la de un moribundo!... La frialdad de la huesuda mano la hacía estremecerse con tiritar febricitante, con temblor de debilidad ante la vida acobardadora.

Mas el enfermo, sumido en su modorra de aniquilamiento, no respondía a las presiones sobre la suya de aquellas manos desvalidas, medrosas, trémulas, implorantes auxilio en la orfandad....



En las tardes de domingo y de fiesta veía Elvira desde su balcón animarse por unos momentos la solitaria calle pueblerina: era a la hora en que comenzaba el baile de dulzaina en la plaza. Pasaban mozos del pueblo, majamente empaquetados en sus trajes domingueros, bien estiradas pecho arriba las fajas de colorines, bien volanderas las engomadas blusas de mil pliegues. Pasaban las mocitas llenando la calle del alborozo de sus risas, y de la alegría de las notas claras de sus percales vistosos, y de la gracia de su juventud. El tropel de aquella mocedad sencilla, que se entregaba con ingenuo fervor a su fiesta dominguera, pasaba de prisa por la calle, siendo llevada en atracción por los sonos de la dulzaina, que sonaba hacia la plaza, como una dulcísima

voz lejana llamando a la juventud a la alegría.

Pronto la calle volvía a quedar en soledad, ensordecida por el fugaz vocerío y risoteo de las juveniles pandillas. Entonces acertaban a pasar algunas parejas de novios; estos no iban, no, de prisa, como seres que saben que a ningún sitio necesitan acudir a buscar felicidades, que están con ellos y en ellos; estos no hablaban alto, sino muy bajo, al oído, como si sus palabras fueran dulces intimidades, dichos tan delicados, tan para en secreto, que se habrían de mancillar si los aires los recogían en su eco. La tristona calle parecía impresionarse del paso del amor; y así, ahogaba en sus silencios las pisadas de los enamorados, y hacía que la luz se oscureciera discretamente allí donde no necesitaban terrenales brillos los brillos celestiales de los ojos que se miraban amándose.

Al atardecer, en la hora calmadamente melancólica del día que muere, con las sombras azulinas del crepúsculo, llegaban hasta la silente calle las tonadas sencillas de la dulce dulzaina. Comenzaban entonces a encenderse las estrellas en la bóveda, todavía ténuemente azul; el lucero vespertino en el horizonte rutilaba tiernamente, visible broche aureo desanudado del manto de la noche que comenzaba a expandirse. Y en el ambiente calmoso, bajo las primeras estrellas, se desgranaban las notas de la musiquilla popular, a la que enriquecía con maravillosas sonoridades de poético poema

el encanto de la hora en el vespéral silencio aldeano. De la sencilla dulzaina fluía melodía suave; y una vez sonaba como cadencioso gotear de quedas armonías lentas, cayendo nota a nota en la noche; y otra vez imitaba el cristalino endear, jubilosamente cantarín, de chorros de agua sobre cristal, ora fingía una cadencia sollozante, lloro largo tendiéndose en oleada de amargura por los espacios sombríos bajo las temblorosas estrellas, con notas larguísimas, reptantes, unidas una a otra como en un mismo, unísono, larguísimo lamento; ora remedaba cuantos rumores armoniosos sabe producir naturaleza con las brisas, con las frondas, con las aguas, con el correr susurrante de guijarrosos arroyos.

Pero esta musiquilla de la dulzaina sonaba en los oídos de Elvira con eco de vaga tristeza.

Aquella joven de diez y nueve años, solitaria y encerrada, oía la lejana música mirando, como extasiada, las estrellas; y algunas veces las estrellas se reflejaron en las lágrimas de sus ojos. Las sencillas melodías despertaban en su corazón extraños e inexpresables anhelos; estallaba una tormenta de ansias imprecisas en su pecho; solivlaba su alma un tumulto insurgente de deseos que no se concretaban en nada. Una ráfaga de hebefrenia exaltaba sus sentimientos, y alucinaba sus sentidos; hacían llamadas a su juventud voces amorosas sonando en el aire, como bajando de las mismas estrellas; se sentía enamorada sin sa-

ber de quién; enternecida, sin saber por qué; y su tempestad interior se resolvía en copioso llanto.

El llanto sosegaba sus misteriosas ansias, y, llorando, un sentimiento único absorbía todos sus movimientos anímicos: la tristeza. Consideraba que en este mundo las cosas que hacen a unos felices, contristan a otros; la musiquilla de la dulzaina alegraría a muchas, a ella la hacía llorar; y la discreta calle, propicia con su silencio a las dichosas parejas de enamorados, era hostil para la pena de la encerrada solitaria; de aquellas estrellas descenderían sobre algunos corazones raudales de felicidad, pero sobre el de ella caían efluvios de tristeza; y la noche para otros sería reino de poesía y de amor, sólo era para ella desolación y funeral silencio.

Retirábase del balcón, repelida por el lúgubre espectáculo de la noche, que con su luna amarilla amortajaba al mundo, y concitaba los ahullidos de aquel malagorero can vesánico; pero dentro de la habitación la voz de la música llegaba persistentemente hasta ella, voz más melancólica cuanto más débil, persiguiendo a la triste con su tristeza, obstinándose en hacer sonar en sus oídos este recado nefasto: que, por un alto designio, ella, la jovencilla desgraciada, estaba proscrita de la alegría del vivir, de la felicidad del amor; que el mundo sólo guardaba oprobio para ella, la calumniada, la infamada; que las corrientes de agua viva

del amor, en cuanto tocasen sus labios, en hieles se habían de trocar.



Así, pues, el despertar a la vida de la candorosa Elvira había sido: espanto, miedo y tristeza. Esta fúnebre trinidad de sentimientos invadieron por completo su corazón al latir las primeras pulsaciones de mujer. Fué una transición brusca y cruel; el espíritu de Elvira pasó de la inconsciencia de la niña a la reflexión de la mujer de un bárbaro empujón, y apenas dejando de ser niña se convirtió en mujer, pero en mujer tímida y triste.

De sus miedos y tristezas se refugiaba en un dulcísimo refugio siempre acogedor: con su carga de penas y miedos iba la joven a ponerse de rodillas ante una pequeña efigie de la Inmaculada Concepción, a la cual había erigido un altarcito en el mismo cuarto que encerraba su vida solitaria.

Allí la niña sola, la huérfana, la triste enfermera de un desahuciado, la ultrajada, la condenada a soledad de apestamiento, a reclusión de deshonor, allí, a los piés de la Inmaculada, esta otra inmaculada virgen, con temblores de emoción levantaba sus ojos nublados de lágrimas a buscar la mirada de la Virgen por antonomasia. E inmediatamente germinaban en su corazón secretos suavísimos consuelos; y su débil alma, acongojada, resurgía con valor heroico para afrontar to-

das las afrentas, toda infamación: abrazaba su onerosísima cruz con amor y valentía.

Bajo la amorosa mirada consoladora de la Virgen caía el alma de Elvira en exquisito arrobamiento de felicidad. Permanecía así largas horas, con dulcísima paz en el pecho; en un estado de vago bienestar, en deliriosa saturación de dicha inefable.

Sus noches de vigilia, en tales ocasiones, se iluminaban de resplandor de paraíso, como si aquella soledad se poblase de invisibles angélicos compañeros, que dejaban el ambiente impregnado de efluvios de bienaventuranza.

En aquellas horas de sobrenatural felicidad solitaria, caía su pensamiento con preferencia en un tema de recordación: revivía sus tiempos de colegiala en el convento de las Ursulinas. Una por una desfilaban por el campo de su memoria las compañeras de colegio, con mil precisos detalles; recordaba con maravillosa precisión conversaciones habidas, la manera de reír de tal amiga, las predilecciones de tal otra. Repasaba el orden del día: volvía a sentir las alegrías del despertar de niña, que no sabe de penas; tornaba a experimentar las ternuras místicas de sus misas oídas en aquella luminosa capilla, tan halladera, tan consoladora, con sus efigies sonrientes de amorosos ademanes. De nuevo, por el poder de la añoranza, la desasosegaban los cuidados de la lección difícil, la satisfacían el dominio de las dificultades vencidas, los éxitos de clase, la compensadora sonrisa de

enhorabuena de la Madre profesora. ¡Qué vida aquella más feliz! y los juegos en el jardín a la hora del recreo, y las risoteadoras corridillas...

De entre sus amigas de la infancia, la que con trazos más definidos se esbozaba en su recuerdo, era su íntima Paquita Villamor.

La Villamor fué compañera suya desde el primer curso, desde muy niña. Terminaron juntas su educación, pero Paquita no quiso vivir en el mundo, su dulce corazón se amedrentó de los azares del siglo; y como una paloma que no encuentra en el cenagoso mundo un sitio limpio donde posarse, retornó al convento; pasó su noviciado y profesó Ursulina. Ahora se llamaba sor Ascensión.

Elvira había ido con su tío a presenciar el conmovedor acto de la profesión de su íntima Paquita. Recordaba Elvira la alegría maternal con que habían vuelto a abrazarla las cariñosísimas Madres, que tanto la amaron desde niña; y la significativa tristeza con que prolongaban sus abrazos al despedirla al regreso, al despedir a la jovencilla huérfana que tornaba al mundo. Recordaba también la joven con qué seráfico arrobamiento su amiga Paquita, sor Ascensión, la dijo aquel día muchas veces, alzando los ojos al cielo y extendiendo suavemente los brazos en derredor: Aquí, Elvira, aquí está la felicidad... aquí...

III

Hacia las fiestas de Navidad, un trascendental acontecimiento vino a romper la monotonía de la existencia de Elvira, y a alterar profundamente la paz de su espíritu.

Frente a la casa de Elvira coincidía una de señorial viso, un caserón antiguo con apariencias de palacio; cuyo frontis se engravecía con tamaño escudo heráldico; cuyos portones de grandes herrumbrosos clavos y férreos entrepaños esculpidos, la prestaban imponente aspecto de austeridad; cuyo balconaje de bronceos arabescos la imprimían un sello arcáico, y más arcáico todavía la fachada cuya piedra empatinaban los años con un tinte de hoja seca, como si los ocasos de muchos siglos hubiesen allí eternizado su oro palidescente.

Pertenecía este caserón a una familia del más rancio abolengo de la comarca: los Arrúes. El actual señor Arrúe era un viejo medio inválido, jubilado del Ejército con la graduación de General. Su esposa, mucho más joven que él, y a quien en el pueblo no llamaban por otro nombre que por el de *la Generala*, era una señorona alta y gruesa, de mayestático porte.

Esta familia adolecía de un defecto, muy general en los nobles rurales: el orgullo. Este orgullo era olímpico e incondescendiente en la señora: a nadie del pueblo hablaba, y si alguien del pueblo dirigía a ve-

ces la palabra era con tan desdeñoso tono de superioridad, con deferencia tan humillante, del altísimo que se digna hablar a lo ínfimo, que herían extrañamente su sonrisa, prodigada benévolamente como un misericordioso don, y su melosa palabra, que parecía ser una limosna.

Se componía la familia, del matrimonio y dos hijos: una chicuela, colegiala de unos doce años, venida a la sazón a pasar las vacaciones de Pascuas en la casa paterna; y un hijo ya mayor, militar como el padre. El hijo apenas era conocido en el pueblo a donde nunca había venido con detenimiento; hacía varios años que no había sido visto en Villasandía; era capitán de húsares, y residía en Madrid, prestando servicio de ayudante a las órdenes de un general, que fué subalterno, y últimamente gran amigo del General Arrúe.

La señora salía raras veces de casa. Los domingos se dejaba ver, yendo a Misa; entonces se daba en espectáculo a la abobada admiración de Villasandía; marchaba rodeada de sirvientas: una la llevaba un cogín, otra un reclinatorio, una tercera la sombrilla... Pero únicamente se dignaba *la Generala* ir a Misa los días que hacía bueno; se acomodaba, pues, al barómetro su climatológica religiosidad; su farisaica devoción era una ostentación de vanidad, por que la entrada de la gran dama en el pórtico de la iglesia constituía un acontecimiento; la rodeaba la pobrecilla gente, a quien la miseria forzaba a pasar por la humillación de aque-

llas limosnas verdaderamente humillantes: una doncella mantenía ante *la Generala* abierto un portamonedas, y la señorona con gesto sufriente ante el tamaño sacrificio de caridad de tener que sufrir el contacto hediondo de la canalla, con la mano muy enguantada, por si acaso la contaminaba un tocamiento, iba sacando monedas y echándolas en las abiertas manos de la gentuza.

Esta majestuosa señora imponía a Elvira terriblemente. Si acaso algún día estando la joven asomada a su balcón, que coincidía frente por frente del balcón del comedor de la casona, acertaba a asomar *la Generala*, esta ilustrísima fruncía el ceño de una manera terrorificante, lanzaba a Elvira una mirada furibunda y pulverizadora y se retiraba al punto al interior de la casa, cerrando su balcón violentamente. Esto aterraba a Elvira; el desprecio de aquella señora tan señorona la anonadaba; *la Generala* era en el pueblo la encarnación de la sociedad conspícua, ¡y *la Generala* mirábala con el mismo furioso asco con que se mira a una perdida!... El desprecio de la gentecilla aldeana de Villasandía solamente la apenaba... ¡oh!... pero el de aquella señora la trastornaba, la azoraba, hubiera preferido ser tragada por la tierra a tener que soportar aquella mirada terrífica de la noble dama.

Una tarde observó desde su cuarto Elvira que *la Generala* se había instalado en un balcón, acompañada de la hija pequeña, y que ambas miraban hacia un lado de la calle con vivas muestras de esperar con im-

paciencia a alguien que hubiera de venir. Bien se hubiera librado la delicada Elvira de asomarse a su balcón por el miedo a la imponente señora; pero la curiosidad, exacerbada por el aburrimiento de su soledad, la retuvo en su observatorio hasta averiguar el motivo de aquella espera. Fué revelándose la voz de la chicuela que preguntó así a su madre:

—Mamá, ¿cómo tarda tanto en llegar la diligencia?... ¿Verdad que es una pena que sólo venga Federico por tan pocos días? ¿Es que no le dan permiso para más? ¿O es que no le gusta este pueblo?

La diligencia llegó y paró ante la señorial casona. La madre y la chiquilla habían bajado a la calle con apresuramiento. Del coche se apeó un joven alto, de porte señorial como *la Generala*, ataviado con un flamante uniforme de húsar, de impresionantes colorines amarillo y azul. La madre y el hijo se abrazaron muy estrechamente; luego el joven capitán cogió en brazos a la hermanilla.

—¡Luisita... mocosuela... cómo creces!...

Y el grupo dichoso se internó en la casa.

Un rato después vió Elvira a través del balcón cenar a la familia. Nunca se había fijado en lo bien que desde su cuarto se dominaba el comedor de la casa. Al viejo general, paralítico, inmóvil en su sillón, le daba de cenar un criado; *La Generala* se olvidaba de comer embobada en la contemplación del hijo; la pequeña Luisa, sentada muy junto a su hermano, le tentaba deslumbrada los

argentinos botones del uniforme deslumbrante; le recorría con la mirada de arriba abajo; cada detalle que hería su vista, arrancaba a la niña un admirativo «¡Ah!»: el emblema del alzacuello, las estrellas de la bocamanga, el fino espadín, las charoladas medias botas... ¡Ah, ah!... y su vocecita de estupefacción se intercalaba ponderativa en la conversación de los mayores.

—¡Ah! ¡Qué bonito vestido!... ¡Qué guapo, Federico! ¡Ah!

La conversación la sostenían animadamente *la Generala* y el hijo; al paralítico le costaba mucho trabajo hablar y hacerse entender, a causa de que su parálisis le había también tocado algo la lengua.

Oiales hablar Elvira comprendiendo la indiscreción cometida... pero ¿qué secreta fuerza la sujetaba allí, en su inadvertido observatorio y punto de escucha? ¿Qué magnética atracción irresistible esclavizaba sus ojos fijos en el flamante capitán de húsares, con fascinación semejante a la de la pequeña Luisa?

Sonaba muy agradablemente la voz alegradora de Federico: contaba de su vida, dando con amenidad concisa ambiente al relato de sus habituales costumbres; bien en grande vivía en Madrid, bien alegre, bien libre a las órdenes del benévolo general, amigo de la familia. Habló de su camaradería de amigos, jóvenes militares de familias aristocráticas, ricos y alegres vividores; intercalaba anécdotas sabrosísimas que hacían reír con sonoras carcajadas a *la Generala*,

y con apagadas risas al viejo baldado. Este le preguntó con su media lengua de hemiplético por sus viejos amigos, rememoró pasados tiempos, mostró desusada alegría oyendo al hijo notificarle de los antiguos camaradas de la juventud.

—Y ¿qué tal, Federico? ¿Se porta bien contigo tu general...? Le tuve yo de ayudante mucho tiempo... buen recuerdo puede tener de mí... del viejo general Arrúe... solo por llamarte tú también Arrúe te debe tratar como a un hijo... ¿estás, Federico...? lo que se dice como a un hijo... díselo a él de mi parte... sin reparo.

Después los comensales abandonaron el comedor; la madre y la pequeña medio abrazadas a Federico, y detrás del grupo el viejo paralítico, inmóvil en su sillón rodado por el criado.

Todavía permaneció Elvira en su observatorio, mirando a través de los visillos de su balcón la sombría fachada de la casona que ofreció a sus ávidas miradas severa hostilidad. Pero comprendía la joven que aquella vieja casona señorial, apesadumbrada con la tristeza de muchos siglos pretéritos, silenciosa mansión recoleta, a la que engravecía la presencia incorpórea de muchas generaciones de muertos, y a la que prestaban tristeza de sepulcros la vejez de los muebles, la amplitud sombría de las frías estancias, los arcáicos artesonados de altos techos, la pátina de las piedras, la maciza edificación, la espesa sombra de sus muros medievales... a la llegada del gentil capitán de húsares se

había alegrado. Habían penetrado en la vieja casona auras de modernización, gracias de juventud, alegrías de vida nueva. La voz armoniosa del gallardo mancebo parecía haber despertado ecos dormidos hacia muchas centurias; había espantado la agoviadora aglomeración de recuerdos de muertos, la inmanencia sombría de un acumulamiento de espíritus de antecesores. La sola presencia del joven parecía haber roto el encantamiento de pesadumbres lóbregas, y de sombría gravedad funeraria. El caserón palacio despertaba de un sueño secular a las pisadas sonoras del garrido mozo, al bravo y retador ruido argentino de sus espuelas, del chocar de la punta de su espadín sobre charolada bota en la gallarda marcha.

También en la entristecida alma de la jovencilla Elvira, templo desierto de alegrías, en cuyas vacías naves sólo había hecho resonar la vida tumultos de espantos, templo cuya lóbrega oquedad había sido espacio exclusivo para que expandieran sus gélidos cendales las tristezas, en el solitario templo espiritual de Elvira también entró la gallarda figura del húsar, despertando al ruido de su gentil marcha extraños ecos dormidos, alegrando la lobreguez con el poder milagroso de los colores de su uniforme.

Con estos colores salió el sol de la juventud en el alma de Elvira, el sol de los diez y nueve años, que con tanta facilidad se irisa en tornasoles de ilusión. Hubo en el espíritu de la jovencilla alborear de esplendores, deslumbramientos, ofuscación de la mirada

virgen, vibramientos del virginal corazón, exaltamiento del cerebro en un febril fuego que abrasaba la turba de sus ingenuos pensamientos, como una llama sobre la que caen en vértigo las mariposas.

Cuando la tristeza de la vida se ha ensañado con excesiva sevicia, sobre una joven-cilla; cuando el corazón es campo virgen para el sol del amor; cuando se exagera todo esto con la soledad feroz de una noche de vigilia, el amor hace brevemente estragos de tiranía; y en el propicio, desbrozado campo fértil de las sencillas almas jóvenes, hace irrumpir volcánicamente el apasionamiento; lo mismo que el rayo de Sol del primer día bueno de abril constela en una sola hora la jugosa pradera, con la innúmera irrupente floración de margaritas.

*
* *

A la mañana del día siguiente Elvira no se retiró a descansar, como era su costumbre. Ella misma ingenuamente se admiraba:

—¿Cómo no tendré sueño?

A cada momento iba a observar a su sitio de junto al balcón. A primera hora del día las criadas de la casona abrieron los balcones, para los efectos de la limpieza. Tornó Elvira a ver el comedor de los Arrúes, y sus ojos se clavaron en el sitio que había ocupado Federico. Luego los balcones se volvieron a cerrar, ofreciéndola su severo habitual misterio. En todo el día dió el palacio por aquella fachada señales de vida. Elvira

no sabía apartarse del balcón, ¿se daba cabal cuenta de lo que hacía? Estaba sumida en una especie de subconciencia, que velaba su libertad de albedrío en una rosada nebulosidad, dentro de la cual se tramaban los pensamientos caóticamente, y se ejercitaban los actos maquinalmente, por dinamismo adquirido de la costumbre.

En la difuminación e incoherencia de sentimientos sólo un sentimiento se precisaba en el corazón de Elvira: el de que en aquella casa frontera estaba Federico; en la vaguedad de deseos, sólo uno permanecía fijo, y de la suma y aglutinación de todos se acrecía y vigorizaba el deseo de volver a ver a Federico.

Nunca Elvira deseó una cosa en su vida con ansias tales.

Supuso que, pues era espléndido día de invierno, la familia Arrúe lo habría pasado en la otra parte del edificio, al mediodía, hacia el jardín, y tal vez habría comido en otro comedor que diese al sol.

En angustiosa expectación, deseó Elvira que llegase la hora del anochecer. En efecto, su esperanza se cumplió; la familia cenó, como la noche antes, en el comedor frontera al balcón de Elvira. A cierta hora, el comedor se iluminó profusamente y fueron entrando: primero, la opulenta matrona con la colegiala Luisita de la mano; detrás, el viejo paralítico en su sillón, rodado por un criado, y al lado de su papá, hablándole cariñosamente, Federico.

Todos ocuparon los mismos sitios que el

día anterior; volvió a sonar la voz alegre y armoniosa del capitán en amena charla ininterrumpida, embelesando a la pequeña Luisa, embobando a la madre, haciendo sonreír feliz al viejo baldado.

En la sobremesa tomó Federico a Luisita sobre sus rodillas:

—Vamos a ver, arrapieza, me ha dicho mamá que eres una sabia...

—Sí, sí —corroboró la señora—, cuenta, Luisita, algo de la ciencia de tu colegio.

La colegiala se esponjó de satisfacción y profirió con solemnidad:

—Yo soy la primera en clase..., yo..., la primera...

¿Apuntaba ya en aquel tierno vástago el orgullo genuino de la familia?

—Ando ya en Historia de la China..., en las invasiones de los Kanes mogoles...

—¡Atiza! —celebró el capitán—, ¿qué canes son esos...?, sabes más que yo.

—Dibujo ya en *segunda*...

—¿Qué es eso?

—Narices y bigotes.

Rieron todos a coro, hasta el enfermo general.

—Es verdad —ratificó la chiquilla escamada de aquel risoteo—, ¿no lo creéis? Ahora mismo dibujo una nariz...

—Bien, bien, te creemos por tu palabra —dijo sonora la voz de la mamá—. Y ¿qué más sabes?

—¡Oh...!, muchas cosas..., también ando en francés..., ya doy en verbos.

—¡Das en verbos! —exclamó fingiendo suprema estupefacción el hermano.

—Sí; ¿quieres que te conjugue el verbo *aimer*?

—Venga el verbo *aimer*.

—Pero no te vayas a creer —arguyó la orgullocilla— que lo sé... así... de cualquier manera..., lo conjugó con pronombres y formas obligativa, interrogativa y negativa, todas entremezcladas...

—¿Entremezcladas todas, todas...? ¡Qué lista hermanita tengo...!, a ver.

En medio de un silencio de expectación, se esforzó la voccecita de la niña con el tonillo habitual de dar la lección.

Este tonillo hizo a Elvira recordar sus ejercicios de conjugación en el colegio de Ursulinas: *Y aime la Vierge..., tú aimes la Vierge...*

El viejo general tendió el cuello para oír a Luisita, el capitán era todo atención, la mamá sonreía. La chicuela voceaba:

Y aime..., il faut que tú m' aimes..., il faut que nous nous aimons.

—¡Bravo, bravo! —gritó el hermano—, eso es todo una declaración de amor.

Ella siguió muy animada por el aplauso:

—*¿Ne m' aimeras—tu pas...?*

Cayó sobre la rapaza una lluvia de caricias. El viejo se la hizo sentar sobre sí, y como los paralizados brazos no le permitían abrazarla:

—Abrázame—la decía—bien fuerte, bien fuerte; bésame muchas veces..., y muchas veces dime, pero con sentido ¿eh?, y con sentido consagrado a mí: «yo te amaba, te amo y te amaré»...

Federico celebraba a la pequeña con entusiasmo encomiástico, y tratando de imitar la suavidad de la voz infantil, declamaba:

—*Ye t' aime..., ne m' aimeras—tu pas?*

¿Qué secreto sobresalto solivió el corazón de Elvira cuando oyó la dulce voz del capitán pronunciar tales palabras? ¿Qué raudales de ternura se desbordaron de su pecho? ¿Qué suavísima ilusión levantó su espíritu a altísimas regiones de felicidad paradisíaca?

Aquella noche Elvira, sin percatarse de ello, ni del por qué, estuvo muy contenta. Hacía tiempo que no disfrutaba su alma de tan omnimoda felicidad: esta felicidad la recordó los tiempos de su vida de colegio. Iba y venía por la habitación con un desasosiego inexplicable. Rezó con tiernísima devoción ante la imagen de la Inmaculada; creyó que nunca había amado tan tiernamente como entonces a la Virgen; sentía por todo un sentimentalismo excesivo, extraordinario. Medicamentando al tío, tuvo una crisis de emoción y le acarició llorando; hasta abrigó la absurda esperanza de que el tío se pondría bueno; ¿no se había engañado ya el médico al suponer que ya no viviría el enfermo en esta fecha? Otro rato la acongojó una pena falsa y lagrimeó al pensar que no conocía a sus padres: ¿cómo sería su madre?, ¿la querría mucho? Y este llanto siguió mucho tiempo, pero ya no obediente a su causa original, sino que sin causa precisa, un llanto muy dulce, muy consolado, sin ton ni son, llorar porque sí, con volup-

tuosidad de llorar copiosamente, lágrimas semejantes a las que hacía fluir de sus ojos, mirando las primeras estrellas la dulce musiquilla de la dulzaina en los crepúsculos de domingos y fiestas, cuando por la calle regresaban del baile las parejas de enamorados, contándose al oído la felicidad de sus amores...

¿Qué choque de conmoción había recibido esta jovencilla en pleno pecho? ¿Qué racha de vesania había promovido en su corazón tal tormenta de disparatadas sensaciones?

Se adormiló en altas horas de su vigilia plácidamente y se entretuvieron en su imaginación muchos sueños muy bonitos.

Soñaba encontrarse en sitios placenteros: ya en jardines maravillosamente floridos; ya en claros de bosque alumbrados por la luna, que ponía esmeraldina suavísima luz en las arboledas dormidas; ya en amplísimas praderas que tendían de horizonte a horizonte la alfombra turquí de su mullida yerba; ora entre rocas vestidas de musgo, en las que caían despeñadas cascadas clamorosas, cuyas espumas irizaba un sol naciente; ora en grutas de techo de cristal, del que descendía un fulgor nacarino. Y luego sucedía que todos estos sitios, grutas, roquedas, praderíos y boscajes, resultaban ser el jardín del convento de Ursulinas. Elvira lo reconocía perfectamente: allí estaba tal avenida de sícomoros, cuyas flores melífluas atraían en primavera una musical muchedumbre de abejas libadoras; tal parterre bordeado de evónimos, en el que las pequeñas del cole-

glio jugaban a marro; la fuente, con su gruta artificial de peñascos diminutos, y dentro, una efigie de la Inmaculada, minúscula imitación todo ello de la gruta de Lourdes; el macizo de olmos a cuya sombra gustaba de leer la íntima amiga Paquita Villamor su libro predilecto titulado «Las pequeñas virtudes», por S. Francisco de Sales... De repente, Paquita era ya sor Ascensión, cerraba su libro, lo dejaba en el recodo de una rama, se levantaba, y extendiendo suavemente los brazos, decía a Elvira:—Aquí, aquí está la felicidad.—Yo también—la decía Elvira—yo también soy muy feliz. La monjita la miraba extrañada, incrédula:—¿Cómo? ¿Muy feliz en el siglo?—Sí, sí, muy feliz.—Pero, ¿por qué? Si no puede ser..., ¿por qué? Elvira no sabía qué contestar..., y en el embarazoso silencio, la amiga la apuraba:—¿Lo ves cómo callas...? Dime, ¿en qué puede consistir tu felicidad mundana...?, ¿habla...?, ¿por qué eres feliz?, ¿por qué? Y se marchaba la monjita, disgustada, creyendo que la habían mentido. Pero Elvira sabía que había dicho verdad, que era muy feliz. En las arboledas en flor, pobladas de abejas, un dulcísimo rumor susurraba: Yo te amo.... ¿no me amas tú...? Bandadas de pájaros pasaban cantando con la misma voz de Luisita: es preciso que nos amemos..., tú me amarás... El soplo de la brisa, sacudiendo los rosales floridos, modulaba quedamente: yo te amo..., ¿por qué tú no me amas...? La fuente, dentro de la pequeña gruta, murmuraba: ¿me amas...?

yo, te amo... Y de pronto apareció una mariposa amarilla y azul; la mariposa volaba hacia Elvira, se agrandaba, y luego descendió al suelo ante ella, y por arte mágico, se convirtió en un gallardo mancebo, capitán de húsares, conservando en su uniforme los mismos colores amarillo y azul de las alas de la mariposa: era Federico. Los ojos del galán mirábanla tiernamente y sus labios pronunciaban:—*¿Ye t' aime..., m' aimes—tú...?, il faut que nous nous aimons...*

*
* *

¿Qué tiene la señorita Elvira, que ni come ni duerme?—la preguntó al otro día la anciana sirvienta.

—¡Oh! Nada malo... estoy divinamente.

Divinamente, sí. Una inmensa alegría colmaba su corazón, y desbordábase afuera, irradiando a su alrededor, y haciéndola ver todas las cosas gratamente alumbradas por extraña oleada de luz.

Se entregó plenamente la jovencilla a su platónico enamoramiento; vivía para pensar en su capitán de húsares... que no la conocía.

Pero a ella la bastaba, atisbando desde la insospechada mira de su balcón, verle entrar o salir de casa, oír sonar la música de su voz acariciando a la pequeña Luisa. La eran suficientes las migajas de felicidad de oírle próximo, de conocer el rumor, complicado de sonidos de espuela, de sus pasos; de observarle ir y venir por el come-

dor de la casona, alegrada por su presencia. Se contentaba con oírle reír y charlar, dichoso en el seno de su familia; con contemplarle acariciando con acendrado cariño a Luisita y a la madre, que por un momento deponía bajo las suaves caricias del hijo su habitual continente de altivez; y con ver alegrarse milagrosamente, a la sola mirada del mozo, al siempre triste paralítico, en cuya cara pajiza se dibujaba la sonrisa dificultosamente.

La alegría de todos los suyos, Federico; y la alegría de Elvira, y más que alegría: ilusión de amor primero y único; tema y cifra de los secretos anhelos de su juventud, lisiada por la soledad a toda extrema exaltación; apta para todo ensueño a causa del pertinaz retraimiento contemplativo; predispuesta a todo extraordinario arrebató de ánimo por obra de la soledad que circuía su existencia; a propósito para ser juguete de toda clase de emociones halagüeñas por natural ley de reacción en su vida demasiado triste.

¿Comprendía Elvira que amaba a aquel joven de una manera extraordinaria? Ella soñaba mucho, y pensaba poco. No ponía orden en el caos de sus pensamientos difusos y poco duraderos; no era capaz de estudiar, dominándolos, sus sentimientos; no analizaba su enamoramiento raro; no paraba mientes en lo absurdo de su ingenuo apasionamiento; no daba en la tristeza que encerraba el hecho de amar a aquel de quien ni era conocida, a aquel que, entera-

do, quizá rechazaría su amor. Ella le amaba sin finalidad alguna, sin esperanza inmediata y concreta: era el suyo un amor deslumbrado, irreflexivo; se diría que a los infantiles ojos de su alma había salido demasiado de repente un sol, y este sol, ofuscándola, habíala puesto en éxtasis, en suspensión de todo razonar, empapándola y embriagándola con su luz desconocida y maravilladora.

Esta magnífica generosidad tiene el amor platónico: se ama desinteresadamente, tan humildemente que no se espera con impaciencia, ni menos se exige, pago o compensación de reciprocidad. Y tiene el platónico amor esta consoladora libertad de osarse, de amar sin limitación, sin temores de repulsas, sin amarguras de desprecios, sin calvario de olvidos, sin cobardías ni encogimientos, bajo la protección encubridora de lo incógnito.

Así durante los breves días que llevaba Federico Arrúe en la casona, la enamorada le fué deudora de la inmensa felicidad de amar inmensamente.

Una noche, después de cenar, salieron Federico y su madre unos momentos al balcón del comedor. Era noche muy oscura. Elvira en acecho miró a través de los visillos con ansiedad, pero no les podía ver, a causa de la oscuridad. Madre e hijo creyéndose no escuchados en la avanzada de la hora hablaron con libertad, sus voces en el silencio sonaban muy distintas e inteligibles. Trataban de la partida de Federico,

la cual sería al día siguiente; la voz de la madre se veló un poco, tal vez ahogada en llanto por la pena de la marcha del hijo. También Elvira suspiró llorosa, en silencio. El militar tratando de desviar la atención del penoso sentimiento de la vida, dijo con tono de indiferencia:

—Y ahí, en la casa de enfrente, seguirá viviendo el viejo don Juan Francisco... ¡Los años que hace que no le veo! ¡Buena pieza!

Aunque no sospechaban que alguien les pudiera oír, habían bajado mucho la voz por exceso de precaución. Elvira les oía con dificultad, algunas palabras llegaban a ella ininteligibles.

—Ahora está muy enfermo... ¿comprendes?... aquellos polvos traen estos lodos... muy enfermo, dicen que ya lleva muriéndose más de dos meses...

—Y estará duro de roer para la misma muerte ese viejo verde...

—¡Ay, hijo... qué escándalo ha estado dandol tú no lo sabes...

Elvira temblaba escuchándoles. La voz de la matrona rezongó sordamente:

—No sabes, no, Federico, el último escándalo, el definitivo... esta gentuza aldeana ni siquiera guarda las apariencias... a mí me han quemado mucho la sangre estos vecinos...

Elvira sentía bañarse de sudores fríos.

—Hace dos años trajo ese sinvergüenza a una... él dijo que era sobrina suya, vete a saber... por supuesto que nadie lo ha

creído... ella es jovencilla... pero en pleno paseo se la ha visto besarle, y...

La sangre afluyendo en oleada de vértigo a la cabeza de Elvira la imptdió oír; se la nublaba la vista, sentía angustiosos desvanecimiento... La voz de *la Generala*, sin duda por exceso de indignación, se elevó de tono, olvidada toda precaución:

—¡Qué escándalo!

—¡Pues no he visto yo—intercaló Federico—a esa pájara...

—Ni falta que te hace; sale muy poco o nada; el desprecio del pueblo, que no la propia vergüenza, la recluye en casa... a esa barragana de un viejo... la infame... la bribona...

Elvira se sintió morir; la subió un ahogo del corazón a la garganta; anduvo ciega unos pasos, tambaleándose como agónica; cayó primero sobre una rodilla, y luego cuan larga era por el suelo... justamente a los piés de la imagen de la Purísima... allí estuvo caída, exánime, en simbólico derribamiento de todas sus ilusiones, desgarrado a girones su desgraciado amor primero y último, rota su vida, destorzada en mil cachos su esperanza de felicidad en este mundo.

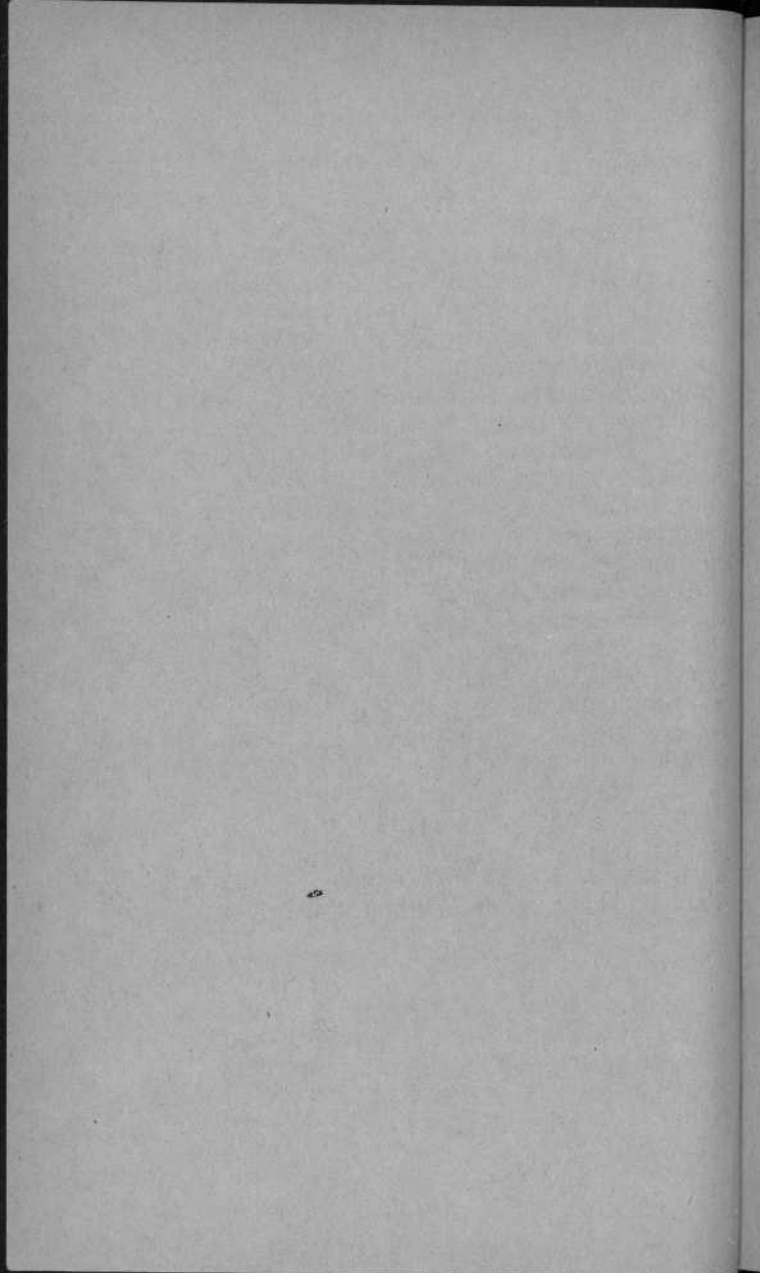
Pasado un rato despertó de su lipotimia; se notó bañada en sudores fríos, y con un quebrantamiento tal como si se hubiera caído de una alta torre.

Postrada en el suelo aún alzó sus ojos a la Virgen Purísima, que también la miraba, se diría que con sobrenatural insistencia. La

mirada de la Virgen caía sobre ella... caía... sublimes consuelos descenderían con aquella mirada sobre el alma destrozada de Elvira; celeste confortación se iría infiltrando con aquella mirada en el corazón de la jovencilla...

Y Elvira se levantó del suelo, serenamente, animosamente, con increíble súbita fortaleza de ánimo. Como se había hecho hora, acudió presurosamente al lecho del tío, requirió las medicinas, atendió con acendrado cariño filial, con más cariño que nunca, a la medicación, luego acomodó al exánime con solicitud ternísima, le arregló la cama con prolijo esmero; limpió los agónicos trasudores del rostro de aquel... de aquel cuya ignominia se proyectaba sobre ella con maldita sombra de infamación... y aquella excelsa heroína del perdón, la altísima doncella, de heroica virtud de martir, se inclinó y depositó un beso de santidad, de perdón, sobre la frente del enfermo...

La Virgen Purísima enviaría desde el cielo besos a aquella jovencita heroica... bajarían tropes de ángeles a coronar a porfía la frente virginal de ésta a quien el mundo llamaba la barragana, la infame... la bribona...



SEGUNDA PARTE



DESPUÉS de hablar de toros, hablaron de caballos, y después de hablar de caballos, hablaron de mujeres.

Saltó intencionadamente en la conversación el nombre de la bailarina rusa Yasnine-Yanowskha, muy en boga en Madrid aquella temporada. Al oír este nombre, se encarminó el doncellesco rostro imberbe del jovencillo teniente La Hílera.

—¡Le véis—exclamó el mordaz capitán Rasilla—ya está ruborizado el teniente *Querubín*.

El llamado teniente *Querubín* había sido aquel invierno protagonista de una historia, en que la ingenuidad y natural inexperiencia y simplicidad del jovencillo húsar fueran víctimas del cruel juego de la baqueteada artista *demimondaine*.

El capitán Rasilla se ensañó:

—Pollito, para gallear con la Yasnine-Yanowskha hay que tener muy duros los espiones.

Protestó el jovenzuelo, avergonzado de sus cualidades:

—¿Quién ha dicho que me ruborizo yo?— ahuecó el púber la voz, tratando en vano de engravecerla—yo... ya... no me ruborizo.

Un militar cano le miró entonces sonriendo sin ironía, y con amargo tono de sinceridad le dijo.

—¡Sí, no debe usted avergonzarse de... eso, La Hilera! ¡Quién tuviera el tesoro de sus diez y siete años! ¡Quién fuera capaz de ruborizarse!

El corrido capitán Federico Arrúe apoyó el tema.

—¡Ay, querido La Hilera, el rubor del rostro indica virginidad del corazón! Y además en esto de mujeres, ¿quién está libre de engaños?

Peor que peor. Le sentaban mal a La Hilera estas paternales conmiseraciones.

—¡Qué rubor, ni qué virginidad, ni qué músicas celestiales son esas... ¡Oh, los hombres corridos, ah!... Y miren quien se las tiró de hombría... el capitán Arrúe, que anda estos días enamorado como un cadete por una enlutada anónima... esa que llamamos «el angel del dolor»... Yo al menos, querido Arrúe, no me enamoré de la rusa hasta el extremo de adelgazar... y usted... ello está a la vista...

Rieron todos; el flechazo estaba bien ti-

rado; no sabía defenderse mal el doncellesco tenientillo *Querubín*.

Tomó entonces la palabra el coronel Aviral:

—Yo sé una anécdota muy chocante de la bailarina rusa Yasnine-Yanowskha.

El prestigio de narrador del coronel Aviral hizo enmudecer todas las leguas. Este coronel de Estado Mayor era todavía joven; poseía modales de muy buen gusto; de un tiempo a esta parte un secreto sentimiento le amargaba la vida: su magnífico pelo dorado decaía de color, injuriantes rastros del paso de los años; tenía una preocupación diaria cada mañana en su arreglo prolijo: perseguir minuciosamente y encarnizadamente estirpar la traidora aparición de cada cana; ni aún en vida de campaña desatendía los para él sagrados deberes del tocador. Había viajado por toda Europa, y año tras año, en una corte y en otra, se había enriquecido su ingenioso repertorio de historias galantes. Estas eran su punto fuerte; poseía el arte de la narración, y este arte le había granjeado en todos los salones un aura de simpatía general; su fama de ameno hablador de mujeres, formaba doquier a su alrededor una Peña de admiradores y adeptos.

El coronel comenzó su anécdota de la Yasnine-Yanowskha con voz reposada, recreándose en el general silencio, atacando con maestría de artista consumado la dificultad de todo principio de narración, sabiendo encontrar el toque de interés desde las primeras palabras:

—Yo conocí por primera vez a la Yasnine en Viena; allí se la llamaba la mujer-vampiro...

En esto una voz amiga dijo en secreto al oído de Arrúe:

—Federico... ahí pasa tu enlutada misteriosa...

Ya, ya la había visto el capitán Arrúe. Saltó de su asiento como impelido por un resorte.

Hubo risitas significativas. El coronel interrumpió hábilmente su sabrosa anécdota de la rusa, abriendo un paréntesis para la chacota de los contertulios a costa del enamorado.

El teniente *Querubín*, vengativo, aprovechó la ocasión ventajosa:

—¿Y ahora, Arrúe, qué me dice usted?

El mortificado se encogió de hombros:

—Apuren, apuren ustedes la ironía... esta es mi racha de esclavitud amorosa... a todos llega.

Y no se le entendieron más palabras; hablaba sin dejar de andar hacia la puerta de salida, con prisa de verse inmediatamente en calle, y no perder de vista también aquella vez a la enlutada.

*
* *

Pero esta tarde no le sucedió tal a Federico Arrúe. Al pisar la calle tendió con ansiedad la vista delante de sí, y la vió... a pocos pasos de él marchaba la enlutada desconocida que, hacía ya una temporada, era

la obsesión de sus pensamientos, día y noche.

En las soleadas tardes de aque final de invierno la había visto pasar por delante de las vidrieras del saloncito bajo del Club Militar. En la hora propicia del mediodía, a la sazón que el elegante y halladero saloncito del Club se animaba bajo dichosa concurrencia, y una especie de irradiación de juventud feliz llenaba aquel ambiente aromado de la leve humareda de los habanos, resonante de frescas voces reidoras; en esa hora en que el día es más alegre y el cerebro más fácil al ensueño: en esa luminosa primera hora de la tarde pasaba invariablemente la enlutada por la acera del Club Militar.

Los amigos de Arrúe un día repararon en la transeunte, y hablaron de ella: ¡Qué interesante aire de misterio tiene esa jovencilla enlutada!... es muy linda con su aspecto de «ángel de dolor»... ¿te has fijado en ella, Federico?

¡Que si se había fijado! Desde el primer día que por allí pasó la enlutada, ya los ojos de Federico Arrúe, en poderosa atracción, se habían clavado en la gentil muchacha, abarcando en una ojeada estudiosa y perita toda la gracil silueta desde la cabeza a los piés; y escudriñando a través del tupido velo de gran luto reciente el rostro aniñado, misteriosamente albeante entre la negrura de los crespones de luto con la suave imprecisa blancura de un astro vislumbrado entre cendales de nube. Se había Federico aprendido de memoria la especial manera de an-

dar de la jovencita, a pasitos cortos y menudos, enérgicos, sacudiendo un poco la falda por detrás e imprimiendo un apenas perceptible vibramiento al cuerpo sutil, de talle levemente cimbreante al compás del taconeo.

¡Que si se había fijado en ella! A cierra ojos podría dibujar los detalles de la seria y elegante vestimenta de aquel «ángel del dolor»: el sombrero redondo sombreando la nacarada frente; la graciosa levita de dos filas de enormes botones de azabache, apriñando el mirífico busto de diosa joven; y la gran piel negra, de tan negra azuleante al sol, la cual, descomponiendo con armónica rebeldía la justeza de la línea siluetística descendía de los hombros a enroscarse a su talle de sílfide; el diminuto manguito, holgado nido cobijador de sus dos manecitas enguantadas; los charolados botitos, que apenas rozaban el suelo en la airosa marcha menudita y enérgica, aquella marcha suya, tan única, tan graciosa, que hasta consiguió un día arrancar plácemes al coronel Aviral, el viejo conocedor de mujeres, el mundial práctico de bellezas europeas—¡Oh!—había sentenciado—he ahí una chiquilla que pisa bien... sabe andar la nena esa... a falta de otros encantos enamoraría con los piés...—

¡Que si se había fijado en ella Federico! Se la sabía de memoria. Lo único que de ella no conocía bien eran los ojos; siempre la jovencita llevaba modestamente recogida la mirada. ¡Cosa más particular! «El ángel del dolor» figuraba no haber llegado aún a los 20 años; ¿qué jovencilla de su edad iba

así por la calle? ¿Qué mocita sabiéndose guapa, presintiéndose muy mirada de hombres, no levanta por esas calles los ojos turbadores—que no turbados—a recoger el universal homenaje de miradas de todos, a hacer entrar a los indiferentes o distraídos en el coro avasallado de admiradores, a dominar por fueros de seducción, a reinar por soberanía de belleza, a ofuscar con los destellos radiantes y hechizadores de sus ojos de mujer guapa?

Y la preciosa enlutada iba siempre por la calle recogida la mirada ante sí con celestial modestia encantadora; encantadora, sí; sus ojos no eran mojigatos, sabían mirar más allá de la punta de la nariz, pero era con una mirada tan inocente, tan infantil, tan velada de modestia, con tal propensión a refugiarse tras el protector velo pudibundo del sedero cerco de pestañas, que revelaba una adorable alma tímida, sobresaltada por el temor de peligros presentidos.

Algún de la peña del Club había enunciado:

—Esta mujer parece avergonzarse de ser guapa.

No era eso tal vez. Tal vez supiera la jovencilla que sólo por ser hermosa la asediaba ya la desgracia en este asqueroso mundo inadecuado para morada de lo castamente bello, de lo virginalmente candoroso y quizás adivinara con sobresalto y repugnancia que acechan el paso de la hermosura casta mil satiríacos ojos concupiscentes que aun a distancia amedrentan, y aun de lejos abrasan como ascuas infernales.

¡Cosa más rara que la modestia de la joven enlutada en la calle! No se estila hoy este módulo de mujer guapa. ¡Qué hechizadora mezcla de juvenil gracia y de seriedad virtuosa resumía sus encantos en esta jovencilla!

He aquí que la virtud, que, cuando está encarnada en la mujer inocente tiene poco aspecto de austeridad, sonreía suavemente por medio de los labios carmíneos de la jovencilla. La pureza virginal sólo sabe ser pintada por colores albos, y sólo puede ser simbolizada por gayas flores níveas: las azucenas. Si alguna rara vez se encuentra en este podrido mundo lo candoroso, se siente la lástima de verle extraviado, fuera de su centro; y choca extraordinariamente el inopinado encuentro de lo virginal impoluto en este mundo tan manchado; y se experimenta una sorpresa increíble y desconcertadora al cerciorarse y ver, por raro azar, de cerca cómo la virtud es sencillamente amable, hechizadoramente subyugante; cómo unos dulces ojos, que se bajan, prestan a una débil mujer defensa sobrenatural, cual si una legión de ángeles desenvainasen en su derredor las flamígeras espadas; de qué manera unos ojos que miran con inocencia mantienen muy distanciado el hediondo cerco de concupiscencias; con qué fuerza de encantamiento la ingenuidad esclaviza todo pecho de nobles sentimientos, y con qué rendido amor se hace amar de todo corazón que no esté podrido; con qué alegría sabe la frente pura coronarse de flores; qué ena-

moradas gracias visten a la virtuosa joven-cilla; cómo la virtud se hermana con la juventud; cómo todos los encantos de la tierra se prestan a porfía para embellecer a la virtuosa doncella, flor del cielo; qué atractivo tan original, tan raro en el siglo, tan nuevo, tan celestial irradiaba la joven pura, que sabe ser severa y amable, virtuosa y adorable, austera y atrayente, recatada y graciosa, enamoradora y discreta.

—La nena esa—había exclamado el coronel Aviral, el gran práctico de mujeres—tiene mucho que estudiar... si se la mira a los ojos parece una Hermana de la Caridad, y si a los pies, una bailarina.

Esta mujer impresionó muy hondamente al capitán Federico Arrúe; ¡qué mujer tan distinta de cuantas había conocido! ¡Que si se había fijado en ella! Más que ninguno seguramente. Precisamente por eso era el único de los de la peña que no emitía comentario alguno cuando pasaba la bella desconocida; no hablaba, no, pero en su interior recibía el choque de una emoción muy profunda que al exterior sólo se traslucía por una ligera palidez, de nadie notada.

¿De nadie? Alguien la observaba taimadamente; el coronel Aviral, gran aficionado a estas cosas de enamoramientos. Día por día fué el coronel tomando conocimiento de esta delatora palidez, notando sus grados, asistiendo con entusiasmo de profesional al preámbulo de aquel amor, pulsando el vigor de arranque de aquella pasión incipiente, siguiendo con ojo experto la crecien-

te gradación, el franco proceso de aquel enamoramiento.

¡Qué claro vería ya el ducho observador la revelación una tarde! que exclamó de súbito:

—Tocado, capitán Arrúe, está usted tocado, querido; la estocada de hoy ha sido de a fondo... mañana sigue usted a esa jovencilla por la calle.

—Se equivoca, mi coronel, es hoy mismo —había respondido el enamorado saliendo presuroso del local.

Cayó el suceso como una bomba en la peña.

—¡Atiza! ¡Arrúe saliendo de estampía, enamorado, pero así... a lo callado, a lo romántico, a lo novato. ¡Pero si Federico es un punto muy corrido, muy fogueado! Pero ¿de dónde le ha venido esta chifladura repentina?

—No es repentina—había sentenciado el coronel.

—Pero ¿quién lo diría?

—Yo. Desde el primer día que la bella enlutada, «el angel del dolor», como la llamamos, pasó frente a esa ventana, yo me dije: He ahí un *casus belli*... ¿Quién de estos muchachos aceptará el primero beligerancia de amor? Fué el capitán Arrúe el que cayó; preví yo esta baja desde el segundo día.

Aquella tarde primera, y también algunas otras, el capitán Federico Arrúe, cuando salió del Club, no había ya visto a la enlutada, y había vuelto carlacontecido a la tertulia. Sabiendo mucho de estas cosas, de-

safiaba de cara, desde el primer día, las ironías de los amigos.

—Mañana no se me escapa—les decía sonriendo, poniéndose también a tono de chanza.

—¿Con inhabilidades a estas alturas?—marrullaba Aviral con lento cabeceo, atusándose la barba rubia.

—¿Cuántos días lleva usted, capitán, perdiendo la pista de la enlutada? ¿Y no se aburre ya? ¡Ay, ay, ay, querido Arrúe, así se empieza cuando no se ha de saber acabar! Estos desaciertos de novato son grave síntoma en usted, hombre ya ducho en estos achaques. Oígame: mi fina nariz ventea misterio en esa enlutadita, monja que taconea recto; presumo que va usted a proporcionarme una historieta más de amores raros que añadir a mi nutrido repertorio.

—Sea—contestaba el húsar con estoico encogimiento de hombros.—Porque llega a veces a tal límite el enamoramiento que se da de lado a todas las hablillas y pareceres humanos; importan un ardite las chanzas o las veras; no empecen consejos, ni aprovechan las orientaciones de los expertos, y se afronta con gentil desenfado o pueril inconsciencia cualquier peligro de mal aventura o de ridículos pasos, con esa especie de ceguera del espíritu, de anulamiento de la reflexión, de incuria en el raciocinar y de atropelladora vehemencia en el sentir, que ha servido de base a la alegoría que simboliza el amor en la figura de un niño ciego.

Así era ya el enamoramiento del capitán

Federico Arrúe; y este enamoramiento era el que ahora le llevaba como hipnotizado, como hebetado, detrás de la jovencilla enlutada, embelesándose con la música del taconeo de la bella sobre las losas de la calle.

¡Oh!, esta tarde sí que no se le escapaba la pista de la adorada misteriosa. La calle era una de las más concurridas de Madrid, y a la sazón hormigueaba de gente. Por eso el capitán medía su paso con el de la desconocida, conservando una distancia muy corta.

La enlutada no se había percatado de la persecución amorosa; marchaba descuidada, un poco adelantada a una señora mayor, humildemente ataviada, que siempre iba a su lado en calidad de «señora de compañía». Y así pudo el capitán contemplar a la joven en su natural encanto, en la plena libertad de movimientos de no creerse observada. A la vista del enamorado ofrecíase por detrás la armoniosa figura de la gentil: la abundosa cabellera, de un castaño muy claro, como el dorado de ciertas hojas secas, se recogía bajo el ala redonda del sombrero negro en bucles de discreto artificio; a través del velo que pendía en redondo del sombrero albeaba la nuca, matizada de ricillos del dorado pelo castaño, escapados rebelde y graciosamente del conjunto del peinado.

El iba detrás con el divino azoramiento del primer amor, temiendo y ansiando a la vez que fuera notada su presencia, palpi-

tante el corazón, hechizada la mirada, en tan delirioso estado de ánimo que se consideraba feliz con caminar a pocos pasos de la amada, sin ser notado ni correspondido. Se acordó Arrúe de cuando, hacía ya muchos años, en los albores de su pubertad, recién estrenado su uniforme de cadete, hizo sus primeros pinitos de galán, marchando de esta guisa en pos de una mujer. ¿Es que el verdadero amor, el verdadero, se parece siempre en cualquier edad y circunstancia a un primer amor? ¿Qué misterioso fondo de candor e ingenuidad, y de temblorosa emoción, y de desatinada inexperiencia tiene el amor verdadero cuando verdaderamente nace del corazón, aunque el corazón sea ya viejo, y desengañado y endurecido?

Inopinadamente, ella se paró y se puso a contemplar el escaparate de una librería religiosa.

—Es devota—dedujo el enamorado—mejor que mejor.

La señora de compañía, como una autómatas, habíase también parado al lado de la señorita, y como otro autómatas también, Federico. Se intrigaba el galán: ¿qué miraría ella con tanto interés? El alcanzaba a ver un escaparate que reputó ramplón, de librería vulgar; allí no había nada que mirar: unos libritos blancos para niños de primera comunión, unos rimeros de medallas doradas y plateadas, unas anaqueleras de estampas de todos colores y gustos... y allí... hacía la izquierda, justamente hacía

donde se dirigía la mirada de la hermosa, un cuadro grande, figurando una monja; resaltaba en el todo negro del fondo la toca de blancura nítida, la cara de blancura cérea, y hacia la cintura de la imagen, ceñida de un rosario, el dorado mate de una medalla pendiente. ¿Qué santa sería aquella? Se acercó unos pasos más Federico y leyó el letrero del cuadro: «Santa Ursula, virgen y fundadora».

Sin darse cuenta se había el militar colocado muy cerca de la enlutada, y ésta entonces, terminada su contemplación del cuadro, se volvió de cara y se halló frente a frente de él.

¿Qué pasó en ella?... Al verle se quedó inmóvil, pálida; sus labios pareció que pronunciaran un nombre que no se oyó; se quedó mirándole... mirándole, temblorosa... Federico, estupefacto de aquella turbación, no se percató del ridículo papel que estaba figurando. Este ridículo le afrentó después mucho tiempo; pensando en su alelamiento de este instante él, el corrido capitán Arrúe, se comía la figura de coraje.

La enlutada, recobrando brevemente su serenidad, se cogió del brazo de la «señora de compañía» y echó a andar, pero no continuando el paseo calle adelante, sino desandando lo andado.

Arrúe se perdía en un laberinto de perplejidades: ¿qué significaba aquella turbación de la joven?, ¿le conocía?, ¿sería de buen tono seguirla nuevamente?, ¿la dejaría otra vez perderse de vista? Un tumulto de

preguntas incontestables se embarullaba en su cerebro. Pensó de pronto: si me vieran ahora los del Club .. con este azoramiento... Se rehizo, arrancó tras los pasos de la enlutada.

Esta iba muy de prisa, como huyéndole, dando palmarias muestras de seguir presa de su misteriosa turbación. Ni una sola vez volvió atrás la cabeza.

El perseguidor la vió entrar en una casa, y subir resueltamente la escalera, siempre con prisa, siempre con traza de ir huyendo. —Aquí debe de vivir—pensó. Llamó en la portería. El portero acudió a él, con ademán correcto, dentro de su levita de librea.

—Usted dispense, conserje—le abordó el capitán, disparándole a quemarropa una propina de dos duros—¿podría usted proporcionarme un informe que me interesa muchísimo?

El portero sonrió, comprendiendo, y reaccionando brevemente a la inyección energética de la espléndida propina, se deshizo en demostraciones de rendido servilismo.

—Estoy a sus órdenes, caballero.

—Esa señorita joven que acaba de entrar, enlutada...

—Vive en el principal derecha, un cuarto amueblado que paga setenta duros al mes... sale esa joven dos veces al día de casa: por la mañana a misa... siento no saber a qué iglesia; por la tarde, a esta hora, de paseo, creo que al Retiro... es nueva en la casa, vino aquí a fines de este invierno, me parece que de un pueblo... no recibe nunca car-

tas... vive sola, no debe vivir la familia; tiene una cocinera, una doncella, y para salir una señora de compañía... siento saber poco de la señorita... ¿quería usted que la pasase yo algún recado, alguna carta, ahora mismo, con toda confianza?...

—¿Cómo se llama la señorita?

—Elvira.

—Elvira qué... ¡el apellido, hombre!

—No lo sé señor, pero yo preguntaré... lo que se ofrezca...

—Gracias.

—Servidor de usted, caballero...

II

Hacia ya un rato que Federico Arrúe estaba despierto; pero su pensamiento fluctuaba perezosamente en ese dulce espacio de vaguedad que es límite entre el sueño y la vigilia. Con los ojos entornados, con los miembros en la misma actitud de reposo que habían tenido durante el sueño, dejábase estar el joven en plácida languidez.

Y en las sombras mentales, que lentamente se iban disipando, en los albores de su pensamiento, que estaba amaneciendo, se dibujaba con auroral rosada luz la gracil silueta de Elvira, la jovencilla enlutada. ¡Cuántos días llevaba ya el capitán despertando así; cuántos iba siendo su primer pensamiento la pálida enlutada; cuántos días ya en la

placidez de su primera hora de vida en cada despertar la imagen adorada se abocetaba entre los quiméricos albores del ensueño!

Este día Federico, recobrado el dominio absoluto de sus ideas, fué, como todos los días, recorriendo el asendereado ciclo de pensamientos, que tantas veces ya se habían entretenido en su mente: el enigma de la turbación de ella, el día del encuentro; el ridículo atontamiento de él en aquel instante; el pesar de no haber podido volver a verla; los planes hechos, deshechos y rehechos para conseguir verla; los proyectos aceptados y rechazados, y enmendados y anulados de escribirla...

—Lléveme el diablo si sé qué es lo que debo hacer...

Se despechaba el militar... comenzaban ya las inquietudes, las incertidumbres, los anhelos que son naturales accidentes del camino del amor; verdad probada es que por este camino sólo es enteramente feliz el primer paso, y que, conforme avanzando se va por tan ilusoria senda, los piés se quebrantan en altibajos, tropiezan en piedras, se rozan y lastiman en guijas agudas, se pinchan y llagan de abrojos.

—Señorito es ya muy tarde.—La voz discreta de Eufrasio, el viejo criado llamaba a Federico.

Este servidor había envejecido al servicio de la casa de los Arrúes. En la actualidad ejercía de mayordomo en el elegante cuarto de soltero que habitaba Federico.

—Entra, Eufrasio. ¿Qué hora es?

—Es ya mediodía. Pero ¿cómo?: aquí está el chocolate como se lo dejé... se volvió a dormir sin duda el señorito.

—Así habrá sido; ¿qué tal día está?

—Muy hermoso, un día muy alegre de primavera... vea, vea el señorito.

Abierto el amplio balcón, inundaron raudales de sol la estancia. El viejo Eufasio que trataba a Federico con la paternal confianza a que le daba cierto derecho el haberle conocido desde niño, rezongó discretamente:

—No es sano que el señorito no se desayune ningún día por volverse a dormir enseguida que le llamo, otro día tendré que estarme aquí hasta que tome el chocolate.

Alargó al perezoso una bata, unas babuchas, luego sacó del cajón de la mesilla los utensilios de fumar, y todo lo puso al alcance de las manos del yacente.

—Eufasio, ¿está el asistente en casa?

—¡Cuánto hace ya que espera a que el señorito le llame!

—¿Sabes si hizo mi encargo?

—No se lo he preguntado, señorito, ni él me lo ha dicho; nunca le pregunto acerca de lo que el señorito le encomienda.

—Que venga a decírmelo enseguida, avísale que en el cuarto de baño le espero.

Envolvióse en su bata el joven, calzóse en chancletas las babuchas, y con un pitillo humeante entre los labios, pasó por un falso a la habitación contigua, que era la de baño.

Estaba bajo el ensordecedor chorro de la ducha cuando el asistente llamó a la puerta de la estancia.

—¿Da permiso, mi capitán? ¡Mi capitán!

No le oyó el capitán; salió de la ducha, y se zambulló en la marmórea pila de baño. El agua estaba a placer; el baño matutino alegró el espíritu del joven. Un rayo del sol primaveral entrando por un balcón se estrellaba contra el blanco estuque de una pared, que lo espejaba en miraje alegrador por toda la estancia, y el rayo de sol, rebotado caía sobre el agua de la pila con temblorosos rebrillos.

—¡Mi capitán!...

—Eh... ¿quién llama? ¿Eres tú, Pedro?... Entra.

—A la orden de V., mi capitán.—Saludó el asistente, cuadrado en medio de la habitación, puesta con rígido ademán la mano en la sien, y no bajándola hasta recibir orden de ello. El capitán solo asomaba la cabeza sobre el agua, chorreando agua por cada pelo.

—¡Hola, Pedro! Baja la mano, hombre. ¿Hicistes mi encargo? ¿Averiguaste algo? —Se quedó quieto en el agua por temor de chapotear, y no oír bien; estiró la cabeza para escuchar.

—Sí, mi capitán. Ayer desde la hora que usted me mandó vigilar, la señorita no salió de casa, no perdí de vista la puerta. Esta mañana a primera hora ya estaba yo de centinela en mi puesto: la señorita salió de casa, llevaba en la mano un libro negro y un rosario.

—No pierdas el tiempo, Pedro.

—Marché detrás de ella, entró en una iglesia...

—¿En qué iglesia?

—Eso yo no sé, mi capitán, soy forastero y...

—¡Animal! — Salió del agua un brazo chorreante, iracundo, crispado en el aire como el de un náufrago. — ¿Por qué no preguntaste el nombre de la iglesia?

—No se me ocurrió, mi capitán.

—Eres un zopenco. ¿Donde es esa iglesia?

—Enfrente de una plaza de mercado... una iglesia muy grande...

—Ya sé... es la más cercana a su casa. ¿Qué más?

—La señorita oyó Misa y volvió a casa.

Se sonrió la cara flotante del capitán con un gesto que sobre el agua era muy raro.

—Pedro.

—Mi capitán. — Volvió a cuadrarse el soldado, mano a la sién.

—Baja la mano. ¿Preguntaste de mi parte, como te mandé, al portero, si la señorita va a Misa todos los días a esa misma hora?

—Sí, mi capitán, va todos los días a Misa a esa hora.

El capitán dió unas recias zambullidas; era cierto que se iba alegrando más y más; ¡por fin... podría ver a Elvira... después de tantos días! Chapoteó el agua fuera de la pila; unas gotas, saltando a gran altura se irisaron fugazmente al sol, como gemas.

—Pedro.

—Mi capitán.

—Baja la mano. No me has dicho a qué hora va todos los días a Misa la señorita.

—A las seis, mi capitán.

Ahora fueron los dos brazos los que salieron rispidos del agua, arrancándola sendos velos, que al quebrarse en chorros figuraron un instantáneo arco iris.

—Pero eso es un disparate, Pedro; ¿cuándo duerme esa señorita? Pero ¿es que hay alguien en el mundo que se levante a las seis de la mañana? Eso es un disparate, Pedro.

—Lo será, mi capitán.

Ahora en la disyuntiva de si había el enamorado de verla había de ser a costa de un terrible madrugón, no fueron zambullidos plácidos, sino chapoteos trágicos.

—Pedro.

—Mi capitán.

—Baja la mano, imbécil; me duelen ya las narices de decirte que la bajas, o ¿esperas que yo te salude estando en el agua? Digo que si está cierto de que era esa la hora... las seis... lo que se dice las seis...

—Seguro, mi capitán.

—¡Parece mentira! Puedes retirarte.

—A la orden de usted, mi capitán.

El asistente se cuadró, saludó por centésima vez, giró sobre los talones medias vuelta, y salió.

El capitán saltó fuera del agua. Se vistió provisionalmente. Pasó al comedor.

La casita de soltero, alegremente amueblada, estaba por todas partes llena de sol. El optimismo del día primaveral se adentró en el ánimo del joven. «Mañana veré a Elvira»—se repetía insistentemente como un ritornelo de felicidad.

—¿El señorito va a comer aquí hoy, o fuera?

—Aquí, Eufrasio... Oye, Eufrasio, a ver si a ti te parece también un disparate lo que te voy a decir.

—El señorito dirá.

—Tenerme que levantar mañana a las seis... A las seis de la mañana... es decir, mucho antes de las seis de la mañana, si he de vestirme, desayunarme y llegar a tiempo.

—Asunto muy grave será el que a ello obligue el señorito.

Este se sentó a la mesa a comer. El viejo mayordomo que le asistía le notaba extraordinariamente contento: esto le alegraba al viejo Eufrasio:

—El señorito está comiendo muy bien, de seguro no será así fuera de casa, en esos restaurantes...—Se calló: temiendo haber sido indiscreto.

Pero el señorito estaba de muy buen temple.

—No me acuerdo de haber nunca comido con tanto gusto; tienes razón, Eufrasio... me van ya asqueando comidas fuera de casa, y amigos, y muchas cosas... ¿sabes, Eufrasio, que en el hogar deben encerrarse más felicidades de lo que se cree? Pero, oye, ¿no ha pasado tampoco esta mañana recado el general?

—No, señorito.

—Buen señor; es una bicoa ser ayudante de este amable general, que me deja en más libertad que de la que disfruta un pájaro.

—No hace nada de más el general.

—¿Verdad, Eufrasio?

—¡Podría portarse de otro modo con el señorito el general, que fue a su vez ayudante del señor!

No se borraba de la mente del capitán la idea del madrugón; esta idea le alegraba y le encoraginaba a la vez...

—Mañana he de levantarme a las cuatro y media. Eufrasio... corre de tu cuenta el despertarme; antes que llegar tarde a donde tengo que ir, quisiera yo que se hundiera el mundo.

—Por mí no se hundirá, señorito, yo le llamaré a esa hora en punto; pero... yo creo que sí se hundirá el mundo.

—¿Eh?

—Todavía no he visto yo que se levante el señorito mañana a las cuatro y media, por nada de este mundo...

—Pues por ella sí...

—¡Ah, vamos!... hay una ella de por medio...

—¡Pues sí no la hubiera!...

Después de una pausa de silencio, continuó:

—Esto lo debía saber ella... lo que me cuesta madrugar... ¡y mira, Eufrasio, que este es un madrugón atroz!...

*
**

—Yo soy en este particular contrario a la opinión de todo el mundo, y siento de plano este axioma: la mujer es la araña y el hom-

bre la mosca. Y la tela de esta araña está formada por tan compleja y riquísimamente surtida urdimbre de hilos, que todos los hombres, ingénuos o pícaros, experimentados o noveles, doctores o catecúmenos, han de ser moscas víctimas. Hay hilos, es decir cadenas, para todos los temperamentos: al hombre que no sujetan los hilos de un suspiro, encadenan los de una sonrisa; el que logra romper los de la coquetona se ve sujeto por los de las lágrimas. Contad las arenas del desierto: ese es el número de armas de que, para seducir, dispone la mujer. ¡Es mucho enemigo la mujer! Y tiene la suprema ironía de disfrazar el nombre de sus triunfos con nombres contrarios: ella es la conquistadora y se llama la conquistada. Yo os digo que no hay *Tenorios*, hay víctimas; el conquistador de mujeres es simplemente un conquistado. ¡Qué fatuidad: las moscas se creen arañas!... La mujer, siendo la lista, asume el papel de la ignorante; y se irroga los derechos de la parte débil, siendo así que es la más fuerte. ¡Oh, la falsía de la mujer! El más experto cae en la celada de su pregonada ingenuidad, y el más aguerrido es derrotado por su debilidad axiomática. ¡Ay del hombre que se encuentre en su camino a una mujer llorando! La mujer que sabe cómo y cuándo ha de llorar—y todas poseen este don, digo esta arma—es omnipotente. ¡Oh pazguatos hombres! Desde Adán víctimas de las Evas que nos la dan con... manzana, con melosidad de suspiros, con la terneza de

caras contritas, con la angustia de ojos suplicantes...

Así peroraba el coronel Aviral, el gran hablilla de mujeres, atusándose lentamente su magnífica barba de oro, señal de que hablaba cosas de alta trascendencia, *ex cathedra*.

En este momento Federico Arrúe, después de comer, llegaba a la peña del Club Militar.

El coronel se interrumpió al verle, miró significativamente a los contertulios, y, señalándoles disimuladamente al que venía, recalcó:

—Por ejemplo...

Sonrieron todos, comprendiendo.

—Amigo Arrúe—le abordó el coronel—¿en qué capítulo vamos de la erótica historia?

El húsar se encogió de hombros.

—Comprendido, querido capitán, el protagonista es siempre el menos enterado...

Intervino el mordaz capitán Rasilla:

—Me da la corazonada de una aventura poco airosa para el capitán Arrúe... Usted no es mi Federico, me lo ha cambiado esa monjita de la Caridad, que taconeá recio, esa nena que, a la edad en que otras no pasan de ser todavía tobilleras irresponsables e inocuas, es ya toda una mujer larga, pero que... un rato larga...

El capitán Arrúe no le escuchó más; quiso desatenderse de aquellas palabras que a él le parecían una verdadera blasfemia, para no caer en la quijotesca tentación de descubrir su flaco saliendo a la defensa de la «dama ultrajada».

Fue a sentarse algo aparte de la peña, junto a un ventanal por el que entraba a raudales la alegría de la tarde de primavera. Una muchedumbre de transeuntes llenaba la calle con su bullicio y animación. Los balcones de las casas fronterizas de par en par abiertos dejaban ver habitaciones inundadas de sol; y en las fachadas reverberantes de claridad ponían la nota de su belleza en tal o cual mirador mujeres vestidas de gayos colores. Y arriba, el cristal azul añil de los cielos combaba su mirífica bóveda sobre la serenidad de la tarde.

Con su taza de café ante sí, fumaba voluptuosamente su habano el capitán, inatento a la conversación de los amigos, mirando sin verle en detalles el gentío transeunte, atento solo a su pensamiento puesto en la pálida Elvira.

—Mañana..., mañana por fin la veo—estas palabras se las repetía como una munífica promesa de felicidad próxima—mañana, mañana mismo, a las seis...

Se imaginaba el enamorado que sería en la, nueva para él, placidez de la mañana, con sol recién salido en los cielos, con amigable quietud provinciana en las calles de la corte... Elvira saldría de su casa..., de pronto le vería..., se admiraría ella de verle esperándola... ¿Qué haría él entonces? ¿Sería conveniente que la sonriera? ¿O tal vez sería más conveniente que la saludara de lejos con su grave y elegante saludo militar... y nada más, en aras de la discreción? ¡Qué perplejidad! Luego Elvira echaríase a

andar hacia la iglesia, ¿la seguiría él de lejos?, ¿de cerca? Y al entrar en la iglesia, ¿se insinuaría galantemente ofreciéndola el agua bendita? ¿O era esto una cosa muy cursi? ¡Rediez! Es más difícil de lo que parece hacer el oso a una mujer, sin resultar demasiado oso... Pero ¿qué tonterías estaba iraguando? Esto no se piensa, se improvisa, y si salía alguna impertinencia, alguna torpeza, esto mismo sería un indicio elocuente de enamoramiento y le gustaría a ella...

¡Qué pensativo está el amigo Arrúe!—El teniente La Hilera le cortó el curso de los pensamientos.

¡La rabia que le dió a Federico!

El guapito doncel, el rubio tenientillo *Querubín* recalcó:

—No, Arrúe; no hay derecho a ponerme mala cara, «cada palo, aguante su vela». Este invierno me hacían todos insoportable la vida con mi humillante y cómico incidente de la bailarina rusa..., ahora—justamente es primavera—le toca a usted aguantar mecha.

Con una sonrisa escéptica, acompañada de un gesto de frialdad, cortó Federico los velos de la guasa.

El teniente *Querubín*, algo desarmado, sentía escapársele en aquella ocasión la víctima del desquite. ¡Oh, qué risa aquella..., tenía duras conchas este Federico Arrúe! *Querubín* se la había jurado a él y a todos: ¡El primero que se caiga con una historieta de amor, va a tener lata para un rato largo!

—Pues me alegro, amigo Arrúe, verle así

de sonriente, dominando la situación en frío, a ver si deja usted feo al gran cronista de sucesos eróticos, al coronel Aviral, que ha vaticinado.

—¿Qué?

—Casi nada..., que hará usted el colibrí con esa enlutada, «ángel del dolor».

—¿Qué es eso de «hacer el colibrí»?

—Ya lo sabrá usted, ya...

Llegó esta vez al vivo la punzada.

—Pues el gran conocedor de estas cosas, el profeta Aviral, está despistado en esta ocasión y confunde los términos: hay amor de amor, y este amor mío no es de aventura ni de crónica de *foyer*... Podré yo recibir calabazas como todo hijo de vecino, pero «el ángel del dolor» no es la Yasnine Yanwskha, ni mi amor es de sabrosa comidilla, ni de bailarinas rusas...

El retuque fué soberbio; la réplica urenie. El rubio *Querubín* zozobró. Pero salió en su auxilio inopinadamente el temible Rascilla, que estaba cerca escuchando:

—Ah, vamos...!, entendido; Arrúe..., su amor de usted es otra cosa..., es amor de cirio y monaguillo, matrimonial, con sacro refrendo de vicaría; amor de azahares y velito blanco... ¡Eh, señores..., un notición..., si el «ángel del dolor no le calabacea, Arrúe se casa..., y si no se casa, es que le calabacea...!

Era para turbar a quien no tuviera el temple de Federico. El coronel Aviral, atusándose la barba, sonreía con expresión enigmática. Luego pensó: estos pingüinos se

adelantan, van a espantarme la caza con cuchufletas intempestivas, es pronto aún para la befa. A él no le convenía que siguiera la conversación por aquel derrotero, estaba intrigado con aquel amor de Federico por la misteriosa enlutada y quería presenciar el libre desarrollo de aquel suceso; había que dejar a sus anchas, en toda libertad de movimientos, a la mosca acabada de entrar en la telaraña... Desvió hábilmente la conversación, y con un esfuerzo de su ingenio se captó la atención general, que quedó pendiente de sus amenas lucubraciones.

Aprovechando la oportunidad de una retirada honrosa, Federico dejó la reunión.

Vagó a la ventura por las calles soleadas llenas de paseantes. Se encontró muy a gusto solo, fuera del casino. Le comenzaban a asquear sus amigos, su club, todas las costumbres vanas de su vida. ¿Qué secreto cambio de aficiones, de inclinaciones, iba operando en él su enamoramiento? Ahora buscaba frecuentemente la soledad, que antes le era tan aborrecible; ahora sentía cómo los propios pensamientos pueden constituir bastante y agradabilísima compañía. Hasta comprendía Federico que tal vez encerrasen verdad y sentido estas palabras de que tantas veces se riera. «La regeneración de un hombre por el amor». Echaba de ver cómo su vida, de soltero rico, había estado hasta entonces vacía de objeto, muy sosa; y ahora encontraba la causa del hondo aburrimiento que le aplanó algunos días, abu-

rrimento tan negro, tan feroz, que se le hacía indiferente vivir o morir.

¡El amor! Tantos años de calaveradas, tantos tristemente inútiles años de vida, no le habían enseñado ni pizca de la noción del amor, del verdadero amor. Una cosa es el amor y otra el libertinaje, la crápula..., ¡oh, ascol! Todos los corridos del Club Militar, que alardeaban de conocer a la mujer, de haber amado mucho, el mismo Aviral, que ponía cátedra de psicólogo femenino, ¿qué sabían todos ellos lo que era el amor?; ¿qué entendían ellos por amor?; ¿qué sabían de la mujer..., de la mujer no bailarina, no aventurera, no publicana...? He aquí él, Federico Arrúe, con sus treinta años trotados y galopados, y traídos por camerinos, y arrastrados por prostíbulos más o menos disfrazados por la elegancia, y asendereados tras las huellas de mujeres...—¿de mujeres?, esas no eran *mujeres*—y zurcidos y desengañados; él, Federico Arrúe, con famoso historial de conquistador de mujeres, no era ante el verdadero amor más que un niño cometiendo inexperiencias, dejándose arrebatar ciegamente por tontas alegrías, gobernado por fútiles sentimentalismos. ¡Oh, el amor! Se habla mucho del amor, sin saber lo que se dice...

Sin darse cuenta, sus plés le habían llevado frente a la casa de Elvira, en instintiva querencia de la costumbre hacia la que constituía toda su atracción.

¡Cuánto había paseado ya aquella calle en los días que llevaba sin ver a Elvira!

¡Qué conocida le era, losa por losa, la acera aquella, testigo de sus cuitas, de sus anhelos...!

Alzó los ojos a los balcones de Elvira, y... ¡oh sorpresa!... estaban todos de par en par abiertos, ofreciendo ese aspecto de desolación y abandono de los cuartos desalquilados; unos papeles atados a los hierros de cada balaustrada indicaban que el cuarto estaba libre de arrendamiento. ¿Qué significaba esto?

Llamó Federico en la portería de la casa. El conserje, al verle, se apresuró a comunicarle:

—La señorita Elvira se ha mudado de casa, aquella misma mañana, de repente; como el cuarto era amueblado fue muy breve la despedida y marcha de la casa. Dió la llave, pagó, y cosa hecha. Prevlando el interés del señor, había preguntado él a las criadas, pero ésta no le enteraron de las señas de la nueva casa a que iban; obedecían al parecer a una consigna de reserva y misterio.

El capitán, ante aquel terrible suceso de haber perdido, y esta vez quizá definitivamente la pista de la amada que parecía huirle, se quedó pálido de consternación.

III

La mirada de Elvira caía con tristeza sobre los muebles de su nuevo cuarto alqui-

lado. Eran muebles renovados, recién barnizados para uso de la nueva arrendataria; muebles ajenos, fríos artefactos de alquiler, que rechazaban la mirada con hostilidad; muebles desnudos de ese ambiente de intimidad que parece envolver a los muebles propios, muebles sin historia familiar, sin ese pasado de convivencia que les hace entrar como copartícipes y mudos testigos de horas alegres o tristes en la vida de su dueño; muebles no ungidos de recuerdos, no consagrados por ese poder de evocación que hace mirarles como cosas íntimas, casi animadas, casi vivientes, a quien embellecen nostálgicas añoranzas de sucesos del hogar, ternísimas memorias de la niñez, melancólicos recuerdos de los antecesores, los queridos y venerables muertos que los usaron, y por tal o cual mostraron preferencias.

Estos fríos muebles extraños, que habían servido a muchos alquiladores, prestaban un aspecto de hosquedad, al cuarto, entre hotel y casa... allí no había hogar, no; no era un tibio rincón halladero, grato cobijamiento en el mundo enemigo.

Desde aquel su nuevo cuarto, alto piso de una casa en sitio solitario y algo excusado, veía Elvira la calle muy desde altura, y allá abajo la escasa gente transeuntes, muy empequeñecida en la profundidad.

Por eso gustaba más mirar a lo alto y de frente. Se tendía ante sus ojos el extraño panorama de tejados, que cada día reflejaban la gloria del sol con variedad de reful-

gencias: pizarras, y tubos y planchas de cinc devolvían la luz solar en una esfuminación luminosa empalidecida; claraboyas cristalinas la reverberaban escintilando cegadoras; la descomponían en viva policromía tejas encarnadas y pintados azulejos espejeantes. Y más allá, sobre la irregular planicie de tejados, se explayaban latitudes de casas en caprichosos agregamientos de edificios, cuyas cristalerías mentían a ciertas horas un incendio de blancas llamas al reflejo del sol. Más lejos los edificios se iban aclarando, conforme se alejaban del centro, obstinándose aún a larga distancia en oscuras moles de fábricas cuyas chimeneas enhiestas enviaban al puro azul del cielo la lenta exhalación de su columna de humo que, al ascender, iba degradándose en la escala de los negros desde el profundo negro de pez hasta el tono claro parduzco de la sepia. Y más lejos de todo esto, cerrando el fondo del paisaje, una banda de campiña ténuamente verde bajo la azulidad del cielo, hacía que la mirada, desde lo más remoto, retornase cielo arriba, por la amplitud de la bóveda opalina, que iba ensanchándose, enaltecándose hasta el cenit, exornándose acá y allá de nubecillas sueltas, inmóviles, blancas durante el día, e inflamadas a la hora del crepúsculo con vivos tonos de escarlata.

En la encerrona de varios días que Elvira se había impuesto en la nueva casa pesaron con sombría tristeza sobre su alma los largos días de primavera, de la primavera que

fuera de aquel odioso cuarto amueblado desarrollaba en las calles, en los cielos, en toda la naturaleza su poema de alegría. Y Elvira se obstina en encerrarse acobardada, como una infame que se esconde, como una criminal que huye de la gentes, como una apestada que se aísla en ignominioso lazareto, como una reclusa a quien la están vedadas las bellezas y alegrías del aire libre, los azules del cielos primaveral. En vano para ella el sol anegaba de esplendores los cielos e inundaba de flores nuevas la campiña.

Bien cumplía la recoleta casita de la extrarradía calle su misión de aislamiento. Así lo consideró Elvira con satisfacción.

¿Con satisfacción? Hay a veces en la vida empresas impuestas por el deber, exigidas por la virtud, empresas costosas cuyo éxito, cuanto más satisfactorio, más doloroso es. Consumada estaba su hazaña; ya bien escondida estaba Elvira: no más ya el gallardo capitán de húsares rondaría ante su balcón. Esto se propuso ella al cambiar rápidamente de domicilio... y bien logrado estaba... ¡ay!... demasiado bien...

No más sentiría ella en pos de sí los tan conocidos pasos complicados del argentino tintineo de espuelas. No más se sentiría perseguida en dulce persecución. El portero de la casa, requiriendo ladino propinas de doble procedencia, no más la vendría al oído con secretas confidencias. No más ya la aprenderían las salidas de casa y la iglesia de sus devociones. En el inmenso Ma-

drid, ¿quién encuentra a la persona que quiere esconderse? Bien escondida estaba... ¡ay!... bien logrado su propósito. ¡Pero si esto mismo era lo que tan densamente la entenebrecía de pena, que ni aún podía alegrarla toda la luz de aquella primavera!

Ahora, en los poéticos atardeceres, cuando los cielos se empurpuran de celajes, cuando el rumor de la urbe llena el ámbito de la atmósfera con el gigante rumor de su más intensa hora de vida, cuando el lucero vespertino parece dar la señal para que entre las primeras sombras se constele de miríadas de luces la ciudad, terrestre cielo, en esa poética hora no más vería ya la joven al capitán paseando la acera fronteriza, mirándola los balcones, con amoroso anhelo en la mirada. ¡Oh, en aquellas tardes con qué pena Elvira había suspirado de amor imposible, acechando a través de los escondedores visillos a su rondador! ¡Cuán feliz hubiera sido dándose a ver de él, saciando aquella mirada de anheloso enamoramiento, alegrando aquel bello rostro del galán entristecido porque no logra ver a la que ronda!

Huyó, sí, Elvira de Federico; ¡huyó de aquel que era toda su ilusión, su primero, único ensueño de amor!, ¡huyó de aquel que la perseguía amante, la perseguía, y ella a cambio de una sola mirada de amor de él cedería un mundo!...

Fué su huida una victoria heroica; pero, ¡ay!, su alma triunfante cayó exánime y desgarrada de heridas. ¡Triunfo bien amargo fué el suyo! Con sus propias manos desmo-

ronó sus ilusiones; hizo trizas sus únicos bellos pensamientos; y cogiéndose el amante corazón lo estrelló en las piedras, rompiéndole en mil cachos.

La primera tarde que le vió, creyó ser ludibrio de una alucinación: estaba Federico allí, ante ella, mirándola, sonriéndola, lo mismo que cuando se la aparecía en sueños, en aquellos días que precedieron a la muerte del llorado tío. Y ahora que tenía la huérfana el alma todavía aplanada por la desoladora visión del tío muerto, en esa acobardadora cercioración de verse sola en el mundo, ahora que, siguiendo el repetido consejo del difunto tutor, había huido del bochorno con que acibaró su orfandad el estúpido pueblo de Villasandía, y se encontraba más sola, más sin protección, perdida en la inmensa urbe, he aquí, que de nuevo, se diría que milagrosamente, se creería que por coincidencia providencial, se la aparecía el gallardo joven, como una posibilidad de esperanza, como un vago presentimiento de futura dicha, como una celestial promesa de protección, que la reconciliaba con la vida, con la vida que, apenas comenzada a vivir, la era ya abrumadora.

¡Oh, el amado Federico, de su primer sueño de amor la rondaba enamorado! ¿No era esto sobrenatural, no era extraño este suceso: que aquél a quien ella amaba con todo su virgen corazón, se hubiera de ella enamorado, sin conocerla, sin saberse tan amado? El amor de Federico sería puro como era el de ella, y como el de ella sería no-

ble, profundo, ese amor que bendice el Cielo, y atrae benévolas sonrisas de Dios Padre, a quien tanto complacen las felicidades de sus criaturas. Así sería el amor del capitán; se lo conocía ella en el suplicante anhelo que expresaban los ojos del paciente rondador mirando a los balcones siempre cerrados. Ya no estaría sola en el mundo la huérfana Elvira; ya no se sentiría débil, ni despreciada; cogida del brazo del gallardo mozo, ¡con qué valiente confianza marcharía por el mundo!, qué protegida estaría bajo la noble mirada del bravo capitán de húsares.

Pero ¡ay!, en estos mismos momentos de falaz ilusión, sonaban en los oídos de Elvira las terribles palabras que una noche oyó a la madre de Federico; aquellas palabras que eran una sentencia anatematizante, la cláusula de maldición, que la proscribía de las alegrías del mundo, el veto inflexible que el siglo la ponía ante el paso, el estigma de infamia con que el hierro de la calumnia marcaba para siempre su frente, y la denunciaba a los hombres como «bribona»...

La jovencilla Elvira tuvo la serenidad de pensar fríamente, de prever el futuro: ella estaba proscrita de todo amor; todo hombre honrado que supiera en la fama que se la tenía huiría de ella; a no ser con la vil estratagema de mentiras que velasen su origen infamado, a no ser mediando engaños y ocultaciones y silencios por parte de ella, ¿qué hombre de honor había de amarla?, y si alguien, no sabiendo que era reputada

por «bribona», la requiriera de lícitos amores, y ella los correspondiera, ¿no había forzosamente de sobrevenir algún día, consumado el matrimonio, un cataclismo familiar de lágrimas y divorcio? ¿No se consideraría todo hombre de dignidad en ella ultrajado, y engañado en su buena fe? ¿Y qué hombre digno habría, que a sabiendas de la fama, justa o no, de Elvira, tendría la alta virtud, el altruismo insólito de creerla a ella sola, cuando todos los que la conocían eran a afirmar lo contrario? ¿No habría siempre una torva sospecha irguiendo su inminente mole y proyectando sombra de recelos, de desgracia?

¡Oh! ¡El día que Federico se enterara de que por equivocación, por ignorancia, había puesto su amor en aquella por cuya causa tan patéticamente se indignaba su madre, nombrándola estremeciéndose de ira:

—¡La barragana de un viejo!

La fama de una mujer vale tanto, por desgracia, como su propia conducta. ¡Ah, maldita calumnia, infernal calumnia, que manchas irremediablemente lo más blanco! ¡Oh! ¡Cómo el que calumnia a una mujer merece ser devorado vivo por las fieras del desierto!

IV

Era una mañana luminosa de junio.
Bajo la sombra de los árboles que prote-

gían del sol la enarenada plazoleta, los niños del barrio se entregaban a sus juegos con libertad, en aquel islote de quietud de la gran urbe, en aquel rincón apacible que tenía aspecto de plaza provinciana. Los niños, con el gozo de la gran festividad del día Corpus Christi, jugaban ardorosamente.

Elvira, que volvía de misa, se paró a contemplar el espectáculo consolador de la alegría infantil, tan completa, tan bulliciosa, tan inconsciente, tan envidiable.

Así, así fué también su alegría en el colegio del convento. Allá, entre las Ursulinas, en la materna casa, hogar de su huérfana niñez, allá tuvo ella esta misma alegría de estos niños, alegría omnimoda, pletórica, imposible en el mundo para otros que no sean niños, pero posible, natural para todos cuantos refugia un convento.

¡El convento! ¿Por qué Elvira ahora se acordaba tanto de aquel convento de las Ursulinas? ¿Por qué tantas veces, con una frecuencia, se diría que providencial, en las tristes noches de soledad en su cuarto amueblado, durmiendo en aquella cama ajena, había soñado con su vida de colegiala, con sus juegos infantiles tan dichosos? En los sueños toman quimérica realización los deseos más recónditos inadvertidos. ¿Por qué en los suyos se figuraba siempre Elvira que vivía aún en el colegio, y que duras manos la arrancaban de allí, a la fuerza, de aquel cobijador rinconcito de paz y dulzura, para lanzarla al siglo, a tormentas procelosas de penas, a desolados yermos de tristeza

y de vergüenza por ajenos pecados? Y con obstinación, sin duda providencialmente encaminada a un fin, se la aparecía siempre en sus sueños aquella que fué íntima amiga y condiscípula, y que hoy era sor Ascensión, la cual, abriendo los brazos como en un ademán de llamamiento, y tendiendo a ella las manos cual si la mostrasen la ruta de su vida, exclamaba con su voz arrobada:

—Aquí, aquí está la felicidad.

El pelotón de uno de los niños vino rodando hasta los pies de Elvira. Acudió presuroso a recogerlo el niño, sonrosado como un ángel, todo vestido de blanco, de dorado pelo rizado. Elvira le ayudó a recoger su juguete; esto le granjeó la simpatía del angelito, que la premió con una sonrisa.

—¡Qué guapo eres, niñín! ¿Quieres darme un beso?

¡Oh! Un atroz pensamiento vino entonces a ensombrececer la mente de Elvira: si la madre del niño la viera besarle y supiera que era un beso de aquella a quien cuantos la conocían llamaban «la bribona».

Se desprendió con viveza de la angelical criatura, y miró recelosa a todas partes, cual si temiera ser sorprendida en una mala acción.

¡Qué amargas lágrimas rasaron sus ojos! Ella para el mundo era la impura, inmerecedora de besos de niño.

Esto era lo irremediable, lo fatal. La calumnia es un monstruo que se ensaña contra la mujer, ser débil; la calumnia es infernalmente desastrosa cuando cae sobre la mujer.

El honor de una mujer puesto en entredicho no es nunca rehabilitable para el concepto de las gentes. ¡Oh asquerosidad y desconuelo de esta verdad! La angelical Elvira, la impoluta jovencilla de virtud altísima y heroica, nunca sería ya más que «la bribona», la de quien toda persona de honor huiría como de una apestada, la hedionda, la puerca barragana de un viejo, la que vilmente cotizó su honra por el precio de una herencia de solterón. Sus ojos nunca encontrarían miradas amables; a su paso se haría el vacío más afrentoso que el que en torno de una leprosa se forma. La canalla prostituta la afrentaría con familiar tuteo, de igual a compañera. Y, lo que era terriblemente peor, las personas de virtud, lamentablemente engañadas por la voz general, se apartarían de su lado, con ese asco majestuoso, con ese justiciero desprecio con que la virtud frunce el ceño a la vista del pecado obstinado, calculado, convertido en modo de vivir, en profesión lucrativa. El mundo acosaba a la jovencilla con tristezas, la abrasaba con bochornos, la repelía con ascos por todas partes. ¡Oh calumnia satánica!

En vano para Elvira el mediodía de junio vertía sobre la encalmada plazoleta llena de niños los luminosos raudales de su alegría, que no la alegraban. Ahora, cual en otro tiempo, no hacía brotar en el pecho de la joven el sol matutino las alegrías como primaverales floración; ahora en su corazón no se reflejaba el rayo de sol, avalorándose como en un prisma de brillante rosa.

Echó a andar hacia casa, hacia el inhóspito cuarto de alquiler, donde no se hallaba en dulce refugio de hogar consolador; y al levantar la vista ante sí... le vió... vió a Federico, que venía hacia ella. Se quedó clavada en el suelo, estupefacta. El húsar, en uniforme de gran gala por la festividad del día, se acercaba, mirándola con ansiedad, pálido de emoción... de amor por ella...

El capitán se paró respetuosamente a corta distancia, y con voz velada y muy temblorosa le habló así:

—Señorita Elvira, ¿me da usted permiso para hablarla? ¿No la ofendo con hablarla? No conozco quien me presente a usted... llevo muchos días buscándola... muchas tardes he ido al Retiro, adonde me habían informado que solía usted acudir a pasear... no he tenido la dicha de encontrarla... hoy, de pronto, inesperadamente la veo... de tanto como lo deseaba no daba crédito a mis ojos... me parecía un sueño... un sueño de felicidad... ¿De veras no la molesta que yo la hable?... Me habrá usted visto rondar su calle muchas veces... luego usted se mudó repentinamente de domicilio... como si me huyera... he pensado mucho en esto, y en la actitud de usted el día que me vió, junto a una librería... he pensado mucho en usted, he sufrido también mucho con no verla, con no saber cómo había de buscarla... ¿me consiente usted permanecer a su lado, hablarla?... Perdóneme si digo o cometo alguna inconveniencia...

Elvira se sentía ahogar de emoción; ha-

bía en su corazón un acumulamiento proceloso de sentimientos encontrados; alegría inmensa, pena amarguísima, sobresalto indecible del corazón al escuchar las primeras palabras de amor que sonaban en su oído... palabras ¡ay! de un amor imposible. La serenidad del radiante mediodía era una oleada de optimismo que parecía querer anegar a todos los seres en el gozo de vivir.

El ambiente luminoso prestaba a las dulces palabras del enamorado sonoridades de divino acento. ¡Federico, la ilusión única de su vida, el más bello pensamiento, el único ensueño dulce de su existencia, estaba junto a ella, rendido de amor, suplicándola!...

—Señorita Elvira... ¡cuánto he pensado en usted! ¡Que bellas esperanzas de felicidad he concebido a propósito de usted! El corazón fragua ilusiones, conforme a sus deseos... yo he tenido ilusiones de que usted me llegaría a amar... pero ¡cómo! ¿está usted llorando?... ¿llora usted?... ¿la he ofendido sin darme cuenta, sin quererlo?... ¿la molesto?... dígame, Elvira... por nada del mundo quisiera molestarla, mi mayor pesar sería ser causante de esas lágrimas... dígame sólo una palabra para que me retire... y lo haré... respetando esas lágrimas que me causan mucha tristeza... otro día acaso me dará permiso para hablarla... dígame, Elvira...

Entonces la joven levantó hacia él el rostro bañado en lágrimas, y profirió con un desgarrador tono de súplica:

—Yo se lo suplico... déjeme... se lo pido por amor de Dios...

El capitán, conmovido de la angustia de aquellos ojos llenos de lágrimas, se quedó perplejo. Ella insistió con creciente angustia.

—Yo se lo suplico... déjeme, olvídeme... yo se lo suplico por amor de Dios.

Anonadado, sin hablar más, sin pedir explicaciones, el capitán se apartó de su lado, se alejó. Marchaba lentamente, caída la cabeza sobre el pecho.

Y Elvira, roto de pena el corazón, le vio alejarse, despedido, humillado, triste a aquel que era su único amor, su ilusión querida, su única esperanza de felicidad.

Le vio alejarse, sin volver la cabeza, sin tornarse a mirarla por última vez...

TERCERA PARTE

I



A sandia villa de Villсандia se había levantado en pompa de murmuración: «la bribona» había vuelto al pueblo. ¡La sinvergonzona! Apenas muerto el viejo don Juan Francisco ella se marchó a Madrid, con prisa de regodearse en la capital con la cuantiosa herencia adquirida infamemente, a Madrid, donde ¡cualquiera sabía la vida que habría llevado la muy desenvuelta moza!; porque en Madrid nada trasciende, nada se sabe de las vidas individuales, y no adquieren resonancia las bribonadas, ensordecidas en el estrépito de la gran urbe.

Los lejanos parientes del difunto don Juan Francisco tocaban el cielo con las manos, y hacían resonar los aires con sus plañidos...

¡Oh! no es que llorasen la hacienda perdida; no era movida por vil interés su cantilena... ya lo de menos era el dinero... lo que no podían tolerar era la forma cínica del despojo, la jugada que les había entrampado «la bribona», la extraña. (Ellos bien sabían que Elvira, hija de la única hermana de don Juan, era la heredera más directa; pero había que dar visos honorables a su despecho, y plausibles motivos a su odio y atroz venganza.)

¡Ah, «la bribona»! ¡Qué ricamente había-se apañado un capital! ¡Qué cómodamente había encontrado reunidos, dineros amontonados lentamente, generación tras generación, dineros de gente honrada, trabajadora, y que sufrió privaciones para aumentar el capital... el malhadado capital que fué a dar tales manos! ¡Para esto trabajó y economizó una serie remota de honorables familias! ¡Oh! no es que llorasen la hacienda usurpada... lo de menos era ya el dinero... lo lamentable era la profanación sacrílega de los bienes familiares, de las viejas onzas de los mayores... ¡Ah, «la bribona»!

Y venía de correrla en Madrid a sus anchas; poco la dolería el dinero, ganado tan aína; y se presentaba con su cara hipócrita taimada, mintiendo inocencia, enmascarada con aspecto de timidez y de inocencia... ella... ¡ah, lagarta!... y tan mansita, y tan bajitos los ojos, y tan enlutada y entristecida y envelada... velos y más velos hacíanla falta para tapar de la mirada de las gentes su rostro de infame; bajos y bien bajos los ojos que manchaban lo que miraban.

Sí, manchaba la tunanta el pueblo, el pacato pueblo de Villasandía, de historia inmaculada en todos los tiempos que los más viejos recordaban. Los parientes desheredados, llevados de «cristiano» celo, se encargaron de que Villasandía no tolerase el ultraje de que toda una «bribona» pudiese vivir allí tranquilamente, impunemente, regodeándose con una herencia ajena, comprada a pago de barraganismo.

¡Escándalo del pueblo! ¿Qué necesidad había de que las hijas de familia, las jovenzillas castas e inocentes, se enterasen de que tal monstruosidad podía existir en el mundo? En el pueblo había niños y mozalbetes... y hasta, ¡oh, escándalo!, los hombres, tendrían siempre ante los ojos la tentación... ¿Por qué se había de aguantar pasivamente que aquel viviente mal ejemplo conviviera con las honorables gentes de Villasandía? Consideraba Villasandía como un acto de virtud hacer insoportable a «la bribona» la permanencia en la villa. La intolerancia justiciera, inflexible, es hija directa del celo «del Señor». ¿Cómo se entendía? ¿Iban a vivir las infames como si tal cosa? ¿No iban a recibir su merecido en desprecios, en abroncamientos, en bochornos, en públicas demostraciones de desagrado? La vindicta pública es sagrada, y ejercitándola, se consideraban los villasandinos buenos, virtuosos, rectos, justos: un dechado de virtudes.

Pues ¡a buena parte había venido a dar «la bribona»: a Villasandía! Como Villasan-

día, no había bajo el cielo divino un pueblo en que resplandeciera más puro el espíritu de justicia, ni más hondas raíces hubiera echado la virtud, ni más pureza de costumbres impregnara el ambiente. Al cabo... ¡Villasandía...!

Ya la enseñarían a la tal, ya, cómo es incompatible la convivencia del malvado con santos, y cómo en este mismo mundo se recibe el pago de la mala conducta. Pues ¿en qué se iba a diferenciar entonces en vida de sociedad la gente honrada de la gentuza? Sitios habría... en las ciudades... en el extranjero... donde esta promiscuidad podría, por inevitable, tolerarse... ¡Pero... en Villasandía...!

Se encargaban los parientes desheredados, de mantener vivo el fuego de la general indignación. Todos en la familia, chicos y grandes, ellos y ellas, cada cual en su esfera, cumplían su justiciera misión. Las señoras, en cuanto se reunían a otras, se llevaban las manos a la cabeza en ademán de desolación y levantaban los ojos al cielo como preguntando con recriminación a Dios: ¿para cuándo guardas tus rayos de venganza? Los varones, en el casino, en las tertulias de rebotica, en la solana de los porches, ahuecaban la voz, trémula de indignación y preguntaban a los demás sesudos de Villasandía: Pero ¿es que esto lo debemos tolerar..., que pisen los pies de esa prójima las piedras de Villasandía? ¡Qué tiempos son estos de corrupción y de escándalo, qué tiempos alcanzamos a ver en

que el libertinaje, la impudicia, se pasean descaradamente por la plaza pública! Y los jóvenes invitaban a los amigos y a los mozos brutos del pueblo para que se insolentaran con la *individua*. ¡Oh..., a una perdida se la podían decir impunemente todas las desvergüenzas..., no se avergonzaría ella, no...! Había en las bárbaras rondas, de noche, coplas terriblemente obscenas y descaradamente alusivas, en que se profanaba la memoria del difunto y se ofendía a la sobrina.

El alcalde del pueblo no quería ir contra la corriente del vecindario en masa y coartar el general obrar y sentir; no era prudente comprometer el partido político poniéndose enfrente de aquella familia desheredada, que disponía de muchos votos electorales, y que además... ¡qué rediez...!, tenía razón de sobra. A ver qué haría cualquiera en su lugar...; hay que considerar despacio lo que es perder una herencia respetable que se tenía ya segura y perderla a causa de una «bribona»...

Y una «bribona» a quien parecía importarle un bledo el desprecio del pueblo.

¡Vaya si tenía la carita dura la nena! Otra en su lugar, ¡a cualquiera hora iba a haber vuelto a pisar el pueblo...! Pues ella sí, ¡caramba si tenía redaños!, con su aspecto de musguita, de santificada que no se mete con nadie, se las tiraba de cheche. ¡Bien sabía dar en cara con la hacienda..., y sobre todo, a la familia desheredada... Pues ¿no había anunciado en venta, en subasta notarial,

con *todas* las de la ley, la herencia de bienes inmuebles y raíces? Como era pingüe hacienda, habían acudido a porfía compradores; ya las saneadas fincas de la familia estaban extrañadas, desperdigadas: la una de Pedro, la otra de Juan, malvendidas con las prisas, destrozado el patrimonio todo..., los parientes del difunto don Juan Francisco, rechinaban de dientes y se pisoteaban la propia sombra... ¡Ah, bribonaza..., ladronaza...!

¡Vaya si les había sabido dar en cara con su herencia la mosquita helada, la sansanita hipócrita, que hacía creer, a quien no la conociera, que en su vida había roto un plato!

Buen pelo, bueno, iba ya mostrando; porque ahora que el viejo no la ataba corto, salía de casa todos los días, todos... a Misa.

La sandía villa de Villasandía en pleno, juzgaba que las puertas de la iglesia no habían de estar siempre tan de par en par abiertas para buenos y malos... Opinaban los villasandios, que el viejo señor cura no obraba bien dando de comulgar diariamente a aquélla... Parecía mentira que un señor cura tan viejo, tan experimentado, de tan probado criterio, sufriese tan lamentable ofuscación, cuando todos veían tan claro, y se dejase engañar por aquella hipocritona, y no la negase — como era debido — la entrada en la iglesia. Pero qué..., lejos de esto..., ¡horror de horrores...!, el anciano sacerdote la atendía benévolamente; no parecía hacer caso a la general voz que la llamaba «bribona», tal vez la creía una santita...

¡Oh engañadora! ¡Mira que comulgar diariamente!.. ¡Pero, cuándo es cuando los perros devoran a las sacrílegas impuras!...

Creyeron los villasandios que *su* iglesia había sido ignominiosamente profanada por los piés de la inmunda; que *sus* misas se habían contaminado; su devoción disipado, *su* culto oscurecido, escarnecido *sus* santos, y, finalmente, todo lo más sagrado *suyo* vilipendiado. ¡Ah, la «bribona!»

Y las señoras villasandias imitaban ya a las venerables pobres damas de la familia desheredada, y al ver pasar a la «pécora» junto a ellas se apartaban en desbandada, se llevaban ambas manos a la cabeza y levantaban al cielo sus ojos, como exigiendo cuentas al Dios de las Justicias...

—Pero, ¿para cuándo son tus rayos de venganza?...

II

Bajo los cielos sin una nube, opalescentes de tan lumínicos, recitaba la fuente del jardín su dormilona monorritmia, que da salmodia de paz al sol de la tarde. Las arboledas, sin rumoroso zarandeo de brisas, embebían en la hora calmosa el rayo oblicuo del sol declinante, nimbando sus copas en una sutil luminosidad áurea, inmóviles como doradas frondosidades legendarias de un jardín encantado.

Una profunda paz pesaba sobre todas las cosas, en la quietud sedante de la tarde augusta, propicia para las solemnes calmas de los espíritus; tarde aquiescente en que la naturaleza irradiaba efluvios de paz y parecía ahogar en su silente seno todo perturbador ruido de las cosas, todo desasosiego de las almas.

En el corazón de Elvira convergían estas raudalosas corrientes de paz de la encalmada tarde. Paseando la joven por su jardín la aromaban los rosales con sedantes incensadas; cobijábanla en su amigable umbrosidad las arboledas; amortiguaba el eco de sus pisadas la blanda arena, ofrecida a sus piés cual mullida alfombra; los hondos senderos la enviaban del fondo de sus setos la ofrenda de sus aromas sutiles y humildes. Recibían su mirada, compensándola con alegre visión, las flores, que al rayo del sol vespéral apiñaban sus pétalos. Los entornados botones parecían dormitar al bendito sol de la tarde, en la calma de aquella hora. Las manos de Elvira sobre aquellas flores parecían otras flores raras, de albuja nivea.

Pensó Elvira que su tío en espíritu la acompañaba aquella tarde, paseando con ella por el jardín, como tantas veces en vida, y la evocación del tío, muerto tan cristianamente, traía a su alma algo de la paz inmensa, de la paz que no es conocida en esta vida terrestre, de la paz del descanso verdadero, definitivo, a la sombra de una Cruz redentora, en el seno misericordioso del GRAN PERDONADOR.

Lleno para ella de recuerdos del pobre tutor estaba aquel jardín: por tal avenida gustaba él mucho de pasear; tales flores eran de su predilección; en tal punto parabase siempre a admirar la perspectiva del paisaje; bajo aquel sicimoro la dijo la última vez que paseó con aquella que tenía el presentimiento de no ver ahogar de nuevo estos árboles que entonces comenzaba a deshojar el otoño, y que ahora en plena foliación tendían la rozagante pompa de su fronda nueva—¡ay! lo que muere en la naturaleza, resucita; los muertos queridos se van para siempre—; en tal banco se sentaba siempre a descansar; ¡cuántas veces allí le vió llorando, creyéndose no visto, abatida la frente cargada de ideas tristes sobre el pecho lleno de penas; cuántas veces allí la pidió perdón «para el día futuro en que ella comprendiera el daño terrible que la causaba», perdón por «la herencia de oprobio» que la legaba! Elvira pensó en su tío con trisreza compasiva; se acordó de la amargura que acibaró los últimos días de la vida de su tutor al pensamiento de lo desgraciada que iba a ser la querida sobrina por culpa de él.

—Y no sabía el pobre tío—murmuró Elvira—que el dulce Jesús tenía dispuestas así estas cosas para llevarme más directamente a Sí.

Los caminos de la Providencia tienen a veces estos recodos inexplicables que parecen retardar, pero que adelantan la jornada; en estos caminos hay a veces oscuros

pasajes, difíciles y costosos, especie de árdüos atajos para caminar más en derecha hacia la felicidad divina. Ahora, bien comprendía la huérfana que por esta calumnia horrorosa, por estos desprecios del mundo, por estas amarguras de su imposible amor hacia Federico, por este aislamiento de las gentes, por estos sofocantes bochornos había querido Dios que ella pasara, a fin de hacerla buscar el refugio de su convento de Ursuinas, adonde un Esposo celestial, amor de los amores, la esperaba para desposarla.

Y se cumplió el designio de la Providencia. La atribulada Elvira, preparada por su purificador tránsito de penas, recibió de pleno el don munífico de la vocación religiosa. ¡La vocación religiosa! Se efectuó ese misterioso acontecimiento, de secreta grandiosidad, ese fenómeno impoderable de sonar en el oído de un alma la misma voz de Dios, la misma voz que tronó en el Sinaí, y sollozó en la Cruz, la voz inmensa de lo INMENSO que llama hacia Sí a lo mínimo; el requerimiento de lo INFINITO para que se le acerque lo infirmo... ¡La vocación religiosa! ¡Oh increíble condescendencia de un Dios que llama a Sí a una criatura, en vida, a trato de intimidad, de amistad particular; oh extremada benevolencia del *Amor* que pide esponsales de amor a la criatura; ¡oh excepcional distinción concedida a un mortal para que profese en religión!

El prodigio estaba consumado: Elvira había sido donada por Dios con la vocación de monja.

Ya todo lo tenía dispuesto para su partida al convento. Para activar el arreglo de los asuntos de su herencia había venido de Madrid al pueblo, a fin de entrevistarse de palabra, y no mediante los inevitables lapsos de tiempo de la comunicación epistolar, con los albaceas testamentarios de su tío. Sintiendo divina impaciencia de acudir al dulce llamamiento del Esposo; experimentando los fervientes anhelos de quien, habiendo sido muy desgraciado, ve que se le entreabre la dorada puerta del alcázar de la felicidad celeste para que entre, había llevado a cabo aceleradamente los preparativos de su marcha. Con brevedad, que a ella no obstante pareció desesperadora lentitud, liquidó en venta todos sus bienes, para no dejar en el siglo engorrosos cuidados terrenales.

Todo hecho ya; al día siguiente marcharía al convento; hacia el mediodía tomaría asiento en la diligencia que había de llevarla a la estación del ferrocarril.

Precisamente hacía unas horas que recibiera carta de su amiga de la infancia Sor Ascensión, que la enteraba minuciosamente del alborozo de todo el convento cuando la madre Superiora había leído a todas la carta de Elvira anunciando ya definitivamente la fecha de su llegada a la Santa Casa. Las religiosas la esperaban con amor, con alegría. Las madres que la conocieron de niña la tendían los brazos, para que en ellos se refugiase de mundanas penas, lo mismo que a estos brazos corría cuando era párvula, huérfana y sin amores de nadie. Y Sor As-

censión, la dulce monjita de los arrobos seráficos, terminaba la carta con aquellas sus habituales palabras, que fueron, en indeleble recuerdo, providenciales para la vocación de Elvira:

—«Aquí, Elvira, aquí está la felicidad».

Allí estaba, allí... Elvira había besado la bendita carta de las que la esperaban con los brazos abiertos en ademán de amores, en actitud de acoger a la que el mundo asqueroso despreciaba y repelía, a proteger de infernales calumnias a la virginal doncella, para quien era inadecuada morada el siglo.

¿Qué tristeza es ésta de que los ángeles de candor tengan que abandonar este aborrecible mundo? ¿Qué desolación es ésta que los que aquí vivimos no podamos tener por compañeros, para consolación y edificación, a estos ángeles humanos? ¿Qué asquerosidad es ésta que el siglo no comprenda a la virtud heroica y extraordinaria, y levante tantas cruces de ignominia, de calumnia, con *inris* afrentosos, cuantos son los ángeles extraviados en este infierno de demonios? ¿Qué pena tan grande es ésta?, el mundo está regado de lágrimas que llora la virtud perseguida y escarnecida; el mundo es inhóspito para almas buenas; el mundo es solo morada propia para lo malo; el mundo es mefítico medio para delicadas flores de santidad.

Ya le iba a dejar Elvira. El solo pensamiento de ello inundaba su alma de felicidad, primicias de la que la esperaba. La vida

a sus ojos ya no se presentaba con la siniestra perspectiva de anubarrados horizontes preñados de tormenta, hórrido erial de soledades, camino abrupto, erizado de abrojos, áspera caminata bajo una cruz de oprobio. Ahora no; en su futura vida conventual, místicas flores, milagrosamente germinadas bajo la mirada del Esposo cromatizaban la suave senda de su destino; su porvenir se simbolizaba en la alegría de jardines, de riberas floridas, de esmeraldinos praderíos, de alegóricas amplitudes de horizontes claros... vida óptima, fácil virtud, felicidad de bienaventuranza, munífico anticipo del Paraíso; espiritual panorama radioso de esplendor célico, cuya zona de luz comenzaba en el mismo umbral de la puerta del convento. ¡Cómo ansiaba Elvira dejar ya el siglo, salir de la zona de tinieblas para entrar en la de la luz paradisiaca!

Por última vez en la vida paseaba Elvira su jardín. Su mirada caía sobre las cosas, poniendo en ellas ternuras de despedida. También las rosas parecían sentir y la devolvían los recuerdos que atesoraban del pasado. Curvaba la arboleda sobre la joven sus doseles hojosos; iniciaban los rosales floridos vagos movimientos de aproximación, enviándola sus nubes de aroma, como si para siempre quisieran impregnarla de su recuerdo; las hileras de olorosos lentiscos recitaban al paso de ella, melancólicos murmurios de despedida; y adiós parecía decirle el follaje trepador que asaltaba los cenadores, con leves estremecimientos de campanillas y jazmines.

A la misma verja del jardín miraba Elvira ponerse el sol, al confín de la llanura de aquella campiña tan mirada, de perspectiva tan familiar. Moría el sol en la gran calma de la tarde estival. Los rayos muy oblicuos del astro anegaban la campiña de una ráfaga de oro, ancha de horizonte a horizonte. Las arboledas estaban como inmersas en la oleada de luz, que desdibujaba, anegándolos, sus tonos verdes. Los campos de trigo que comenzaban a cerrarse para la maduración tendían su ópima sábana hasta el confín de la vista, hasta el mismo disco del sol poniente que, sobre las pálidas mieses color de cera, trazaba un camino luminoso, al igual que la luna sobre un lago.

Por la carretera contigua a la verja toda tupida de enredaderas pasaban carros de trajinantes contentos con la alegría de la tarde, canturreando sus canturias de camino. Según que carretera adelante alejándose iban, iba extinguiéndose el cantar, muriendo en la lontananza.

En este momento oyó la futura monja una muy conocida voz de niña... sí... precisó el recuerdo... era la voz de la colegiala Luisa, la hija de *la Generala*. Esta voz trajo a Elvira reminiscencias de sucesos, que a ella entonces la parecían muy lejanos. Recordó la historia del raro enamoramiento que la había embargado un tiempo, y pensó en ello con extraña serenidad, casi con frialdad, como si se tratase de un suceso acaecido hacía muchísimo tiempo, o como si no a ella misma sino a otra, a una extraña hubiera

sucedido. Se admiró Elvira cómo en ocasiones un corto lapso de tiempo puede equivaler a centurias en la historia de un alma; cómo a veces hay un proceso tan abreviado en el desarrollo de una vida, que en pocas semanas se borran del corazón sentimientos que se hubieran creído imborrables, y cómo, merced a ese soplo de la Providencia que imprime rumbos por el mar de la vida a las almas, se toman repentinamente orientaciones diametralmente opuestas a las hasta entonces seguidas y, al alejarse en sentido contrario del rumbo de ayer, este ayer parece tan lejano, tan extraño, que hasta se llega a dudar de que tal ayer haya pertenecido a la propia historia de uno. Oyendo esta conocida voz de Luisita que se acercaba, pensó Elvira en aquellas noches en que ella atisbaba desde su balcón la escena de la familia Arrúe cenando, y miraba a Federico... y esto ahora lo recordaba con el vago sentimentalismo con que se rememoran hechos muy lejanos, muy extraños a las ideas actuales, como se repasan los incoherentes y pálidos recuerdos de la infancia.

La voz de Luisita sonó muy cerca; Elvira oyó también la gruesa voz de *la Generala*; pensó que habrían salido en la hermosa tarde a pasear por la carretera... y después... ¿era la de él...? Sí, en efecto, era la voz de Federico. Habría venido a pasar unos días de verano con la familia. Pensaba la joven con fría serenidad de ánimo; hacía sus deducciones con una calma de espíritu que a ella misma la asombraba.

Y en efecto, pasó el grupo de la familia Arrúe paseando; Elvira, no vista a causa de la tupida valla de enredaderas, los fué mirando uno a uno: *la Generala*, la pequeña Luisa, Federico... Elvira miraba a Federico... hacía apenas un mes que había llorado a causa del amor de él... ahora le miraba sin turbadora emoción... como se contempla una causa que en lejano tiempo nos hizo felices o desgraciados, pero que en la actualidad está colocada al borde de nuestra vida, extraña a nuestro corazón.

No era, no, que ahora mirase a Federico con repulsión, tristeza o despecho; ¿repulsión? no había causa para aborrecer ahora lo que un tiempo se amó con pureza, sin pecado, sin sombra de motivo para el remordimiento; ¿tristeza? ya el corazón de Elvira, consagrado en el deseo al solo amor de Jesús, estaba acorazado impenetrablemente para todas las tristezas del siglo; ¿despecho? su calma espiritual tenía ya algo, en primicias, de la calma de predestinación, de la calma de bienaventuranza que es eternamente inalterable.

No era tampoco que Elvira mirase ahora a Federico con indiferencia... ¿se lo sabía ella misma explicar?... era una cosa así como si se considerase muerta... eso, eso era. Había muerto ella para el mundo, para el amor terreno, para Federico; por eso ahora le miraba con tan absoluta calma, como miraría el espíritu de una muerta: sin apasionamiento, porque quien está muerta no puede apasionarse por amor de vivos; con sim-

patía, como a un antiguo conocido de otra vida, de la vida del siglo.

Y así Elvira, la muerta para el mundo, miraba serenamente, con tierna simpatía ultraterrenal, a Federico, alejándose en medio del familiar grupo... Ya lejos, se destacaban aún los colores azul y amarillo del uniforme del húsar, los colores de que se revestían un tiempo; en los pobres sueños de Elvira, las mariposas de la ilusión.

III

El día siguiente, que era festivo, como hacía un tiempo espléndido, *la Generala* tuvo a bien ir a Misa.

Salió de casa con la arrogancia de un brazo de mar, entre sus dos hijos, a un lado la pequeña Luisa, hecha un pimpollo de sedas y gasas; al otro Federico flamante y deslumbrante con su uniforme. ¡Lo que gustaba a *la Generala* deslumbrar los abobados ojos de los villasandios con los lujos y grandezas de su casa!

Llegó la familia Arrúe al pórtico de la iglesia: hubo un resuello de sensación. La pobretería acosó a la dama, que, agobiada en seguida por la tarea de limosnar, encomendó a una de sus doncellas que acabara de dar las limosnas, y entró en la iglesia, la iglesia chica y pobre para su magnificencia,

Entre tanto, los prohombres del pueblo rodearon a Federico, disputándose su saludo, como si el contacto de la mano del militar les comunicase unas partículas de la grandeza de los Arrúes.

El capitán se desprendió de los aduladores cumplimenteros con dificultad y asco, pero cayó en manos de los señoritos pueblerinos.

¡Lo que le cargaba a Federico Villasandía en masa!

Los señoritingos rurales le empalagaron como moscas pegajosas. Los afortunados que habían logrado situarse más próximos a él, se honraban con adherírsele, con el contacto del uniforme... Vieran, vieran todos y admiraran su intimidad con el aristócrata capitán de húsares...

Sonaba el nombre de los Arrúes, el de Federico, en el runrún de conversaciones de los hombres que esperaban en el pórtico la señal de los tres toques de campana para entrar en la iglesia.

Las mujeres que iban llegando, se detenían un poco, herida la vista de la inacostumbrada nota de color de aquel uniforme en el grupo de hombres, y pasaban a la iglesia, juntando las cabezas, y comentando en voz baja. ¡Oh, la fascinación de los ojos de las señoritas del pueblo, ofuscadas, magnetizadas por el uniforme de húsar!

Uno de los señoritos que asediaban a Federico, el señorito más imbécil entre los imbéciles señoritos de Villasandía, el señorito resumen de estupideces rurales, encarnación

de la memez genuina, tipo que no falta en ningún pueblo, porque primero en el villorrio se deja de ver el campanario, que no echarse a la vista un señorito memo; el señorito, pues, de Villasandía sandió por autonomasía, se empinó en la punta de sus charolados botines a fin de llegar a la altura de la oreja del húsar, y, con gran secreto, y con enorgullecida familiaridad, le dijo:

—¡Eh!... Federico... ¿qué tal?... parece que miran las señoritas... ¿le gustan?...

El capitán se les desvió displicente, y alzando la voz para romper aquél estúpido tono de secreto:

—No... esas... ya están ustedes.

El moscón se le volvió a pegar al oído:

—¡Ah!... no la ha visto usted!... no ha venido todavía... pero vendrá... Aquí, en el pueblo... tenemos una *cocotte*...

Federico soltó una risotada en pleno rostro del memo, no sabría decir si se reía del bobo, o de lo que le decía...

—Sí, Federico;—tomó alientos el tonto atribuyendo a éxito aquella risa—estupenda... lo que se dice una *demimondaine*... Ha estado este invierno en Madrid... ahora dicen que se va a marchar en seguida, creo que hoy mismo, después de Misa, a mediodía... ¿a dónde irá? a correrla por ahí... sería cosa de prepararla una pita general del pueblo, para despedirla... Fué la querida de don Juan Francisco...

—¡Ah, vamos!—dijo Federico—es la que llaman «la bribona»...

—Se ha puesto colosal... ¡vaya una tía

chipérl!... Justo, allá viene... mire, Federico, por allí... esa que viene sola, con los ojitos bajos... esa, que está aquí ya...

Federico Arrúe se quedó alelado, agrandados los ojos como si vieran visiones, la boca entreabierta, como hebetado, sin ideas la cabeza, sin movimiento el cuerpo... A su lado, sin verle, pasó Elvira.

Sonaron los tres toques de campana, y los hombres comenzaron a entrar en la iglesia.

—¡Eh, qué tal!—mosconeó el señorito bobo—esa si la ha hecho a usted efecto, ¿eh?; es como aquellas de Madrid, ¿eh?; trae aires de bulevar, ¿eh?

Federico, vuelto en sí, miró al tonto furiosamente, se mordió los labios para no llamarle imbécil a la cara:

—Se lo ruego... no me importune usted.

*
**

Conque Elvira... ¡Elvira!... era «la bri-bona»...

Durante toda la misa este pensamiento tuvo la atención del capitán Arrúe alejada del Santo Sacrificio.

Después de aquella mañana en Madrid que con lágrimas le rogó «el ángel del dolor» que se apartara de su lado, el capitán había vuelto a buscar fervorosamente la pista de la enlutada. A los pocos momentos de retirarse de ella, le pesó haberlo hecho así, tan a lo cándido. ¿Cuándo iba a dejar de ser ridículo ante ella? ¿Cuándo iba

a empezar a ser hombre que no se azora, que no pierde los estribos en el crítico momento, que no es poseído de estas estúpidas emociones y sensiblerías de novato? ¿Cómo entonces no se le ocurrió siquiera averiguar el nuevo domicilio de ella? ¿Cómo no acababa de comprender que aquella turbación de Elvira el primer día que se vieron frente a frente, que aquella huida después cambiando de domicilio, y finalmente las lágrimas de este último día eran pruebas de que ella estaba también enamorada; y toda aquella turbación, y aquella huida para dejarse encontrar de nuevo, aquellas lágrimas no eran más que artulugios de seducción?

¡Seducción! Todo aquello eran habilidades de seducción, en que era maestra la redomada «bribona», con su aspecto de «ángel del dolor». ¡Mal dolor la diera!

Todos los amigos del Club Militar, más avisados que él, habían olfateado misterio en aquella enlutada de ojos de monja y plés de bailarína.

El capitán Rasilla se lo advirtió bien a tiempo: ¡ojo, que esa *tobillera* es de cuidado...! El autorizado Aviral, gran conocedor de mujeres, cada vez que le sorprendía pensativo le miraba con enigmática sonrisa y atusándose la rubia barba. Ahora comprendía Federico el enigma de la actitud del maestro.

¡Oh, tonto de él! ¡Esta sí que había sido *primada*! ¿De quién se había ido a enamorar? Si supieran sus amigos quién por fin

resultó ser «el ángel del dolor». La aventura del teniente *Querubín* con la Yasnine-Yanowskha quedábase ahora en mantillas. El, Federico Arrúe, había plantado el cuadro de la estupidez, se había llevado la palma de memo... trotando las calles, bebiendo los vientos, haciendo *el oso* ante balcones cerrados, cavilando, pensando en «regeneraciones del hombre por el amor», sufriendo en busca de la que calculadamente le huía, adelgazando a causa de una... que resultó ser «la bribona».

¡Oh! Si esto se supiera,—¡que vaya si se habría de saber!—con que humillante propopeya el coronel Aviral sentaría cátedra de doctor clarividente, pondría paño al púlpito a costa de él, y entonaría sus sentencias fachendosas: ¡Federicol... ¿qué le decía yo a usted? ¿Qué vaticinaba yo? Mi ojo clínico no falla nunca... ¿se convencen todos ustedes?... ¡si en cuanto yo miro a una mujer... y esta enlutadita de los ojos bajos... taconeaba demasiado salerosamente!... ¡Ay, Federico!... La mujer disimula sus más letíferas armas bajo apocamientos, bajo modestias, bajo apariencias de candor... Nunca es más terrible el diablo que cuando se disfraza de ángel...

El mordaz capitán Rasilla subrayaría con su atroz sonrisa estas palabras: La historia del burlador burlado... Conque su amor, Arrúe, no era de aventura, era de azahar, de monaguillo y vela... conque de azahar... ¿eh?...

Y el tenientillo *Querubín*, rehabilitado a

los ojos de todos, porque otro había heredado su fama de tonto, machacaría este estribillo: ¿Y ahora, Federico, sabe usted ahora lo que significa «hacer el colibrí»?

Se le estaba quemando la sangre al capitán Arrúe con estos pensamientos: ¡Qué engaño tan estúpido había sido el suyo! ¡Qué sandio enamoramiento! Bien se había reído de él la diabólica mujerzuela aquella. Pensaría la muy pícara: en tu pueblo, Federico, me desprecian, me miran como a la última; tu misma madre tiembla de asco al verme, pues bien yo ahora a ti, a un Arrúe, al hijo de la *Generala*, al soberbio capitán de húsares, le voy a hacer andar de coronilla tras de mí... ¡Y qué gran arte de profesional había desplegado para enamorarle... el novelasco misterio de sus turbaciones, las huídas, escondidas y lágrimas y súplicas...; magistral estrategia la de ella... estúpida actitud la de él! ¿Sabía ahora lo que era «hacer el colibrí»?

Viéndola ahora allí en la iglesia, a la que con él había jugado como gata con ratoncillo, se le nublaba al capitán la vista, de coraje. Allí estaba, cerca del altar, santitamente arrodillada en el suelo, muy en velada, muy recogida, muy devóticamente... Las demás mujeres, desviándose de ella, hacían como un corro en torno de ella... bien se destacaba, bien... allí volvía a ver Federico, ¡quien lo creyera!... la tan buscada, y de memoria sabida figura de la joven, la línea armoniosa del talle, la nuca blanca, el gracioso ahuecado del pelo castaño...

Esto no había de quedar así; era cosa de preparar una aventura que le vengase completamente; había que demostrar a «la bribona» que con él, con el enconchado Federico Arrúe, *punto* que calzaba muchos puntos, no se jugaba impunemente al amor.

Según había oído decir, Elvira se marchaba del pueblo aquella mañana misma, sin duda volvía a Madrid. Por el pronto había que entrevistarse con ella en seguida, antes de su marcha, urgía saber el domicilio en Madrid de la prójima. Luego despacio pensaría Federico el modo de rehabilitarse ante la opinión de los camaradas... la venganza sería terrible... se pondría en relaciones de amor con la individuo... la *pu-dibunda* «ángel del dolor»... y era capaz de llevarla un día con engaños en un coche cerrado y en Plena Puerta del Sol... ¡toma pudores e hipocresías!... echarla a fuera, a la vergüenza pública... ¡colosal desquite! Por el pronto urgía hablar con ella, aprenderla la pista... Ahora le tocaba a él ser el bribón.

*
* * *

Terminada la Misa fueron saliendo de la iglesia los fieles: primero los hombres, que iban agrupándose en la plaza, parándose a fumar su cigarrillo.

Federico se despegó de los señoritos rurales para esperar solo el paso de «la bri-

bona» y abordarla antes que llegara a casa, la cual estaba próxima.

El señorito bobo por autonomasia explicaba a los otros con aire de mayor intimidad con Federico:

—¡Oh! Yo lo sé... «La bribona» le ha hecho *túln*... La ha mirado con unos ojos en Misa... y ahora mismo la va a hablar... en Madrid se hace así... ¡No! Que se andarán por las ramas como nosotros... Ahora lo vais a ver, para que aprendáis cómo se la va al bulto a una mujer... la echará uno de esos piropos de Madrid que atortolan a las mujeres...

Y salió de la iglesia Elvira. La plaza estaba llena de gente. El capitán se acercaba a «la bribona». Todo el gentío se quedó boquiabierto de estupefacción: ¡qué calavera más gracioso este Arrúel!

En aquel mismo momento, con la plana mayor de las damas de Villasandía, salió de la iglesia *la Generala*.

Elvira, viendo a Federico venir hacia ella, se paró, no turbada, sino sorprendida, no sabía si saludar, si volver a andar, si permanecer parada.

Federico, sonriendo de una manera especial, habló con mucho desenfado:

—Elvira... supongo que ahora... que ya nos conocemos... no vendrás con lágrimas y comedias, diciéndome que me aparte por amor de Dios... ¿eh? te habrá bastado ya la diversión...

Elvira se quedó suspensa, ¿qué significaba aquel tuteo, aquella ironía?

Sí, mujer; has estado conmigo muy graciosa, no te guardo rencor y soy el primero en reír y aplaudir tu travesura. Yo me enamoré de ti sin saber quién eras; esta aventura, aunque poco airosa para mí, me valdrá a lo menos para que me mires con simpatía.

Comenzaba Elvira a comprender.

—Ahora, ¿sabes, Elvira? sin dejar, claro es, de estar enamorado—vamos, enamorado de otra manera—me acerco a tí en una actitud más seria; basta ya de imbéciles pantomimas de pipiolo enamorado, por mi parte; y por la tuya de artificios de profesora de enamorar... hoy hablo como hombre que quiere preguntar lisa y llanamente las condiciones de tu amistad... el precio de tu amor...

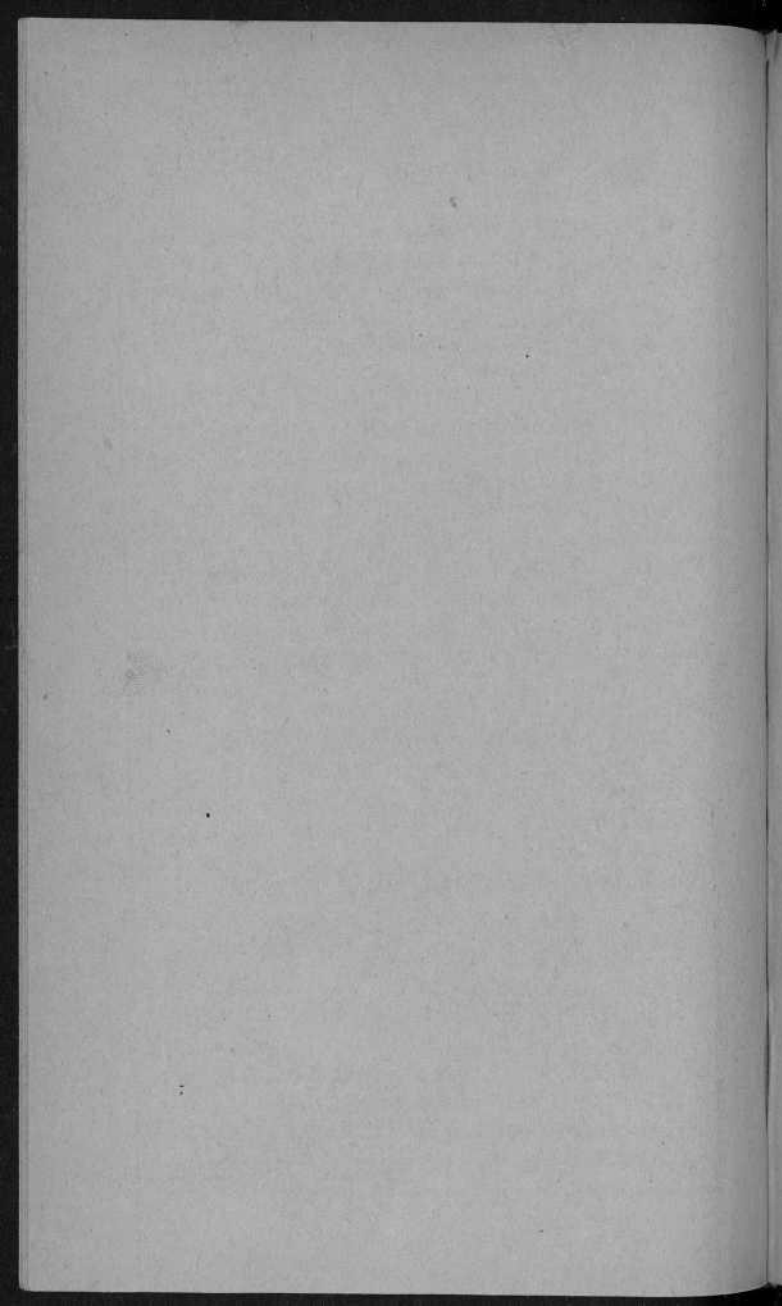
El rostro de Elvira recibió de pleno la enorme bofetada moral, y se encarninó de vivísimos rubores... Este fue el último salivazo que el hediondo mundo esputó sobre la virginal doncella. Puso Elvira su pensamiento en el dulce Jesús, que la esperaba para desposarla, pidióle la fortaleza... y sin contestar al grosero, sin mirarle, echó a andar hacia casa.

De un grupo de mozalbetes salieron silbidos.

Federico intentó seguir tras ella, pero en aquel mismo instante le detuvo la gruesa voz imperativa de su madre; la voz resonó en toda la plaza y tal vez llegó hasta los oídos de Elvira, ya distante:

—Federico... Federico... ¿qué es eso? ¿qué escándalo es este que un hijo mío, que uno que se llame Arrúe, cruce en plena plaza su palabra con una... con una perdida... nada menos que todo un Arrúe?...

FIN DE LA «BRIBONA».

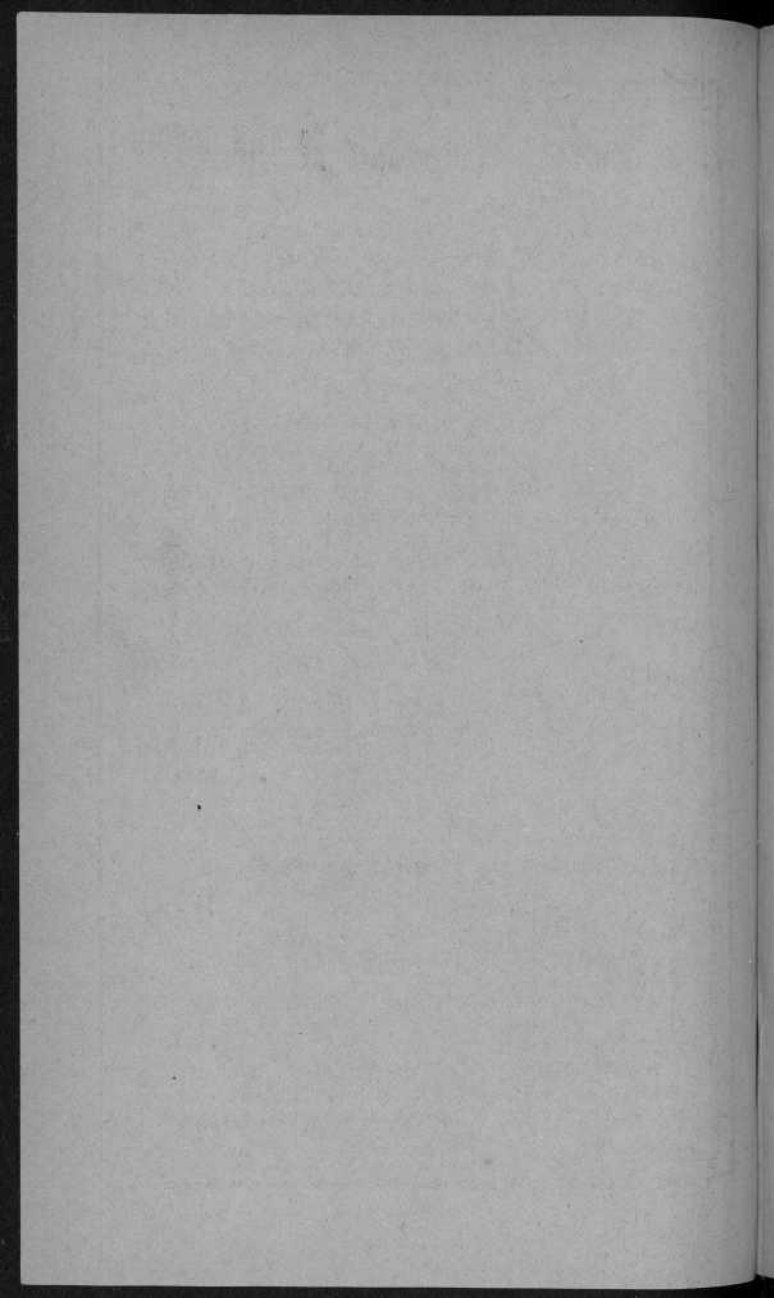


Si agradó a V. la lectura de esta novela

tenga presente que puede elegir una preciosa colección de obras de nuestra Biblioteca Patria y abonarla cómodamente en largos y pequeñísimos plazos. También puede suscribirse recibiendo doce novelas anuales. Para elegir obras pida catálogo gratuito y sin compromiso a la Sucursal Administrativa de Biblioteca Patria, calle de Rey Heredia, núm. 13, Córdoba, remitiendo el siguiente boletín:

Boletín de pedido de catálogo

D.
de profesión
domiciliado en
provincia de
calle núm.
desea recibir gratuitamente y sin compromiso
ofertas de suscripción, de colecciones a plazos,
y catálogos de BIBLIOTECA PATRIA.



PREMIOS PERSONALES Y COLECTIVOS

FUNDADOS EN ESPAÑA Y AMÉRICA ESPAÑOLA EN HONOR DE SUS VÍRGENES TUTELARES POR LOS CABALLEROS Y DAMAS QUE COMBATEN LAS LECTURAS DESHONESTAS, CORRUPTORAS DE LOS PUEBLOS, PREMIANDO GENEROSAMENTE A LOS ARTISTAS PRODUCTORES DE NOVELAS HONRADAS

¿Conocéis una mejor manera de «hacer Patria» que la de restaurar en los pueblos la fe en la Madre de Cristo nuestro Bien?

Pueblo que ame a su Virgen tutelar, será siempre un pueblo sano, resignado y creyente, un pueblo feliz, contra el cual nada podrán las asechanzas de los enemigos de su fe religiosa.

B. de U.

Quiera Dios que en cada ciudad, villa y, si fuese posible, aldea de España y de América española, se constituya un Premio Personal y Colectivo que sea en ellas multiplicado y saludable aviso del daño de las malas novelas, ese pasto predilecto de la sociedad actual, a fin de que la juventud llegue a odiar las lecturas deshonestas, y las naturalistas, que son su deshonor, su corrupción espiritual y corporal, el encanallamiento de sus corazones que dejarán de latir por las altas empresas de espíritu.

¿Quién no siente asco a la vista de tales libros?

Que los Premios de nuestras ciudades, villas y aldeas, fundados en honor de nuestras amadas Vírgenes y de nuestros santos tutelares, sean en cada pueblo,—con el auxilio de la oración y del trabajo propagandista a favor de esta Obra,—di-que poderoso que contenga la ola de cieno que

trata de inundar los nobles hogares españoles e hispano-americanos para arrancar a los jóvenes, con el propio honor y la salud, la fe, el amor a Dios y al prójimo, al suelo natal y a todas las grandes virtudes de la raza.

Honor eterno a los bienhechores de las buenas lecturas, que con sus Premios apartan a sus hermanos del pecado y del daño inmenso de la pornografía y del naturalismo, que, con las novelas *políticas* revolucionarias, habrían de traernos el triunfo del comunismo disolvente, si no le pudiéramos este dique.

LA DIRECCION.

NOTA IMPORTANTE

Advertimos a nuestros amigos y lectores, que aunque aspiramos a un éxito rotundo, es decir, a instituir los «Premios Personales Colectivos» en todo pueblo importante de España y de América española, de momento, creemos lo más práctico fundar primero un premio de cada región, incluyendo así, por ahora, los que haya en los pueblos, hasta que éstos a su turno, vayan fundando los de sus propias ciudades y villas. Así, pues, a todos les rogamos propaguen entre sus familiares y convecinos la idea de honrar a sus respectivas poblaciones con un Premio del nombre de ellas y en honor de la Virgen bien amada.

Los que quieran tomar a su cargo propaganda tan hermosa, pónganse de acuerdo con el *Director de Biblioteca PATRIA*, enviando su correspondencia a la calle de Fuencarral, núm. 138, 1.º, Madrid (10).

Que todos nos ayuden, y triunfaremos.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor la Virgen de su región, para la salud y salvación de la raza

PREMIO DE ANDALUCIA

EN HONOR DE

Nuestro Padre Jesús del Gran Poder
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN SUS ADVOCACIONES
DE LA

Inmaculada Concepción; de los Reyes; de la Cinta; de la Victoria; del Mar; de la Caridad; de Setefilla; de Linarejos; de la Peña; de Gracia; del Rosario.

FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS, NOBILÍSIMOS
DEFENSORES DE LAS LECTURAS SANAS:

	Ptas. anuales
Sr. D. Pedro Ruiz Ramos (Premio perpétuo) .	200
Sra. D. ^a María Campos, Viuda de Darnaude .	125
Sr. D. Antonio Darnaude Campos	100
Ilmo. Sr. D. Antonio Ochea y Núñez	50
Ilmo. Sr. D. Carlos Doetsch	50
Sr. D. Elías Aranda López	50
Sr. D. Diego Oñacón Morano.	25
Sr. D. José M. ^a Molina y Rivero, presbítero .	25
Sr. D. José Vendrell Vives	25
Sr. D. Manuel Pérez Damián.	25
Sr. D. Manuel de Silloniz	25
Sr. D. Salvador Sagrú y Verdés-Montenegro .	25
Sr. D. Sebastián Rico.	25
Sra. D. ^a Raimunda Mezquita, en memoria de su difunto esposo D. Maximiano Bravo	25
Sr. D. Gonzalo Vallecillo	25
Sr. D. Juan Bosch Grau	25
Sr. D. Raimundo Rodríguez	25
Ilma. Sra. D. ^a Cándida Carbonell y Morand, viuda de Merle	25

La fuerza del ejemplo es uno
de los grandes resortes que
hacen marchar al mundo.

Charles Robert.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

PREMIO DEL REINO DE ARAGON

EN HONOR DE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

(Capitana Generala de los Ejércitos Nacionales)

NUESTRA SEÑORA DE SALAS

Y

NUESTRA SENORA DE VILLAVIEJA

FUNDADO POR LOS SIGUIENTES NOBILÍSIMOS
PROTECTORES DE LAS LECTURAS SANAS QUE
COMBATEN LA NOVELA PORNOGRÁFICA, CO-
RUMPTORA DE LOS PUEBLOS:

Plus. anuales

Srta. P. L. (en honor del Sagrado Corazón de Jesús).	250
Sr. D. Francisco Cano Fernández	100
Sr. D. Joaquín Dionis Ordoz.	35



Por medio de los Premios Perso-
nales y Colectivos de nuestras no-
velas restauraremos el concepto
cristiano de la vida, lo que repre-
senta el triunfo sobre la asqueante
pornografía y el hipócrita natura-
lismo.

S. de U.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio del Principado de Asturias

EN HONOR DE LA

STMA. VIRGEN DE COVADONGA

FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS, NOBILÍSIMOS BIENHECHORES DE LAS LECTURAS SANAS:

Ptas. anuales

Excmo. Sr. D. José Tartiere, Conde de Santa Bárbara de Lugones	200
Sr. D. José Alvarez del Mansano y Alvarez de Rivera.	100
Sr. D. José Pérez Martínez	50



«Ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.»

San Mateo, 6-16.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio de Castilla la Nueva
 EN HONOR DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
 DEL CERRO DE LOS ÁNGELES, DE LA SANTÍ-
 SIMA VIRGEN, EN SUS ADVOCACIONES DE
SANTA MARIA LA REAL DE LA
ALMUDENA,
NTRA. SRA. DE LOS DOLORES Y
NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA
 CONDECORADA CON EL COLLAR DE LA
 INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO Y
 LA GRAN CRUZ DE CARLOS III
 FUNDADO POR LOS SIGUIENTES NOBILÍSIMOS BIEN-
 HECHORES DE LAS LECTURAS SANAS, QUE SE
 CONTINUAN EN ESTAS PÁGINAS:

Pías. anuales

El Patronato Social de Buenas Lecturas, a la
 santa memoria de su difunto Presidente Excelen-
 tísimo Sr. D. Claudio López Brú, Marqués de Co-
 millas (q. e. p. d.)

Fundación del Premio «Glenzi»	500
Ilmo. Sr. D. José María de Saracho.	500
Sr. D. Eusebio Martín Pérez.	100
Sr. D. Evaristo Toledano.	25
Srta. Luisa Sánchez Ouenta.	25
Sr. D. Rafael Méndez Jordán.	25
Sr. D. Pedro Gómez Pablos.	25



*Per te frater tuus a peccato se absti-
 nuit? Nomen tuum in Libro Vitae scrip-
 tum videbis. (Por tí se aparta tu herma-
 no del pecado? En el Libro de la Vida
 verás escrito tu nombre).*

San Jerónimo, en su epístola a Marcela.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
 la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio de Castilla la Vieja

EN HONOR DEL

SANTÍSIMO CRISTO DE LIMPIAS

Y DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

EN SUS ADVOCACIONES,

NTRA. SRA. LA BIEN APARECIDA

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

NUESTRA SEÑORA DE VALVANUZ

Y

NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO

FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS DEFENSORES

DE LA PUREZA Y MORALIDAD EN LA AMENA

LITERATURA:

Ptas. anuales

Fundación del «Premio Leocort»	400
Rvdo. D. J. Antonio de la Bárcena Sánchez,	
Párroco Arcipreste. Premio anual vitalicio	125
Sr. D. Agustín Mazarrasa	25
Sr. D. Alejandro Rivas del Rivero	25
Sr. D. Enrique González del Busto	25
Sra. D. ^a Manuela Díaz Gómez	25
Sr. D. Policarpo Argüeso	25
Sr. D. Gregorio de Pedro y de Pedro.	25
Sr. D. Jesús Velázquez Aguado.	25



Ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

San Mateo. 6-16.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

PREMIO DE CATALUÑA

EN HONOR DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN DE LA MERCED

CANÓNICAMENTE CORONADA EN 1888

Y DE LA

«MARE DE DEU» DE MONTSERRAT

PATRONA DE CATALUÑA, CANÓNICAMENTE

CORONADA EN 1881

FUNDADO POR LOS NOBILÍSIMOS CATALANES SUS
HIJOS, QUE IRÁN APARECIENDO EN ESTAS PÁGINAS
COMO BIENHECHORES DE LAS BUENAS LECTURAS
QUE COMBATEN LA PORNOGRAFÍA, EL NATURA-
LISMO Y LAS TENDENCIAS ANTISOCIALES EN LA
AMENA LITERATURA:

Plas. number

Excmo. Sr. D. Alfonso Sala Argemí, Conde de Agara.	250
Sr. D. Artemio Margalef.	50
Sra. D. ^a Dolores Bertrán, Viuda de López.	50
Sr. D. José Ferrán Tuset.	50
Sr. D. Manuel Pla Amell.	50
Sr. D. Antonio Balcells y Teixidor.	25
Sr. D. Antonio López Bertrán.	25
Sr. D. Enrique Adam Tous.	25
Sr. D. Pablo Sagreray Bosch.	25
Sr. D. Pedro Ramió y Saura.	25
Sra. D. ^a Raimunda Mezquita, en memoria de su esposo D. Maximiano Bravo.	35

La Virgen, «Mediadora» entre Dios y los hombres, hará desaparecer de las naciones hispanas la novela inmunda, y la naturalista, si la honramos y tenemos fe viva en Ella.

S. de U.

Ingreso V., para honra de la Virgen María, en el Premio de su región, entre los defensores del honor y de la salud de la raza.

Premio de Extremadura y México

EN HONOR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PATRONA DE EXTREMADURA Y DE MÉXICO

Y DE NUESTRAS SEÑORAS DE LA SOLEDAD Y DE
LA MONTAÑA

FUNDADO POR LOS SIGUIENTES NOBILÍSIMOS
BIENHECHORES DE LAS LECTURAS SANAS QUE
COMBATEN LAS NOCIVAS, PORNOGRÁFICAS,
NATURALISTAS Y ANTISOCIALES:

Plus. anuales

«Patronato Social de Buenas Lecturas», a la
gloriosa memoria de los valientes jefes, oficiales y
soldados que derramaron su sangre y murieron
en los campos de Africa y de México en defensa
de la Religión y de la Patria, 250

Sr. D. Francisco Cassillas O. de Vaca 50

Sr. D. Enrique Spinola Ortiz. 25

Sr. D. Germán L. Manzano Granado. 25

Sr. D. Rafael Martínez del Campo 25

Porque más vale morir en batalla que contemplar la ruina de
nuestra Religión y santuario.

(De la *Sagrada Escritura*).

Ingrese V. en este Premio para honor de la Virgen de Guadalupe
y para gloria de los muertos en Africa y en México, cuyos nombres
se pueden perpetuar, con pequeño sacrificio, en esta página.

PREMIO DE GALICIA

EN HONOR DE SUS PATRONAS

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
NTRA. SRA. DE LOS OJOS GRANDES
NUESTRA SRA. DE LOS REMEDIOS
Y NUESTRA SRA. DE LA PEREGRINA

FUNDADO POR SUS AMANTES DEVOTOS, NOBI-
LÍSIMOS BIENHECHORES DE LAS LECTURAS
SANAS QUE COMBATEN LA NOVELA NATU-
RALISTA Y LA PORNOGRÁFICA, CORRUPTORAS
DE LOS PUEBLOS:

Plus. anuales

Srías. Juana y Rosa Quintiana, en memoria de sus finados.	1.000
Sra. D. ^a Angela Dal'Orso de Bovera (q. e. p. d.)	1.000
Sr. D. Narciso Nores Salgado	500
Sr. D. Ramón Saavedra Salgado.	100
Sr. D. José Díez del Corral	25
Sr. D. Vicente Balseiro Colosía	25
Sr. D. Dionisio Tejero Pérez	25
Sr. D. José Fernández Facal	25
Sr. D. José Ramudo Rego. (Párroco)	25
Sr. D. Rafael Martínez Espinosa	25

.....y lo recordarán, elogiarán
y bendecirán los entendimientos
que su lectura ilumine, los cora-
zones que mueva, las almas que
fortifique y alimente.

† *Antolín López Peldes*

Arzobispo de Tarragona (Q. E. P. D.)

Primer Alto Asesor de esta Casa.

Ingrese V., para honra de la Virgen María, en el Premio de su po-
blación, entre los defensores del honor y de la salud de la raza.

PREMIO DE LAS ISLAS CANARIAS

EN HONOR DE LAS SMAS. VIRGENES DE CANDELARIA Y DEL CARMEN

FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS LOS NOBILÍ-
SIMOS BIENHECHORES DE LAS LECTURAS SANAS,
CON LAS CUALES COMBATEN LA NOVELA POR-
NOGRÁFICA Y LA NATURALISTA CORRUPTORAS DE
LOS PUEBLOS:

	<i>Ptas. anuales</i>
Exema. Sra. Marquesa de Villafuerte, en me- moría de sus difuntos padres	500
Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, en honor de la Santísima Virgen del Carmen	250
Sra. D. ^a Juana Arce y Buitrago, viuda de Do- mínguez, en memoria de sus difuntos	250
Exema. Sra. Condesa Viuda de Siete Fuentes	200
Sra. D. ^a María Teresa Ventoso	200
Ilma. Sra. D. ^a Angeles Escuder y Villalonga de Dehesa, en memoria de su madre D. ^a Rosa Villalonga	100
Excmo. Sr. Marqués de Arucas	100
Sr. D. Manuel Sánchez y Rodas	50
Sr. D. Victor Fernández Bermúdez	25

«Ha de brillar vuestra luz de-
lante de los hombres para que
vean vuestras buenas obras y
den gloria a vuestro Padre que
está en los cielos».

San Mateo, 6-16.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

PREMIO DE JEREZ DE LA FRONTERA
 EN HONOR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN
NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED
 Y
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN
 (CORONADA CANÓNICAMENTE)

FUNDADO POR SUS AMANTES HIJOS, NOBILÍ-
 SIMOS DEFENSORES DE LAS BUENAS LEC-
 TURAS QUE COMBATEN EL NATURALISMO Y
 LA PORNOGRAFÍA CORRUPTORES DE LOS
PUEBLOS:

Ptas. anuales

Sres. Domecq	500
Excmo. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera	250



Mucha es ciertamente la
 mies, mas pocos los operarios:
 rogad al Dueño de la mies que
 envíe operarios a su campo.

San Mateo, IX. V. 5.

Aquí estoy, envíame a mí.

(Isaías, VI. 8.)

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
 la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio del Reino de León

EN HONOR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

EN SUS ADVOCACIONES

NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO
NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO
NUESTRA SEÑORA DE LA VEGA
NUESTRA SEÑORA DE S. LORENZO
Y NUESTRA SEÑORA DE LA CALLE

FUNDADO POR SUS HIJOS DEVOTOS,
QUE DESEAN EL TRIUNFO DE LAS DOCTRINAS
CRISTIANAS:

	Ptas. anuales
Sr. D. Félix García Cascón.	50
Sr. D. Amable Fuentes Calderón.	25
Sr. D. Jacinto Martín Robles	25
Sr. D. José Arias Valcarlos	25
Sr. D. Juan Crespo.	25
Sr. D. Manuel García y Sánchez	25
Sr. D. Manuel Sánchez Rodilla	25
Sr. D. Severino Olea García.	25



Porque más vale morir en batalla que contemplar la ruina de nuestra Religión y santuario.

(De la *Sagrada Escritura*).

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza,

Premio del Reino de Murcia

EN HONOR DE

NUESTRA SRA. DE LA FUENSANTA

(Generala Gobernadora de la Plaza)

Y DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS LLANOS

FUNDADO POR SUS DEVOTOS AMANTES

DE LA MORALIDAD DEL PUEBLO:

	Ptas. anuales
Exema. Sra. Condesa de San Julián	100
Sr. D. Rafael Martínez Espinosa	25
Sr. D. Ramón Capdevilla y Marín	25



Abrir las puertas de estos concursos para que el deseo de penetrar por ellas se despierte en los escritores caídos en el fango de la literatura reproachable, equivale a contraer dos méritos: el de cegar la fuente del veneno para las almas que por los puntos de la pluma del mal escritor fluye y el de convertir a éste en obrero del bien y soldado de la causa de Dios.

† *Antolín López Peldés*

Arzobispo de Tarragona (Q. E. P. D.)

Primer Alto Asesor de esta Casa.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio del Reino de Navarra

EN HONOR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN, EN SUS
ADVOCACIONES

NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO

Y

NUESTRA SEÑORA DEL PUY

FUNDADO POR LOS NOBILÍSIMOS HIJOS DE NAVA-
RRA BIENHECHORES DE LAS BUENAS LECTURAS QUE
COMBATEN LA PORNOGRAFÍA Y EL NATURALISMO
CON LA NOVELA MORALIZADORA DEL PUEBLO:

	<i>Ptas. anuales</i>
Ilmo. Sr. D. Pablo Echeverría	400
Sr. D. Ulpiano Nagore	100
Sr. D. Gregorio Simón y Garriga	25
Sra. D. ^a Josefa Rodeles	25
Sr. D. José Ochoa de Olza	25



El pueblo será lo que quieran
que sea sus aleccionadores por
medio de ese filtro de la letra
impresa, al que es necesario
quitar el veneno.

Mirabal.

Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza.

Premio del Reino de Valencia y Baleares

EN HONOR DE LA SANTÍSIMA VIRGEN
MADRE DE LOS DESAMPARADOS;
NUESTRA SEÑORA DE SIDÓN;
NUESTRA SEÑORA DEL REMEDIO
Y DE
SAN VICENTE FERRER

FUNDADO A LA GLORIOSA MEMORIA DEL
EMMO. CARDENAL BENLLOCH Y VIVÓ

POR VARIOS DE LOS AMIGOS DEL CARDENAL
Y DEVOTOS DE LA VIRGEN, QUE COMO ÉL DESEAN
QUE DESAPAREZCAN DEL SUELO DE ESPAÑA LAS
NOVELAS PORNOGRÁFICAS, NATURALISTAS Y RE-
VOLUCIONARIAS:

Pfas. anuales

Renta anual de un capital de varios amigos del Sr. Cardenal garantizado por el P. S. de B. L.	250
Sr. D. Angel Fabra	50
Sr. D. José Scals y Rovira	50
Sr. D. Sixto Miralles Gallén	50
Sr. D. Vicente Estellés Pastor	25
Sra. D. ^a Clementina Garbí de Estellés Pastor	25
Sr. D. Jaime de Oleza España	25



Porque más vale morir en ba-
talla que contemplar la ruina de
nuestra Religión y santuario.

(De la *Sagrada Escritura*).

Queda abierta esta Cartela para que honren a la Santísima Virgen
de los Desamparados y a su Patrono e hijo adoptivo, todos los
pueños valencianos que lo deseen.

Premio de las Vascongadas

EN HONOR

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

NUESTRA SEÑORA DE BEGOÑA; DE ESTEVALIZ; LA BLANCA Y ARÁNZAZU

FUNDADO POR SUS NOBILÍSIMOS HIJOS QUE COM-
BATEN LAS NOVELAS PORNOGRÁFICAS, NATURA-
LISTAS Y REVOLUCIONARIAS QUE ENVENENAN AL
PUEBLO, ANTEPONIÉNDOLES LAS LECTURAS MO-
RALIZADORAS:

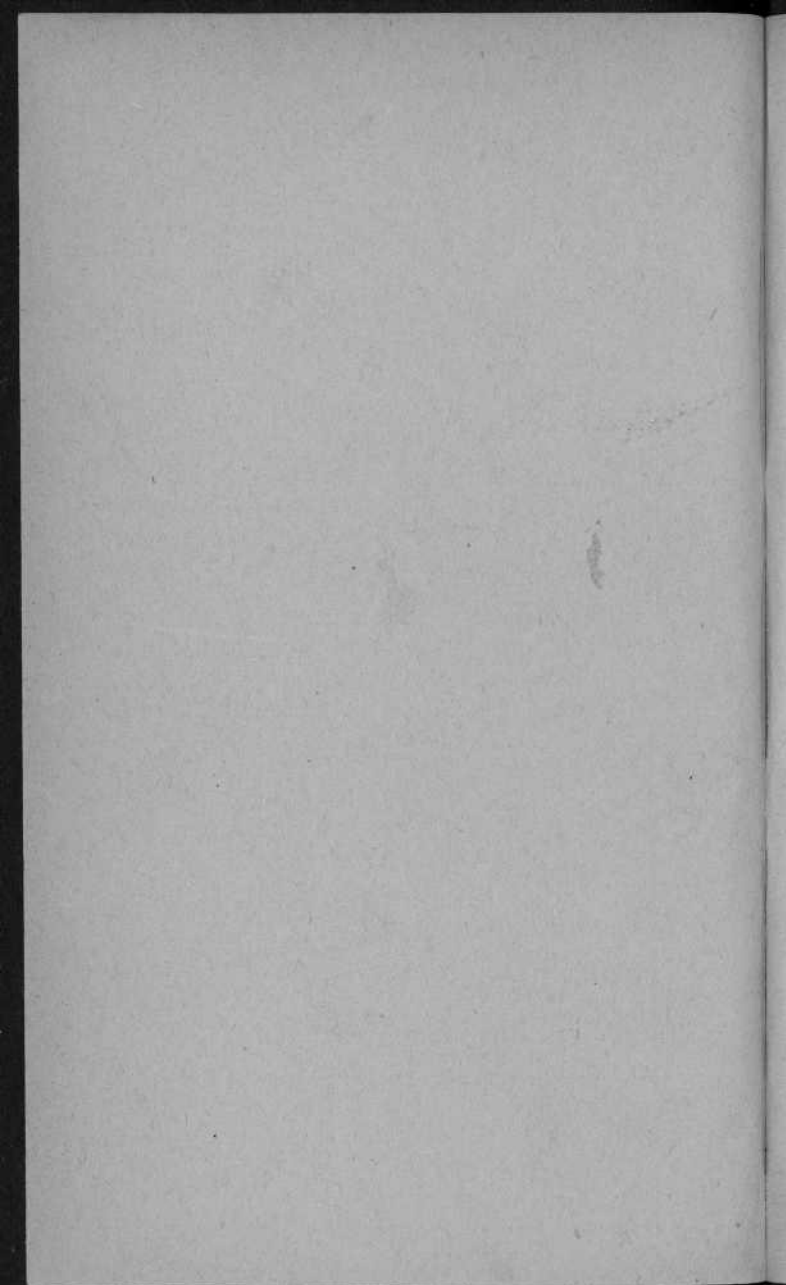
	<u>Ptas. anuales</u>
Sr. D. Juan J. Sáinz de Rozas.	125
Sr. D. José Antonio de Sagasti.	50
Sr. D. Angel Eceiza	25
Sr. D. Cesáreo de Garay	25
Sr. D. Eusebio Uriarte	25
Sr. D. Fermín Zubiaur	25
Sr. D. Gervasio de Aramburu	25
Sr. D. Juan A. Ascasibar	25
Sra. Viuda de V. Camiña	25

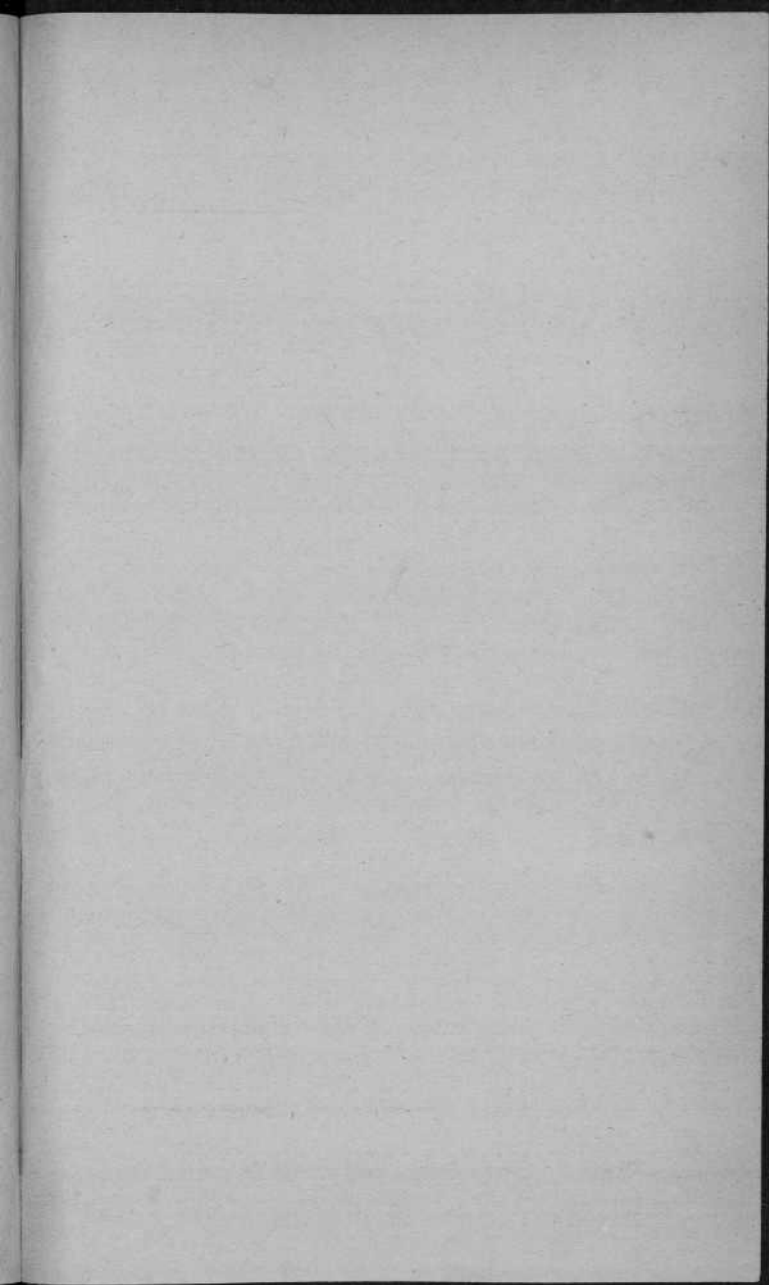


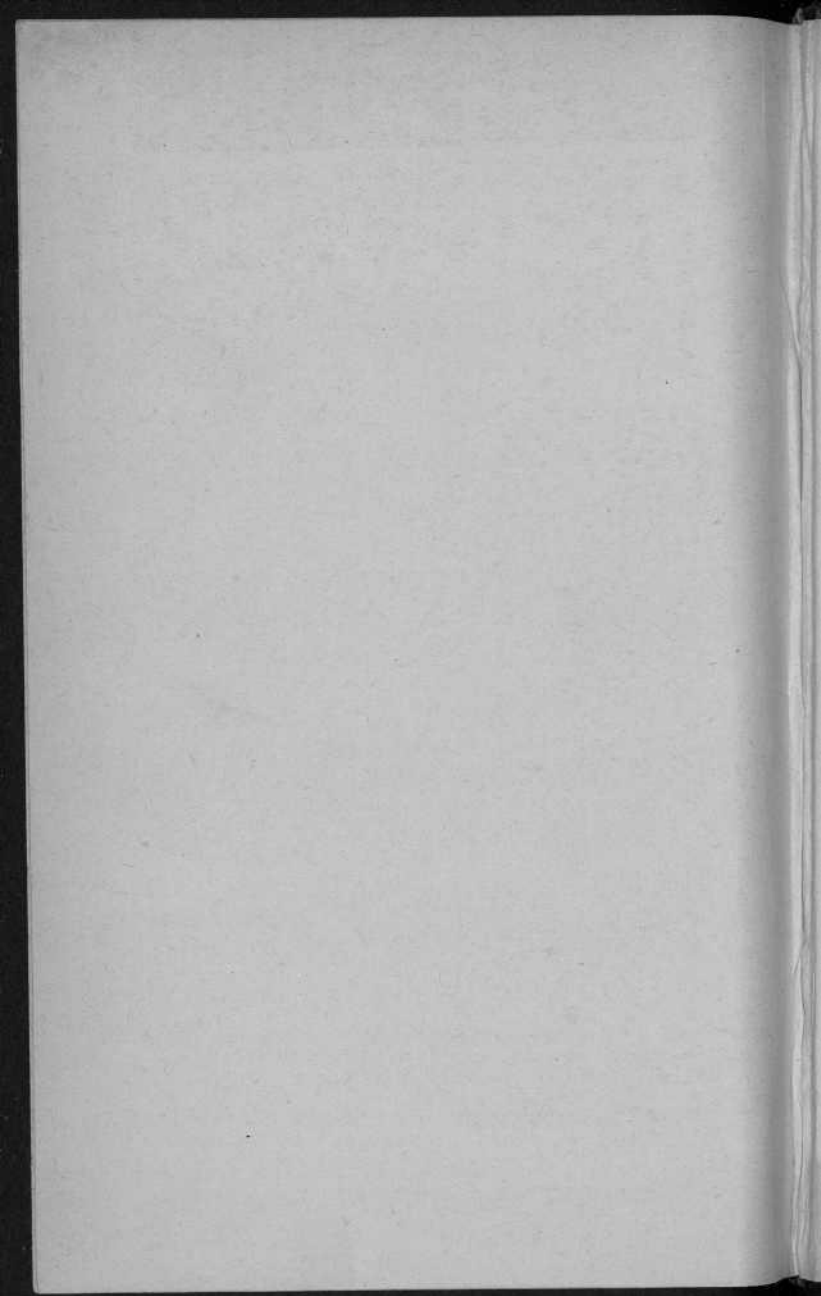
La fuerza de ejemplo es uno
de los grandes resortes que ha-
cen marchar al mundo.

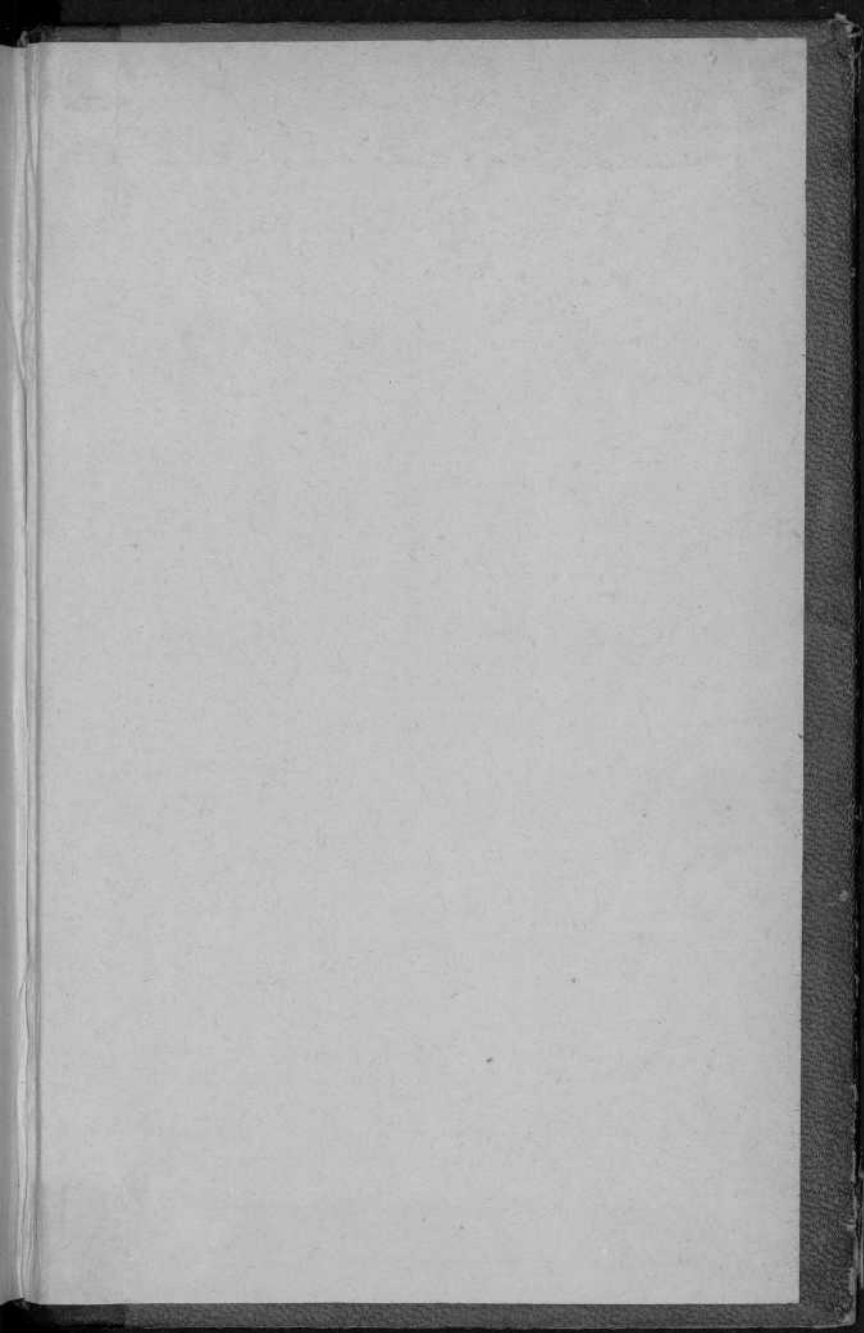
Charles Robert.

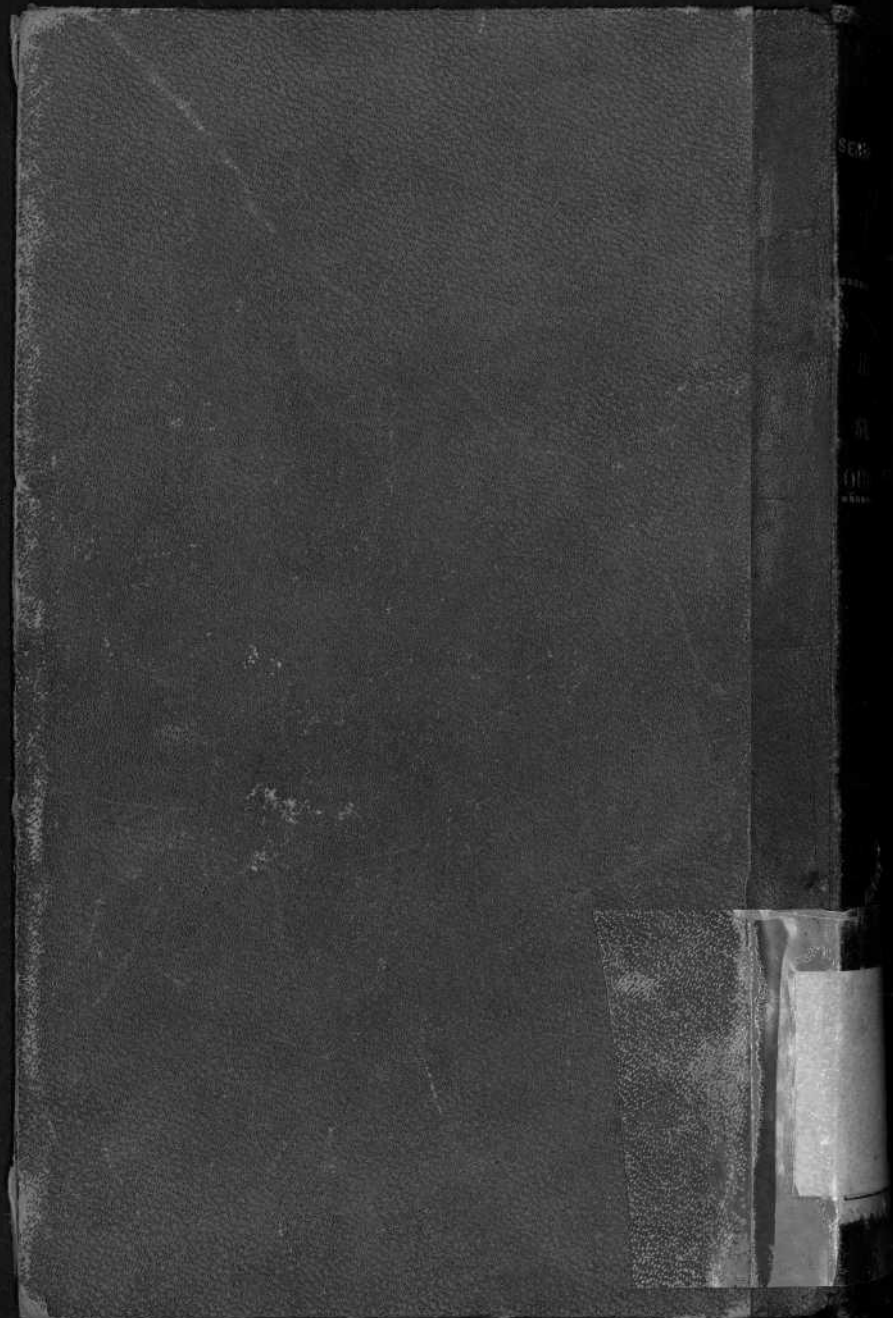
Es punto de conciencia que funde V. aquí un Premio en honor de
la Virgen de su devoción, para la salud y salvación de la raza,











SERAFIN PUERTAS

LA
BRIBONA
LAS
SEÑORITAS
DE
QUINTANILLA

205996

BIBLIOTECA
PÚBLICA